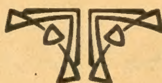
Blanco-Belmonte, Marcos Rafael
Por la España desconocida.

Por la España desconocida.

Notas de una excursión á La Alberca,

Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia.

CON ILUSTRACIONES FOTOGRÁFICAS DE VENANCIO GOMBAU



Publicado como Suplementos

en "La Ilustración Española y

Americana". Año 1911. : : : : :

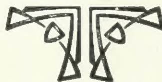
M. R. BLANCO-BELMONTE

Por la España desconocida.

Notas de una excursión á La Alberca,

Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia.

CON ILUSTRACIONES FOTOGRÁFICAS DE VENANCIO GOMBAU





Publicado como Suplementos
en "La Ilustración Española y
Americana". Año 1911. : : : : :



AL QUE LEYERE

Al celebrarse en el año 1908 el Congreso Nacional Jurdanófilo, La Ilustración Española y Americana dedicó atención especial á aquella Asamblea reunida en la histórica ciudad de Plasencia.

Una brillante crónica firmada por el notable escritor César Real y una magnífica colección de fotografías obtenidas por el reputado artista Venancio Gombau, aparecieron en La Ilustración como revelaciones de una España ignota, en la cual varios millares de familias vivían una existencia más desdichada, más miserable y más falta de amparo que la de los desheredados parias que arrastran en la India una agonía sin muerte, hundidos en la pobreza, abofeteados por el hambre y escarnecidos por injustos desdenes.

Un latido de intensa piedad, un estremecimiento de honda conmiseración hizo vibrar mi pecho.

Y, á partir de aquel instante, formé el propósito de visitar la región jurdana.

La Casualidad—eso que alguien ha dicho que es el seudónimo que emplea Dios cuando no quiere firmar sus obras—fué deparándome la honra y la satisfacción de conocer personalmente y de tratar con afecto á los abnegados caudillos de la nobilísima campaña en pro de la regeneración de las Jurdes.

Lo que aprendí escuchando á esos caudillos fué acicate para mi deseo, confirmación para mi propósito y acrecimiento de simpatía para las víctimas de un olvido cruel, de un olvido monstruosamente criminal.

La amistad se encargó de allanar el camino para que mi empeño se realizase.

Y, cuando mediaba el verano próximo pasado, una carta me llamó á Salamanca anunciándome que estaban ultimados los preparativos para efectuar la excursión á La Alberca, las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia.

Volé á Salamanca. Allí me aguardaban los dos cronistas, literario y fotográfico, del Congreso Jurdanófilo, y con ellos Alfredo Mancebo, hijo del erudito escritor y patriarca albercano D. Julián, que nos brindaba su casa como cuartel general de la expedición. Y, en fin, allá en La Alberca nos esperaba, como jefe y guía de la caravana, el Secretario del Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia, el canónigo D. José Polo Benito, que ha consagrado lo mejor de su talento, de su actividad asombrosa y de sus fecundas campañas periodísticas á trabajar en beneficio de los jurdanos.

Hacer un viaje con tales compañeros era sencillamente contar de antemano con infinitas satisfacciones afectivas.

Acaso parezca algo hiperbólico llamar *España desconocida* á la España que visité. Ciertamente que habrá unos cuantos miles de españoles que conozcan esa España. Pero cierto, también, que hay muchos, muchísimos millones de hermanos nuestros—hermanos por la sangre y hermanos por el idioma—que ni han pisado las sierras jurdanas ni casi tienen de ellas más que noticias insuficientes cuando no inexactas.

Para unos y para otros escribo estas notas, que responden á una impresión muy personal, muy sincera, y que pretenden reflejar un cuadro visto á través de brumas que la emoción condensaba en las pupilas.

La humildad del agua que la lluvia manda á la tierra, forma en ella minúsculos lagos, donde se copian las celestes inmensidades.

Tal vez en estas notas, dictadas por el corazón, se retraten otras inmensidades: inmensidades de infortunio, inmensidades de sufrimiento, inmensidades de bondad y de amor.



Las Casas. — La trilla.

I

Camino de La Alberca.

«La del alba sería»... cuando montamos en el tren que había de llevarnos hasta la Fuente de San Esteban.

Intencionadamente, con el cariñoso objeto de dejarme en plena libertad para recibir impresiones directas sin influjo de juicios extraños, mis compañeros excusaron darme noticias acerca de lo que íbamos á ver.

Amanecía. El sol, después de haberse lavado la cara en las cristalinas ondas del Tormes, iba sacudiendo su rubia melena y elevándose sobre el fondo de un cielo purísimo, con pureza deslumbradoramente andaluza.

El campo despertaba al recibir las caricias del sol.

Corría el tren salvando puentes, atravesando encinares, dejando atrás hermosos caseríos de salmantinas dehesas.

Los vaqueros charros, cabalgando en enjutos caballejos, rondaban las piaras y saludaban gravemente el paso del tren. De vez en cuando, el resoplido de la locomotora y el fragor de los herrajes del convoy, irritando á un toro, le hacía encampanarse en actitud de fiereza retadora, pronto á la acometida, tal vez indignado contra aquel animal que, diariamente, lanzando chispas y turbonadas de humo, y siempre huyendo, invadía la dehesa y turbaba la paz de la torada.

En el pasillo del coche, fumando cigarro tras cigarro, vimos entrar la mañana.

—Una hora nos falta todavía para llegar al desayuno—dijo César.

—¿Pero de aquí á una hora estaremos en La Alberca?—pregunté.

Gombau y Mancebo me miraron con mirada indefinible y exclamaron á la vez:

—¿Hace usted cuenta de no desayunarse hasta que llegue á La Alberca?

—Creí entender anoche á César que La Alberca distaba poco de Salamanca—contesté.

César Real se distrajo contemplando el paisaje. Mancebo y Gombau, muy serios, me manifestaron que, cuando dejásemos el tren, tomaríamos el desayuno, iríamos un ratito en coche y luego, en seguida, estaríamos en La Alberca, fin de la primera etapa de la excursión.

Efectivamente, el desayuno nos esperaba una hora después en la estación de la Fuente de San Esteban, pueblo que hace años tuvo un momento de triste notoriedad, determinada por un asesinato que inspiró romances de ciegos, pinturas sangrientas y una canción charra melancólica, quejumbrosa, dulcísima como una alborada gallega.

Concluyó el desayuno; vimos alejarse el tren camino de la frontera portuguesa y tomamos por asalto un fementido cajón con ruedas, un armatoste desvencijado que amenazaba hacerse astillas al ser arrastrado por tres jamelgos esqueléticos. *Aquello*, ni aun poseyendo una fantasía oriental, podía ser bautizado con el nombre de carruaje. Sin embargo, *aquello* funcionaba como «servicio de carruaje en combinación con el ferrocarril». ¡Bonita combinación para acabar con los huesos de los viajeros!

Arrancó el vehículo al paso de los pencos; ante la vista se dilataba una polvorienta carretera ondulando entre amarillas mieses, una carretera que semejaba faja de plata en cuartel de oro.

Estábamos en plena llanura, en

«... la llanura sin florestas, sin verdura,
Sin copudos robledales, sin aromas hechos flor,
Sin más gala que su campo por el rubio trigo lleno,
Como madre cariñosa que nos brinda el ancho seno,
Fecundado y bendecido por el beso del amor».

El carruaje seguía marchando lentamente, como el que no siente la menor prisa, quizá por hallarse seguro de alcanzar su objeto.

Dos viajeros más ocupaban con nosotros el interior, en el cual las banquetas lucían su falta de forros y las ventanillas su orfandad de cristales y de cortinas.

En el pescante, junto al mayoral, dos Menegildas endomingadas canturreaban *couplets* de zarzuelillas modernas, haciendo así alarde de su procedencia ciudadana.

De tiempo en tiempo, cada tres ó cada cuatro kilómetros, el coche se detenía al pasar ante un pueblecito alineado al borde de la carretera. La parada servía para que el mayoral dejase y tomase el correo. Y es verdad que alguna vez dejaba cartas y periódicos, pero es verdad que con mayor frecuencia tomaba un vaso de tinto ó de blanco. ¡Delicado eufemismo el de los mayorales, que han sabido dar nombre de función oficial al vulgarísimo acto de empinar el codo!

El paisaje mostraba esa monotonía austera que es el rostro ascético de Salamanca. En las eras descargaban las gavillas formadas por los segadores; en las aldeas reinaba hondo silencio; paz infinita, recogimiento inefable envolvían aquella tierra. En mi Andalucía, la faena de la recolección es una lluvia de coplas, una tempestad de alegría, un desbordamiento de júbilo y de abundancia. En la llanada salamanquina, la siega y la trilla tienen la solemnidad de una oración.

Y así, siempre al paso de los jacos, recorrimos el trayecto que media entre la Fuente de San Esteban y Cabrillas. Este último pueblo ofrece una nota pintorescamente absurda, graciosamente egoísta: la de sus huertas.

En una fanega escasa de extensión hay quince ó veinte huertecillos, inmediatos todos, separados por una zanja, por un zarzal ó por una modesta cerca de piedras amontonadas; y cada pedacito de tierra cultivada muestra, en el centro, su noria, más ó menos tosca. ¿No han logrado ponerse de acuerdo los hortelanos para obtener en común el agua con destino á sus predios?... Se ignora. Pero, juzgando por las apariencias, la huerta de Cabrillas es una singular afirmación de individualismo.

Callábamos todos, incluso las Menegildas. Alfredo Mancebo tuvo la feliz ocurrencia de golpear las paredes del coche convirtiéndolas en parche de tamboril y marcando el ritmo de la charrada. Al escuchar aquel redoble, las muchachas salieron de su mutismo y comenzaron á entonar cantos de la tierra, cantos charros, de una sencillez encantadora.

Torcieron los caballos á la izquierda, sacudiendo las campanillas de los collarones: una ruinosa torre rectangular apareció sobre el caserío de un pueblo; saltamos á tierra y al oir que el mayoral decía: «Hemos llegado», pregunté inmediatamente:

—¿Adónde?

—¡Á Tamames; es decir, al almuerzo!—me respondió Gombau.

—Pero ya estamos cerca de La Alberca—me advirtió César, á modo de consuelo.

El almuerzo lo tomamos á escape, porque no había tiempo que perder, so pena de quedarnos en tierra. Verdad es que para despachar un par de huevos y para cerciorarnos de que las

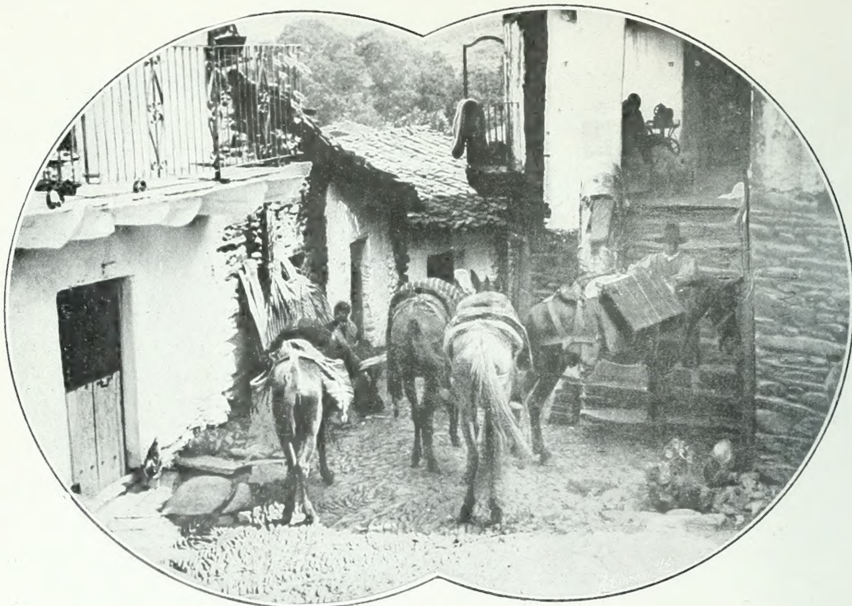
chuletas estaban más allá de nuestras fuerzas masticatorias, eran muy suficientes cinco minutos.

Corrimos á instalarnos en otro coche. El que nos había llevado desde la Fuente de San Esteban era una carroza regia en comparación con el que en Tamames nos aguardaba.

En aquella caja, con alguna buena voluntad, podían acomodarse seis personas, más dos en el pescante. Al ponernos en marcha íbamos en junto diez y seis.

¡Era la víspera de la fiesta de la Virgen de Agosto y la devoción y el cariño habían determinado el aumento anormal de viajeros!

Cuando en los rostros congestionados se observaban síntomas de asfixia, hubo un alto en el ventorrillo de Cereceda. Respiramos al ver que la carga se aligeraba. Una mujer salió de la prisión del pescante y echó á campo traviesa; un hombre ocupó el hueco, una moza montó en el estribo, un ama de cría con un pequeñuelo se embutió en la delantera y la techumbre sir-



Sequeros.—Preparativos.

vió de asiento á un muchachote. Al alejarnos del ventorro éramos diez y nueve á lamentarnos, y digo diez y nueve porque el vigésimo se limitaba á dormir y á tomar el pecho del ama.

El paisaje había cambiado; entrábamos en la sierra y el bosque se anunciaba con una vanguardia de helechos arborescentes y de matas de roble.

En un recodo del camino se nos agregó la pareja de la Guardia civil, que optó por tomar plaza en las alturas. De tumbo en tumbo, amodorrados por la atmósfera canicular y por el cansancio, soportamos el desfile de las horas. El espectáculo de cinco pueblecitos abrigados por frondosos castañares, erguidos en verdeantes colinas ó recostados en laderas cubiertas de exuberante vegetación nos sacó del sopor en que yacíamos.

—¡Se acabó el carruaje, estamos en Sequeros!—gritó Mancebo.

Para estirar las piernas dimos un paseo por la población, que ostenta un aspecto singular,

en el cual se mezclan la austeridad castellana y algo del andalucismo extremeño. En balcones, en ventanas, en murallones de huertas, en todas partes había sonrisas de flores, y en las plazas y en las desniveladas callejuelas desgranaba el agua sus sartas cristalinas.

Mientras subíamos y bajábamos por las vías principales de Sequeros, Alfredo conferenciaba con unos cuantos mozos. Pocos minutos después de terminar la conferencia vimos llegar varios machos enjaezados y un borriquillo cargado con nuestras maletas.

—Andaremos un poco—propuso Gombau, tan luego como recogió para su archivo fotográfico dos ó tres vistas de aquellos rincones.

—¿Vamos por el camino malo?—insinuó César.

—No, iremos por el otro—replicó muy serio Venancio.

Quince minutos más tarde suspiraba yo pensando en el camino malo. *El otro*, el que seguíamos, era *el peor*. Nuestro paso era un despeñamiento; descendíamos por el cauce seco de un torrente, resbalábamos por la vertiente escarpada, y las caballerías constituían un adorno: cabalgar por aquella senda hubiera sido una temeridad, un ejercicio de oposición á un batacazo morrocotudo. Entre las peñas, algunas vides tendían sus vástagos cundidores y sus pámpanos escasos de lozanía; la filoxera había pasado por allí y los replanteos de *riparias* aun no reemplazaban á la riqueza perdida.



Sequeros.—La salida.

Punto menos que rodando dimos en el fondo del barranco. Allí se alzaba el pueblecito de Las Casas. Los ancianos, congregados junto á la fuente, interrumpieron su charla para contestar á nuestro saludo. Había en ellos perfiles romanos, parecían senadores cesáreos, venidos á menos, conversando en el Foro.

Ante la iglesia, una explanadilla empizarrada servía de era. Allí sorprendimos una deli-

ciosa escena campestre. Para trillar dos ó tres gavillas de garbanzos, la cosecha del año, el cosechero, ayudado por sus hijos mayores, arrastraba sobre las gavillas un serón dentro del cual iban paseándose satisfechísimos otros niños más pequeños.

Aquella faena agrícola, convertida en juego por obra del amor paterno, ofrecía hechizo irresistible: el hechizo de la rudeza del trabajo perfumada por el cariño.

Caía la tarde cuando vadeamos el riachuelo que riega á Las Casas. Hicimos alto en la margen opuesta al caserío y descansamos, merendando al pie del sifón de la fábrica productora de energía eléctrica. Aquel descanso fué, en realidad, gratísimo. Los rumores del agua, el trinar de los ruiseñores en los álamos, el fresco vientecillo de la tarde, las fragancias de romeros, de



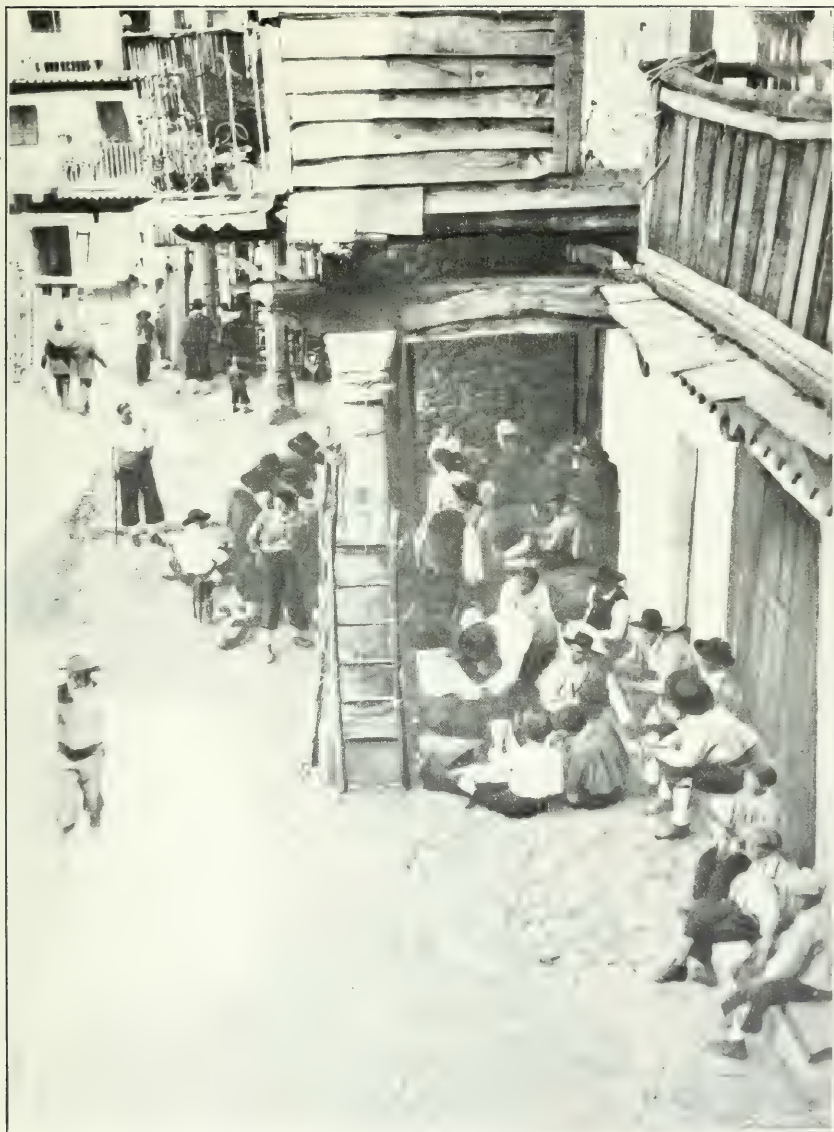
La bajada de Sequeros.

cantuesos y de espliegos montunos, y el café que los «Thermos» nos sirvieron, hirviente aún, constituyeron un regalo para nuestros sentidos.

Reanudamos la caminata á lomos de poderosos mulos serranos y comenzamos á trepar por una mediana vereda, abierta entre huertos que eran jardines, donde con los guindos, los castaños y los manzanos alternaban las madreselvas, las adelfas y los mastranzos.

Digan lo que quieran los amantes de las tierras llanas, la serranía podrá ser á veces menos majestuosa, pero es siempre más pintoresca, más amena, más bella y más rica en adornos que la campiña. Los riscos son niños juguetones y traviesos que muestran la risa en sus labios en flor; las hazas, los campos de pan llevar, son madres augustas que nos sustentan, pero madres que han perdido en galas lo que han ganado en santidad.

Subiendo, subiendo constantemente, dimos en Mogarraz. La muerte se nos presentó antes



La Alberca.—En vísperas de la fiesta.

que la vida y el cementerio nos salió al paso: un cementerio ideal para los devotos de Baco, un cementerio que sería prolongación de opulentos viñedos á no estar defendido por blancos tapiales de la invasión de los sarmientos.

El caserío de Mogarraz, nacido en un repecho del monte, va escalonándose y extendiéndose hacia la cumbre. En la clave de los arcos de entrada de los edificios descuella el escudo del Catolicismo, el escudo de la Fe, una piedra que ostenta como divisa la misma inscripción que Hernán Pérez del Pulgar clavó en las puertas de la mezquita de Granada en los postreros días de la Reconquista: *¡Ave María!*

En los balcones voladizos, en la traza de las construcciones, en la indumentaria de los vecinos que conservan apego á la tradición, palpita y vive la España de ayer. Yo vi figuras que pudieran sin retoque servir de ilustraciones á las primorosas páginas de *El sombrero de tres picos*.

Al salir de Mogarraz, al encontrarnos con que la vereda se ensancha trocándose en camino vecinal, como antes la muerte, el amor surgió en nuestra senda. Parejas de campesinos y de mozas paseaban con lentitud ó conversaban junto al pretil de la ribera. El Amor tejía guirnaldas que luego caerían deshojadas por la Gran Implacable. Y la vida fecunda trazaba planes de batallas de ilusión para reponer las bajas de los que se fueron al jardín de la tristeza, á dormir tras los blancos tapiales que las vides acarician y la Cruz ampara.

De las honduras del valle se elevaban las brumas: mantos de encaje que hadas invisibles tejen en los telares del río; el lucero de la tarde brillaba en la altura; á lo lejos sonaban esquilas de rebaños enderezados hacia los apriscos. Anocheció. En lontananza asomó un macizo montañoso: la Peña del Huevo. Y, rasgando la muda quietud de los campos, llegaron jubilosas vibraciones de campanas lanzadas al vuelo.

—La Alberca anuncia la fiesta de su Patrona —exclamó Mancebo.

—¿Ha terminado ya el breve paseo, el ratito de marcha que teníamos que hacer para trasladarnos de Salamanca á La Alberca?—interrogué, dirigiéndome á César y á Venancio.

Mis acompañantes soltaron la carcajada. Cerca, muy cerca, parpadeaban las luces de un pueblo.

En las calles y en la gran plaza los vecinos engalanados exteriorizaban esa satisfacción propia del que ve llegar un paréntesis de alegría abierto en todo un año de recio trabajo. La presencia de Polo Benito y de D. Julián Mancebo, y la amable acogida de Elisa y Carmen, hijas de D. Julián, pusieron término definitivo á mis dudas. Indudablemente estábamos en La Alberca, aun cuando al saborear la espléndida cena y al caer en una bien mullida cama, experimenté cierta zozobra y me dormí pensando si era huésped de La Alberca ó de un Paraíso creado por la amistad.



La Alberca. —El sastre.



La Alberca engalanada para la fiesta.

II

En La Alberca.—El ofertorio.—El Teatro. El churro. Notas sueltas.

Volteo de campanas enloquecidas, estampido de cohetes, redoble persistente de tamboril y agudas lamentaciones de gaita, formando diana discordante, pero regocijadora, nos hicieron saltar del lecho muy de mañana.

Los vecinos, ataviados con sus mejores galas — que constituyen el punto de transición del traje charro al extremeño,—se dirigían hacia la iglesia.

Á la iglesia fuimos, y aseguro que pocas veces he admirado tanta devoción como la de aquellos fieles albercanos que asistieron en masa á la Misa mayor, y que escucharon piadosamente un sermón que se prolongó durante cerca de hora y media.

El templo, rematado por robusta torre de piedra, consta de tres naves muy espaciosas; el altar mayor y el de la capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores, ofrecen algún interés histórico y artístico. Capilla y parroquia fueron construídas á expensas de un sacerdote albercano que logró algún caudal en América, donde desempeñó el deanato de la catedral de la Paz.

Al salir de la iglesia nos dirigimos á la plaza para presenciar el ofertorio.

Procesionalmente, precedida de estandartes, rodeada por el Cabildo municipal, asistida por los cofrades, seguida por compacto gentío, saludada por vítores, anunciada por músicas y llevada en hombros por fornidos mozos, hizo su entrada triunfal la imagen de la Virgen Santísima, ostentando rico manto azul.

La efigie quedó depositada en el frente de la plaza; el pueblo alineóse, dejando despejado buen trecho, y entonces, de dos en dos, por orden riguroso de categorías, fueron llegando mayordomas y regidores á prosternarse ante la Madre del Redentor y á depositar á los pies del célico trasunto la ofrenda destinada al culto.

De vez en cuando, docenas de cohetes estallaban en honor de la Patrona; luego volvía á imponerse el silencio.

Y en la compostura de las mayordomas, vistosamente vestidas; y en la gravedad de los regidores, envueltos en gruesas y holgadas capas; y en la actitud de los millares de personas asomadas á los balcones, enlucidos con colgaduras, ó agrupadas bajo los pórticos, había algo tan respetuoso como tierno: algo que era un poema, todo fervor, rimado al unísono por los corazones.











El ofertorio de las mujeres.—1. El público.—2. Mayordomas. 3. Ofrendando.—5 y 4. Antes y después de ofrendar.

EL DIAGOSTO.—FIESTAS DE LA ALBERCA













l ofertorio de los niños. –1. En su puesto.—2. El saludo.—3. Las relaciones.—4. El baile. 6. La procesión. 5. Retorno.

. DÍA DE SU PATRONA (15 DE AGOSTO)

Formando brillante nota de color, avanzaron hasta el centro de la plaza ocho muchachitos con trajes de serranos y capitaneados por un vejete.

Doblaron la rodilla ante la Virgen, y el Capitán, en un romance más sentido que bien rimado, saludó á la Señora y expuso el programa del acto.

Á continuación, los rapazuelos declamaron romances, pintando la situación de sus familias, impetrando auxilio para sus necesidades y terminando con la deprecación:

«Reina y señora bendita,
Madre de todo este pueblo,
Danos ogaño cosecha
Y llevanos hasta el Cielo.»



La Alberca. — El público durante la representación.

En la relación de uno de los niños, hubo una nota de intensa emoción. El pequeñuelo evocó el recuerdo de su padre ausente, de su padre expatriado para ganar el pan en tierra americana, como trabajador en las obras del Canal de Panamá, y pidió á la Patrona que amparase á los obreros albercanos que en Panamá luchaban por la vida—más de un centenar de hombres en un pueblo de dos mil almas—y que los volviese á sus hogares.

La voz del chiquitín temblaba y tenía dejos de angustia. Un sollozo mal reprimido llenó la plaza, y el llanto corrió por las mejillas de las viudas de vivos, de los huérfanos con padre que hallaban en aquella criaturita un intérprete de sus amarguras.

Luego, los muchachitos dieron comienzo á sus graciosas y complicadas danzas, acompasándose á los golpes del tamboril y haciendo chocar, con arte de esgrimidores, unos palitroques que imitaban en cierto modo el repiqueteo de las castañuelas.

Y al concluir el baile, cuando las campanas parroquiales voltearon festejando la vuelta de la Virgen al templo, cuando las gargantas enronquecían lanzando aclamaciones, cuando los

cohetes tronaban saturando el aire de olores bélicos, el cuadro que mi vista contempló encerraba insuperables magnificencias de color y de vida. Los tonos vivos de las colgaduras, las pinceladas rojas, azules y amarillas de los adornos femeninos, los tiestos de flores, el hormigueo del pueblo en torno de las andas, y la áurea lluvia de un sol deslumbrante producían en la retina impresión enérgica, cegadora. En aquella plaza, que guardaba recuerdos de la arquitectura primitiva de la España de otras centurias, subsistía el aliento viril y creyente de aquella España que envió conquistadores y mártires al Nuevo Mundo, soldados hazañosos á Italia y á Flandes y varones aguerridos á los campos de Villalar.

Y tan lleno de color y de vida como el cuadro de la solemnidad religiosa, fué el que á la siguiente mañana gozamos como espectadores de la función teatral.



La Alberca. — El público en el entreacto.

La plazoleta de la iglesia era insuficiente para contener á la muchedumbre que se hacinaba en bancos y en sillas; en el atrio del templo hallábanse los asientos reservados para las Autoridades y para los que fuimos favorecidos con invitación especial, y frente, cerrando una calle, alzábase un tabladillo, exornado con rameadas colchas y con verde follaje.

Y aquel tablado—que en rusticidad y escaso aliño nada podría envidiar á los que fueron pedestales de Querilo, Frínico y Tespis,—dió á mi espíritu una exquisita sensación de la infancia del arte dramático: un auto sacramental interpretado por campesinos, vestidos con casacas y calzones procedentes del arca donde desde tiempo inmemorial se guardan las galas para las representaciones teatrales. El argumento del auto era sencillo, rudimentario cual corresponde á un arte que comienza á balbucear. Pero en aquella sencillez había todo el atractivo de la ingenuidad, de la vida que alborea. Luchaban, esgrimiendo largas tiradas de versos, el Bien y el Mal. El Mal, el rey del Averno, con ropaje color de fuego, se dejó resbalar desde la altura de un tejado hasta el escenario; le precedía un dragón monstruoso que despedía lla-

mas, chispas, humo y horrísonos cohetes. Los niños y las mujeres manifestábanse asustados al contemplar la imagen de Lucifer; los hombres sonreían socarronamente al ver cómo el señor del infierno hurtaba la cara para resguardarse contra posibles quemaduras. Y cuando el Bien se alzó triunfante, cuando el Mal, vencido, avergonzado, iracundo, golpeó el suelo, inclinó la cabeza y se hundió bajo las tablas, un alarido de gozo, y un palmoteo delirante revelaron la satisfacción de aquellas almas buenas, de aquellas conciencias sanas, al mirar la derrota del réprobo.

Durante el primer entreacto, de igual modo que en los subsiguientes, el Ayuntamiento agasajó á los invitados con bizcochos y con un trago de vino, servido en vetusto tazón de plata.

Al auto sacramental sucedió un apólogo, de corte moderno, encaminado á combatir las propagandas de los librepensadores.



La Alberca. —Una escena del drama.

Y para complemento del espectáculo, se representó nada más que *El zapatero y el rey.*

Seguro estoy de que el inmortal Zorrilla hubiera pasado un par de horas inolvidables asistiendo á la interpretación de su drama. El rey D. Pedro, con una hermosa escopeta de dos cañones fuego central; uno de sus nobles, con espadín de la época de Godoy; un soldado del monarca *Justiciero*, con el uniforme de la Infantería española, la medalla de Melilla y un sable del Arma de Caballería; mantos de percalina, coronas de cartón y otros disparates y anacronismos de mucho bulto, fueron surgiendo entre el recitado de los sonoros versos del Cantor de Granada. Pero sobre errores y desatinos se alzaba un candor tan hermoso, una buena fe tan firme, que aun los más tentados á la risa, aun los críticos más burlones hubiesen hecho allí lo que todos hicimos: aplaudir aquellas imperfectas manifestaciones del amor de un pueblo rudo hacia el arte español; aplaudir el certero instinto que llevaba al pueblo hacia las creaciones de los grandes líricos, apartándole de esas suciedades que son máculas de la escena en los actuales tiempos. ¡Ojalá por espacio de otros dos ó tres siglos continúen regocijándose los

albercanos con la batalla versificada en que el Mal sucumbe aplastado por el Bien y con las galanuras rítmicas del mayor poeta lírico de la España del siglo XIX!

Mas el completo desbordamiento de algazara, de gritería y de entusiasmo, está reservado en La Alberca, como en casi toda España, para la llamada fiesta nacional por excelencia: para el churro, que es allí el equivalente de las corridas de toros propiamente dichas.

El churro es un número insustituíble en los programas de las ferias y romerías. Ese número consta de dos partes: el encierro y la capea.

He presenciado muchos encierros en distintas ciudades; nunca creí posible lo que en La Alberca vi. El encierro suele ser un acto ordenado, en el cual mayorales, vaqueros, manso y toros marchan por un camino despejado, sin que haya guapo que les estorbe el paso.



La Alberca. — Escena final del apólogo.

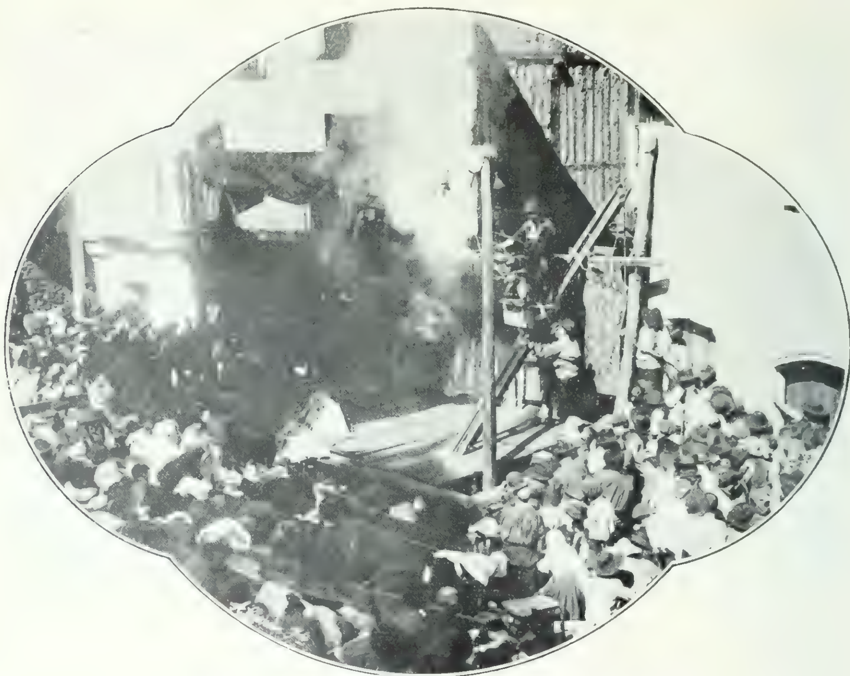
En La Alberca ocurre todo lo contrario. Las puertas de las casas permanecen abiertas y en ellas hombres, mujeres y hasta niños asisten al desfile del churro, que marcha entre un pelotón de gente. De vez en cuando, el animal se cansa del asedio y prueba á arremeter; entonces hay carreras, chillidos, golpetazos de puertas que se cierran... Y al minuto vuelve el novillo á sentirse prensado, dominado por sus acompañantes. Es milagroso que tratándose de reses bravas, algunas de las cuales llegan á pesar de veinticinco á veintiocho arrobas, no se registren desgracias.

La capea es una continuación del encierro. Asusta la carencia de precauciones contra las acometidas del churro. En la plaza, amén de los balcones y ventanas, todo artificio es útil para improvisarse una «localidad». Las puertas, de par en par abiertas, sirven de refugio cuando el toro se arranca; en otras, unas tablas mal clavadas forman talanquera, ilusoriamente protectora; tras las empalizadas y sobre las empalizadas que cierran las bocacalles, apíñanse centenares de personas; en tablas, suspendidas por dos cordeles á los balcones, toman asiento los mozos, y

encaramados en las rejas, medio ocultos tras las columnas de los soportales y hasta agarrados á cabos de maromas hay aficionados al arte de Cúchares; por las empalizadas asoman cabezas de muchachos y no faltan algunos que, gazapeando, deslicen todo el cuerpo tras la cabeza y salgan al coso.

En conjunto y en detalle, la plaza, á la hora de la capea, tiene extraordinaria brillantez de luz y soberana palpitación de vitalidad robusta.

En la lidia hay dos momentos perfectamente marcados. Durante los primeros quince ó veinte minutos, el churro es el amo de la plaza, sus facultades y su acometividad le hacen dueño del campo, y apenas si algún torerillo de carretera—que ha recorrido muchas leguas á



La Alberca. — La bajada de Lucifer en el auto sacramental.

pie para tirar un capote y recoger un puñado de calderilla—ó algún mozo excitado por las libaciones, se atreve á desafiar al cornúpeto. El reto va inmediatamente seguido de un acosón, de una pateadura ó de un puntazo en la región que es víctima propiciatoria de estas audacias: en la región glútea.

Al cabo de los quince ó veinte minutos, el público «le puede» al toro; el animal, aturdido por vocerío ensordecedor, inicia la acometida, y en el acto se ve solicitado por capotes, blusas, boinas y mantas que flamean en las rejas, que asoman por las empalizadas, que se agitan en talanqueras, á un lado, á otro, de frente, detrás, por todas partes.

Y el final es desastroso; cuando el bravo novillo no cae pronto enlazado para recibir el

puntillazo, llueven sobre él garrochas pequeñas que le convierten en un magno alfiletero y le hacen caer desplomado, bramando de ira y de dolor.

Muere la tarde. El alguacil va de corro en corro subastando los bocados más sabrosos del churro; reanuda el tamboril su redoble, arden las ruedas de fuegos artificiales, bailan mozas y mozos la charrada—ese prodigio de habilidad coreográfica, que consiste en mover ágil y rapidísimamente los pies sin salir de un palmo de terreno,—y cuando las campanas de la parroquia tañen, pidiendo una plegaria por las Ánimas, la multitud se dispersa y se recoge en sus hogares... Un cohete sube en la serenidad de la noche y se deshace en lágrimas de carmín y de esmeralda...

Vagabundeando por las enmarañadas calles, asomándonos á las afueras, recorriendo las ermitas cercanas, contemplando en distintas horas y en aspectos diversos á los habitantes de los cinco centenares de casas que se apelotonan formando el pueblo, pudimos sorprender notas típicas á veces, y á veces curiosas.

La Alberca—antes Valdelaguna—debe, sin duda, el nombre á su caudal soberbio de excelentes aguas.

Fuentes, manantiales, regatos, arroyos, riachuelos corren por doquier como pregones de fertilidad.

El amor al terruño aguzó el ingenio de los albercanos y les permitió vivir y prosperar en aquellos breñales. Industriosos como hormigas, saben, pueden y quieren hacer un poquito de todo.

La arriería, la cría de ganado de cerda, la salchichería, la linería, el telar, el colmenar y la exportación de castañas constituyen elementos de vida para aquellos serranos laboriosos.

Comprando peñascales, volando las rocas á fuerza de arrobas de pólvora, plantando cerezos y castaños, encauzando aguas perdidas, sembrando siempre y mirando más á lo porvenir que á lo presente, D. Julián Mancebo, y como él otros terratenientes, han logrado hacer jardines de los eriales y crearse hacienda feraz y hermosa.

Y tan admirable como su amor al trabajo es el estómago de los serranos. En La Alberca, y dentro de La Alberca, en el hogar donde hallé franca hospitalidad, se hacen sólo estas comidas: desayuno; después pan y guindas tomadas al pie del árbol, como postre del desayuno; luego, como continuación del postre, jamón, embuchado y traguete de vino para hacer hora hasta que suenen las once; á las once, las patatas condimentadas sin escatimar el picante; tras las patatas, si surge algún voluntario, truchas ó magras fritas; á la una, los tres vuelcos de un puchero suculento, escoltado por una legión de principios y de postres; á las cinco, tajadas para merendar, y á las ocho la cena, que es un derroche de invitaciones á la gula, y, en fin, si la velada se prolonga, para prevenirse contra desfallecimientos, asoman los vasos de leche y los bizcochos. Y lo portentoso es que los cólicos son rarísimos.

La taberna de la plaza y la carnicería dan idea, en vísperas de la fiesta, de lo que allí se bebe y se come. En la taberna, que tiene reminiscencias de mesón cervantesco, amontónanse docenas de odres henchidos de tintillo; en la carnicería, todo un rebaño de cabras cuelga de las escarpias; cuarenta y ocho horas después los pellejos están pez con pez y en las escarpias no hay una mala piltrafa para remedio de un gato hambriento.

El sastre de La Alberca, con su taller al aire libre, es un caso de impasibilidad. Llueven sobre él pullas, cuchufletas y reclamaciones de los parroquianos que aguardan los trapitos nuevos para la fiesta. Y el sastre oye, calla y sigue cosiendo imperturbablemente. Yo he sospechado que padecía una sordera bien administrada.

Cuando nos disponíamos á acostarnos, un pregón turbó la paz del vecindario y la campana de la parroquia tañió con quejumbre extraña.

—¿Qué ocurre?—preguntamos.

—Que se ha perdido un niño en el campo—nos dijeron—y que de orden del Alcalde ha de ir una persona de cada casa en busca del pequeñuelo.

Los que no crean en la caridad, los que duden de que aun existen sentimientos fraternales en los humanos pechos, vayan á la sierra y vean lo que en La Alberca vimos.

Trescientos, cuatrocientos, quinientos vecinos provistos de faroles, farolillos y linternas se desparramaron por el campo.

La campana seguía gimiendo lúgubremente.

Á distancia parecía que un ejército de gusanos de luz había invadido la sierra.

La angustia se reflejaba en los ojos y las palabras parecían sollozos. Pesaba en los ánimos el recuerdo de otro niño perdido y hallado al siguiente día en la hondura de un barranco, destrozado por las alimañas.

La pesadilla se prolongó una, dos, tres horas. Al cabo, el muchachuelo fué encontrado dormido á orillas del Lera, y volvió en triunfo al hogar paterno. Y los vecinos, satisfechos del hallazgo, dieron gracias á la Patrona, y, sin la menor sombra de vanidad, como si su conducta fuese algo muy natural, tornaron á sus casas sin dolerse de la molestia ni de las horas de sueño que habían sacrificado.

Frente á la afirmación de Hobbes, frente á la crueldad entristecedora de que el «hombre es un lobo para el hombre», quiero colocar con orgullo el proceder humanamente generoso del vecindario de La Alberca que proclama con el ejemplo que el hombre es un hermano para el hombre.

Y, así pensando, buscamos el sueño preparatorio para nuestra segunda jornada. Al amanecer nos aguardaban las cabalgaduras para llevarnos á un mundo nuevo: á la comarca de Las Jurdes.



Vista de Granadilla.



Sierras de Las Jurdes desde el Portillo de La Alberca.

III

De La Alberca al Portillo.—Desde la cumbre.—Camino inmejorable.—Nociones geográficas, legendarias é históricas acerca de Las Jurdes.—Charla con un jurdano.—Entrada en Las Mestas.—Las viviendas por fuera y por dentro.—En la escuela.—Juan Bravo, el cazador de lobos.

La primera luz del alborear nos encontró reunidos en el oratorio de la casa de D. Julián. Allí Polo Benito celebró el sacrificio santo de la Misa, aplicándolo por la paz del alma de la que fué digna compañera de nuestro huésped.

Al montar en las caballerías, Polo, asumiendo la jefatura de la expedición, nos ofreció los auxilios espirituales en caso de probable necesidad; César nos tranquilizó brindándose á practicar con todo cariño las diligencias judiciales á que hubiere lugar; Gombau me indicó que en su maleta llevaba elementos para efectuar una casi inevitable cura de urgencia, y yo, modestamente, me hice cargo del manejo del botiquín.

Cencio y Perico, al tenernos el estribo, nos manifestaron que la gente exagera mucho y que no todos los que dan un paseo por Las Jurdes vuelven mancos, descalabrados ó cojos.

—Bueno—observó Alfredo;— no asustéis á estos señores; ya se sabe que hay algunos que no vuelven, porque se quedan allí para siempre.

En la distribución de machos me correspondió cabalgar en *Canito*, un mulo que conoce los vericuetos de la sierra, por haberlos andado centenares de veces en su ya larga vida.

Mientras el día acababa de abrirse paso desgarrando celajes y arrebolando jirones de nubecillas plateadas, dejamos atrás La Alberca.

Á los pocos minutos nos encontrábamos en plena soledad.

Hasta la Fuente de San Esteban habíamos estado en comunicación con el mundo mediante todos los vehículos de la civilización moderna; en la Fuente, al abandonar el tren, rompióse un eslabón de la cadena: la línea férrea; en Sequeros quebráronse otros dos eslabones: la carretera y el telégrafo; al entrar en La Alberca acabó el camino vecinal, y al salir de ella dejamos de ver los hilos conductores del flúido eléctrico, el último vínculo que nos enlazaba, aun cuando sólo fuese imaginativamente, con la sociedad civilizada.

Á medida que ascendíamos, la senda hacíase más escabrosa, menos practicable, y el campo pregonaba con voces sin palabras que la mano del hombre descuidaba la labor de aquellas extensiones cubiertas de matorrales y salpicadas de rocas.

Nos acercábamos á la cumbre cuando el sol, con majestad soberana, desplegó su magnificencia luminosa.

Una cruz de hierro con tosco pedestal de piedra nos advirtió el lugar en que acababa la provincia de Salamanca y daba comienzo la de Cáceres. Llegábamos al Portillo de La Alberca.

—Miren ustedes hacia atrás hasta nueva orden, y verán algo que les compensará de las molestias del camino—exclamó Polo Benito.

Obedecimos el mandato, y durante breves instantes contemplamos el panorama de la sierra que habíamos escalado; de la sierra que, por gradaciones casi insensibles, era ocre en la altura, verde esmeralda en los repechos, verde pálida en las postreras ondulaciones, verde púrpura



Puente de entrada á Las Jurdes, visto desde agua arriba.

en los castañares que la circundaban, verde oro en los viñedos y gualda en la llanura, en las dehesas que se prolongaban hasta fundirse con la turquesa del cielo...

—¡De frente!—dijo con voz estentórea nuestro jefe.

Un escalofrío nos sacudió; algo que no es posible definir nos arrancó un grito y nos hizo saltar á tierra y quedar inmóviles, absortos, con el ánimo en suspenso, con los ojos abiertos desmesuradamente, cual si quisiéramos dar entrada en el alma, por las mezquinas ventanas de los sentidos, á la grandeza del cuadro que teníamos ante la vista...

La mano de Dios había erigido en aquella cumbre un trono de mil doscientos sesenta y cinco metros de elevación, y desde aquel trono, que era una prolongación del nudo roquero constituído por la Peña de Francia, dominábanse cuatro enormes macizos, cuatro ramales montañosos que se hallaban á nuestros pies, revestidos de pompa agreste, abrupta, inefable...

Eran cuatro canciones de gesta, cuatro poemas ciclópeos, cuatro murallones colosales que se alzaban cual formidables defensas de una comarca... El cielo—como afirmó Castelar con acierto feliz—ha querido abrir un abismo infranqueable entre el sentimiento y la expresión. No intentaré profanar con la palabra la emoción honda, augusta que allí nos embargó. Mudos, atónitos permanecimos largo rato, y en aquel acto de fervor admirativo hubo ternuras y purezas de plegaria y hubo el reconocimiento de la pequeñez humana ante la omnipotencia del Creador retratada en sus obras...

Desde la cima, alejados de la tierra, envueltos por flecos de nubes, abarcábamos con la mirada algo enorme, caótico: un laberinto de sierras que, en lo hondo, mostraban, á guisa de fauces monstruosas, tétricos barrancos, angostos y obscuros valles y dentellados perfiles de



Puente de entrada á Las Jurdes, visto desde agua abajo.

crestas agudas cual dientes de bestias antediluvianas... Y tras de aquellos macizos, en los repliegues de aquellas gargantas, colgados como nidos de águilas en los escarpes, acurrucados como alimañas en los pedregales escondíanse Las Jurdes.

Al escuchar la voz de «¡adelante!» los dos novicios de la partida, César y yo, nos miramos, suponiendo que los compañeros trataban de embromarnos. Para tomar por asalto el primer macizo, era necesario ante todo llegar á la hondura del primer valle, y para bajar al valle hacía falta una senda, que en vano buscábamos: el terreno parecía cortado á pico ante nuestros pies.

Al ver que Polo, Gombau y Mancebo aguijaban á sus machos, cerramos los ojos y fuimos tras ellos. En la ladera se adivinaba algo así como una madeja blanca á medio devanar: aquel era el camino, que en su anchura máxima podría medir hasta dos cuartas.

He cazado en las fragosidades de Sierra Morena; he subido á los montes de Candelario; he

bajado á las lagunas del Trampal, y conozco los desfiladeros de Despeñaperros y de los Gaitanes. Con lo peorcito de todos esos parajes puede competir dignamente la vereda que une el Portillo de La Alberca con el valle de las Batuecas.

—En contando veintiocho revueltas estamos en el río—gritó Polo.

—¡Y acaso antes!—contestamos César y yo, manteniendo á duras penas el equilibrio, seriamente comprometido por un resbalón de nuestras caballerías.

—Ahora vamos á llegar al sitio en que don José dió una caída—recordó caritativamente Perico.

—¡No fué malo el porrazo!—afirmó Polo Benito.—Pero tuve la suerte de dar sobre unos brezos y todo se redujo á contusiones, arañazos y molestias de menor cuantía.

Una cruz plantada en la vertiente señalaba el punto medio de la madeja retorcida que íbamos devanando.

De repente, el *Canito* tuvo la comodidad de pisar en falso... Un tirón enérgico del ramal evitó que ocurriera un desaguisado.

—Ahí mismo se hizo una brecha en la frente el señor Obispo—murmuró á modo de consuelo Cencio.

—Pues es raro—replicó César, porque el camino es in... me... jo... ra... ble...

El final de la frase lo pronunció en tierra, y si no sirvieron sus costillas de instrumento de agrimensor, obra fué de la agilidad con que saltó, apeándose ante la huída del macho, asustado por el brusco ruido de una perdiz que levantó el vuelo.

Por pura comodidad, para dar elasticidad á las piernas, optamos por concluir de bajar á pie. Ya en el valle, libres de inquietudes, la conversación se animó.

Estábamos en el fondo de un embudo, en el final de un pozo, en las entrañas de una sima Sobre los matorrales surgían peñascos volcánicos, en los cuales la fantasía podía adivinar formas de animales fabulosos ó miembros de titanes.

Atravesamos casi á pie enjuto el río Batuecas y volvimos á utilizar las caballerías para recorrer un sendero sinuoso trazado cerca de la orilla.

En aquella profundidad, el sol caía á plomo, implacablemente, sobre nuestras espaldas. Helechos, brezos, lentiscos y madroñeras crecían por doquier con pujanza extraordinaria; las hierbas adquirían proporciones de arbustos, los arbustos eran frondosos árboles. Había allí sol, agua y tierra fértil; y, sin embargo, el hombre dejaba inculto el suelo. Ni una choza, ni un rebaño, ni una huella de vida alegraban aquel desierto.

Entre las frondas asomaron los ojos de un puente: la frontera de Las Jurdes.

Y, antes de penetrar en la comarca jurdana, hicimos un alto en mitad del río y charlamos formalmente.

Pedí á mis amigos algunas noticias referentes á la geografía, historia y leyenda de la región en que íbamos á poner la planta.

Polo, sin vacilar, tomó la palabra y nos hizo saber: que nos encontrábamos en un valle del tercer macizo de la cordillera carpetana, al Sur de la sierra de Gata, en la vertiente meridional del Grupo Central, ó sea de la Carpeto-vetónica; que del núcleo principal, ó sea de la Peña de Francia y de la Peña Jasleala, se desprendían en serie decreciente los ramales montañosos de Las Jurdes: sierras de Lomo Labrado, del Cordón, del Retamar, de la Mula y de Mestas, que nacen en Pico Espinal, Cotorro de las Tiendas y Pico Mingorro; y, en fin, que íbamos á entrar en la sierra de Mestas.

Un aplauso cerrado premió al geógrafo, que se inclinó en señal de gratitud y continuó diciendo:

—Las Jurdes se hallan á diez y ocho leguas de la capital de la provincia, á diez y seis de Salamanca, á diez de la frontera portuguesa, á ocho de Coria, residencia del Obispo de la diócesis, á siete de Plasencia y á cinco de Béjar y de Ciudad-Rodrigo. Todo esto salvo error ó distracción.

—Bueno, amigo mío—observé;—usted se ha traído «embotellada» la conferencia geográfica.

—Todas las sierras que he citado las he recorrido en compañía del señor Jarrín—respondió Polo Benito.

Callamos, movidos por impulso de admiración.

Luego, cediendo á mis instancias, el geógrafo completó así su descripción:

—La región de Las Jurdes es un cuadrilátero irregular, que mide once leguas de longitud por seis de latitud, ocupando una extensión aproximada de mil novecientos kilómetros cuadrados. Está limitada por las sierras de Francia, de Gata, de los Ángeles, de Muño-Garra, de Altamira, de Castillejo y de las Vaquerizas, y por el río Alagón...

—Y la riegan—interrumpió Gombau con el tonillo de un escolar que recita la lección—siete principales ríos, á saber: el de los Ángeles, Ovejuela, Esperaban, Fragoso, Jurdano ó Jordán, Ladrillar y Batuecas..., servidor de ustedes—concluyó, lanzando una piedra á la corriente y poniéndonos en dispersión para evitar salpicaduras.

Al ir á tomar las cabalgaduras me encontré convertido en infante; el *Canito*, aprovechando un momento de libertad, había comenzado á trotar vereda adelante, atraído por la querencia hacia Las Mestas; Perico corrió tratando de dar alcance al prófugo, pero *Canito*, al sentirse perseguido, apretó el trote, y mozo y animal se perdieron de vista.

Aun cuando mis compañeros me brindaron acomodo en las ancas de sus machos, y aun cuando el calor aumentaba en términos invitadores para no hacer ejercicio, opté por marchar á pie, y no me arrepentí de ello.

Los excursionistas caminábamos en columna indiana, pues la estrechez de la vereda no daba para mayor desahogo. Teníamos al frente una montaña áspera, á los pies el río, que saltaba entre rocas y se precipitaba en los calderones con gran estruendo, y el camino—¡de algún modo hay que llamar á las cosas!—corría faldeando otra vertiente. El tal camino era una cornisa menguada, que serpeaba entre malezas y esquivaba peñascales; las aguas torrenciales, en la estación lluviosa, rompían por todas partes la senda, y los mesteros resanaban los daños, afianzando pizarras y rellenando con piedras y con helechos las barranquillas.

Ante un calderón del río, que se estrellaba espumarajeando enfrenado por las estribaciones de las sierras, Mancebo nos participó que por aquel precipicio rodó un caminante con su caballería, sin que fuese posible prestarle auxilio.

Agradecimos el aviso, y, dando de mano á las bromas, empezamos á comprender las causas del olvido en que han estado envueltas Las Jurdes. Si en aquel momento hubieran asomado otros excursionistas en dirección contraria á la nuestra, fuerza hubiese sido retroceder, desandando un par de kilómetros. Eso es lo que se acostumbra á hacer en la comarca, correspondiendo el retroceso al que se halla menos distante de un punto que permita el cruce.

César, defiriendo á mi ruego y luciendo su potencia vocal, narró desde la altura del albardón la poética cuanto fantástica leyenda de los primeros pobladores de Las Jurdes. Y con derroche de adornos históricos, con primores descriptivos, como si hubiera sido testigo del hecho, nos habló de los amores de una doncellita y de un paje que se hallaban al servicio de los Duques de Alba, de la oposición violenta con que tropezó el idilio y de la fuga de los enamorados, que, al internarse en el inhabitado bosque de la comarca jurdana y al labrar allí una cabaña, renovaron el ejemplo de nuestros primeros padres y fueron principio de un linaje.

—Todo eso es muy bonito—objetó Alfredo,—pero falso de toda falsedad. Mi padre ha demostrado que esta región fué un Paraíso terrenal que formaba parte de los estados que el ducado de Alba poseía en las provincias extremeñas. También mi padre ha encontrado, rebuscando en archivos, los datos más antiguos que existen con referencia á Las Jurdes; esos datos se remontan al siglo XIV, y consisten en una escritura-privilegio, fechada el 1326, por la cual la villa de Granada, hoy Granadilla, concedía al pueblo de La Alberca en *pleno jure* la dehesa de Las Jurdes, como recompensa á los trabajos realizados por los albercanos roturando la dehesa, poblándola y estableciendo en ella ganadería y colmenares. Y por virtud de esa concesión, el pueblo de La Alberca disfrutó durante tres siglos de los productos de estas tierras, hasta que en 1531—ante notario y con aprobación y confirmación de D. Fadrique de Toledo, como señor feudal de estos territorios,—en pleno Concejo y al son de campana tañida, cedieron los albercanos á los pastores que poblaban la dehesa con sus majadas la comarca de Las Jurdes en enfiteusis, quedando á La Alberca el dominio directo y pasando el útil á los jurdanos.

—¡Bravo por el historiador!—exclamamos á coro.—También Alfredo se había preparado para lucirse hoy.

—Pues usted no se habrá venido de vacío—me dijeron mis camaradas.—Conque desembuche y veamos si se trae bien aprendida la papeleta.

Efectivamente, yo llevaba *improvisadas*, con una semana de anticipación, varias ideas históricas acerca de Las Jurdes en edades remotas. Así, pues, encendí un cigarrillo, reflexioné un momento, y disparé un párrafo muy «presentable», hablando de los hombres prehistóricos, que habitaron en las casi inexploradas cavernas del castillo de Zambrano y del Cotorro de las Tiendas; de los romanos, que emprendieron el laboreo de las hoy abandonadas minas de estaño y que fundaron la ciudad de Otulia, convertida actualmente en montón de escombros; de los árabes, que dejaron unido su recuerdo al ruinoso castillo de Trebel ó de Zambrano, al Morro del Moro y á Camino Morisco; de los paladines medioevales, de los caballeros de la Tabla Redonda, del famoso Roldán, que, como huella de su paso por Las Jurdes, hirió una roca con su férrea lanza é hizo brotar la llamada Fuente de Roldán, al pie del castillo de Trebel. En fin, al esponjarme satisfecho con las muestras de aprobación de mis oyentes, al querer sorprenderlos preguntando quién fué el primer protector de los jurdanos, resulté yo el sorprendido.

Polo contestó en el acto:—¡Un compatricio de Osio!

—¡Un paisano del Gran Capitán!—voceó César.

—Un señor que nació en la tierra donde Abderramán coleccionó seis mil preciosidades en su harén—murmuró enternecido Alfredo.

Y Gombau, torciéndose el sombrero jacarandosamente, cantó por todo lo alto:

¡Viva la tierra,
Viva la tierra,
Patria de Lagartijo,
Machaco y Guerra!...

Cuando reíamos todos de bonísima gana, cuando mayor era la animación, nos dimos de cara con la primera impresión triste de la jornada. Al detenernos en un recodo—donde Perico me hizo entrega del *Canito*, al cual había logrado capturar,—se nos agregó un pobre hombre que caminaba cargado con un saco. Era un jurdano, el primero que yo veía. De corta estatura, muy enjuto, con la tez cobriza y los ojos sin expresión, aquel infeliz parecía un anciano enfermo. Vestía calzón estropeadísimo que le llegaba hasta la rodilla, camisa tosca y mugrienta y un guiñapo anudado á la cabeza; el viento y el sol le habían curtido las desnudas piernas, y en cuanto á calzado, á juzgar por la muestra, era artículo superfluo para el caminante.

Conferenciamos con aquel anciano que aun no había cumplido cuarenta años; se dirigía á su pueblo, á Ladrillar, y venía de La Alberca, donde adquirió la víspera las tres arrobas de patatas que llevaba á cuestas; antes se «acercó» á Ciudad-Rodrigo para vender un saco de cebollas de verano; total, diez y ocho ó veinte leguas á pie, hollando breñales y malezas y agobiado por la carga, para ganar escasamente una peseta en el viaje. Y el hombre hasta sonreía satisfecho; caminar en Agosto daba gozo; lo malo era en el invierno, cuando para ir de Ladrillar á La Alberca hay que marchar sobre la nieve, que casi imposibilita la subida al puerto de Monsagro. Y todavía los que van á pie no son los peor librados, porque yendo con caballerías hay que enmantarles los cascos, so pena de despeñarse.

Al darle un cigarro á aquel trabajador heroicamente sufrido, vimos un relámpago de alegría en sus pupilas turbias.

—Por un cigarro—nos dijo Polo—los jurdanos son capaces de pasarse andando una noche entera.

Al separarnos del anciano, los mulos emprendieron un trotecillo anunciador de la proximidad de la cuadra.

Curiosamente mirábamos una presa rudimentaria hecha para sangrar el río, y al apartar los ojos deslumbrados por el efecto del sol de oro del mediodía sobre la plata de un campo de lino, divisamos en lontananza la melancolía de unos cipreses. Nuestro capellán y jefe echó pie á tierra; Cencio y Perico se habían descubierto ya, y en la majestad del campo, frente al lejano cementerio, se alzó un responso por el que fué párroco de Las Mestas...

Desfilamos ante un olivar, rodeamos una iglesia de muros enjalbegados y desembocamos en la calle Mayor del pueblo ó alquería de Las Mestas.

Entrábamos en el primer poblado de Las Jurdes altas.

Desde un principio la angustia pesó sobre nuestros ánimos. Con una sola excepción, los edificios que formaban la calle no tenían aspecto de habitaciones humanas; las paredes estaban hechas con piedras y con pizarras superpuestas, sin trabazón, sin argamasa que rellenase las junturas, sin enlucimiento de mezcla ni de yeso; los techos se erguían á la altura del hombro de una persona, y eran una mezcla de pizarras y de ramas secas; las puertas semejaban bocas de cavernas, y las ventanas y chimeneas reducíanse á un pedazo de piedra fuera de su sitio.

Nuestra presencia atrajo á los padres de Perico y ahuyentó á los vecinos y vecinas que se hallaban en la calle. Los niños corrían asustados, despavoridos, ocultándose como animalitos que temen ser castigados. Después, cuando corrió la noticia de que iba con nosotros *Don Polo* —así suelen llamar los jurdanos al secretario de *Don Jarrín*,—asomaron tímidamente algunos mesteros y fueron acercándose.

En muchos niños renació la tranquilidad; pero otros, á pesar de nuestras palabras afectuosas, continuaron huyendo, agarrados á las sayas de sus madres, escondiendo las churretosas caritas con expresión de espanto.

El terror de aquellas criaturas nos inspiró honda pesadumbre, pesadumbre que selló nuestros labios y que ensombreció nuestras frentes.

—Elija usted—exclamó Polo—la casa ó las casas que desee visitar.

Recorrí despacio la calle y señalé una vivienda.

—Se ha fijado usted de intento en la mejorcita de todas—advirtió Polo.—¡Vamos allá!

Empujó unas tablas desvencijadas y pasó el primero, para animarnos con el ejemplo. Le seguimos.

No puedo, no acierto á pintar el interior de la mejorcita de las viviendas de Las Mestas.

Un olor nauseabundo, fétido, insoportable, nos trastornó. Cuando la vista se acostumbró á la lobreguez del tugurio procedimos á explorarlo. Nos hallábamos en una pocilga desprovista por completo de muebles; tocábamos con la cabeza al techo y los pies se hundían en una alfombra de helechos. Allí convivía la familia en unión de una cabra y de un cerdo; allí se vertían todos los desperdicios; allí personas y animales daban desahogo á las necesidades orgánicas, y de allí surgían emanaciones de letrina, vahos de estercolero...

En comunicación inmediata con aquel albañal había otra habitación en la cual se notaban indicios de cama, sospechas de mesa y asomos de asientos. Pedazos de troncos de árboles, una olla de hierro puesta sobre dos piedras y dos barreños constituían el menaje familiar.

La casa jurdana, el tipo de vivienda en Las Jurdes, se reduce generalmente á la primera de las dos habitaciones. La segunda es un refinamiento casi de sibaritas. La vida se cobija en un establo y la promiscuidad de seres racionales y de bestias facilita la descomposición de los helechos que al fermentar se transforman en materia de gran valor para los jurdanos: en abono del cual se hallan necesitadísimos para el cultivo de la tierra.

Venciendo repugnancias, conteniendo las náuseas, permanecimos en aquel recinto, muy inferior en higiene y habitabilidad á las zahurdas que suelen destinarse para la cría del ganado de cerda.

El propietario de la casa nos acompañaba; aquel hombre era la imagen del paludismo. El tono terroso de la cara, la vidriosidad de las pupilas, la palidez de los exangües labios, reflejaban la enfermedad que lo consumía. Llevaba en los brazos á un niño de tres años, que yacía amodorrado, mal envuelto en andrajos, con los ojitos entreabiertos. ¡Otra víctima de la fiebre palúdica! La madre del enfermito, la esposa del amo del hogar, estaba trabajando en el campo...

Sentí como si una mano férrea me estrujase despiadadamente el corazón; fué mi dolor tan agudo que tuve que llevarme el pañuelo á la boca para ahogar el sollozo nacido en el alma. Experimenté remordimientos, me agitó el deseo de pedir perdón á aquellos infelices, perdón en nombre de todos los que tenemos pan, hogar y abrigo; en nombre de los que vemos á nuestra esposa y á nuestros hijos asistidos en sus dolencias, satisfechos en la mesa, con lecho en que reposar, con comodidades y con algo que al rebasar los límites de lo necesario es goce ó deleite...

Volví la cabeza para ocultar las lágrimas que ya no pude contener. También mis compañeros, con distintos pretextos, se enjugaban los ojos.



Las Mestas. — La calle Mayor.



Las Mestas. — La nueva escuela.

Hemos convenido en que es cobardía el llanto de los hombres.

Pues bien, yo quiero recordar aquí que cuatro hombres lloramos en un hogar jurdano y quiero ofrecer esas lágrimas como tributo de amor y de misericordia ante aquel sufrimiento inmerecido, ante aquella tortura muda, punzante, desgarradora.

Al dirigirnos á la escuela, alegre edificio de moderna construcción—el primero, tal vez el único, levantado en Las Jurdes por iniciativa de la Corporación provincial, — salió de una casucha un hombre demacrado y se ofreció á acompañarnos. Polo no lo consintió. Aquel hombre era el maestro interino y llevaba más de un mes sufriendo accesos febriles.

—¿Y la quinina?—preguntó Polo.

—Ya han ofrecido mandarnos píldoras— contestó el maestro, tiritando y volviendo á su cuchitril.

Detrás de nosotros penetraron en la escuela catorce ó diez y seis jurdanillos. Bancos, pupitres, carteles, cuadros escolares y todos los materiales de enseñanza nos produjeron la impresión de que habíamos pasado de Las Jurdes á un centro docente de un pueblo culto y rico.

Unas monedas sirvieron de premios, y fueron suficientes para decidir á los niños á someterse á examen.

Nuestros examinandos sabían leer, contar, rezar y los mayorcitos empezaban ya á escribir.

El material de enseñanza era regalo del Sr. Obispo de Plasencia.

—¡Viva «Don Jarrín»!—gritó un pequeñuelo.

—¡Viva!—contestamos unánimemente saludando al que había hecho desaparecer de Las Mestas la vergüenza del analfabetismo.

Excitados por las voces, los escolares—todos mal vestidos y todos descalzos—comenzaron á brincar y á palmotear.

De pronto el silencio se impuso.

Un aullido prolongado, gutural, penetrante, nos hizo saltar de los asientos y acudir á la puerta de la escuela. Las caballerías, con las orejas tiesas, pugnaban por romper los ramales y se revolvían amedrentadas barruntando un peligro. Al repetirse el aullido, la duda se trocó en certidumbre.

—¡Hay lobos á la vista!—exclamamos.

Los niños sonreían alegremente y Polo Benito contestó:

—Hay *casi* lobos. Juan viene á visitarnos; van ustedes á conocer un ejemplar singularísimo de la familia jurdana.

Un viejecito avanzó hasta nosotros, se inclinó, y á modo de saludo volvió á aullar por tercera vez.

—Juan Bravo—dijo Polo Benito—es el cazador de lobos más célebre en toda la comarca.

—Vamos, sí, una escopeta negra—indiqué.

—¿Escopeta? No, señorito—replicó Juan con cierto desdén.—Yo cazo los lobos á mano, sin herramienta de fuego.

Dí por hecho que se trataba de una broma y quise seguirla.

—Bueno, ¿entonces usted caza lobos como los niños cogen grillos?—pregunté.

Y Bravo—¡bien le iba el apellido!—asintió murmurando:

—Asina mesmo, como el señorito dice. Miren las manos y los brazos.

Huellas blancas y profundas en el rojo sucio de la piel, cicatrices y costurones daban fe de mordiscos y eran testimonios de luchas cuerpo á cuerpo.

Examinamos de pies á cabeza á aquel vejete pobrísimamente vestido. Contemplamos su rostro algo más expresivo que el del tipo jurdano corriente y convinimos en que á Juan le faltaba mucho para ser un atleta capaz de reñir á brazo partido con los lobos.

Trabajosamente, con palabra torpe, y con gran cortedad, habló Juan Bravo.

Su relato tenía subyugadora fuerza de realidad; aquel hombre era sincero al narrar su oficio, que evocaba hazañas mitológicas de personajes homéricos.

Juan no cazaba lobos á mano, sin auxilio de armas de fuego; hacía algo más temerario: ¡cazaba lobeznos arrancándolos del materno cubil!

Arrebatarle los hijos á una loba parece un absurdo. Pues la vida de Juan era la práctica de ese absurdo.

Su padre fué cazador de lobos y el hijo siguió el oficio del padre. El aprendizaje no resultó suave. Había que alejarse de poblado y que pasar días y noches en lo más quebrado de la sierra, aguantando nieves, lluvias y viento, con escasa ropa y con unos mendrugos por comida.

La primera parte de la enseñanza consistió en la iniciación de las costumbres y del *jabla* ó lenguaje de los lobos, hasta llegar á la imitación perfecta de ese «idioma».

Juan Bravo, como muestra de sus conocimientos en filología lobera, nos ofreció varios ejemplos.

Inflando los carrillos y apretando los labios dejó escapar un ladrido estridente, seco: la voz de ¡alerta! del lobo. Luego moduló un ronquido quejumbroso: el grito de la huída. Después surgieron gañidos largos, muy largos, que, aun sonando á lamentos, tenían cierta dulzu-



Las Mestas. — El caserío.

ra: llamadas de loba en celo. Y á la llamada, al reclamo, siguió un dúo de amor capaz de poner miedo en los pechos más valientes. Por último, unos gruñidos débiles, iracundos, nos dieron la sensación de las voces de los lobatos.

En los últimos días del año, cuando en los hogares se congregan las familias para celebrar las fiestas de Nochebuena, Juan se iba con su padre por los montes á acechar el celo de los lobos, á averiguar el sitio donde preparaban la guarida para la futura camada. Las indagaciones solían durar una quincena. Los dos meses de la gestación se empleaban en confirmar los datos adquiridos y en señalar el camino para entrar á saco en los cubiles.

Marzo y Abril eran los meses de campaña seria. El peligro no escaseaba; el lobo tiene mejor olfato, oído más listo y vista más fina que el perro; al cazar lobos se corre el riesgo de resultar cazado. Para evitarlo servían las habilidades fonéticas de Juan y de su padre. Cuando espontáneamente, ó solicitados por el reclamo de los cazadores, abandonaban los lobos su



Juan Bravo, el cazador de lobos, rodeado de niños jurdanos.

refugio, la tarea era «coser y cantar»—palabras textuales de Bravo;—se llegaba con algún trabajillo al canchal ó despeñadero donde estaba la camada, se atrapaban los lobeznos y se encerraban en un saco, bien apretaditos para procurar en lo posible que quedasen como amordazados, y acto seguido se emprendía la retirada con mil precauciones para prevenir una sorpresa ó un ataque. Entonces el maestro y el aprendiz, descalzos hasta aquel momento, se calzaban alpargatas nuevas—lujo rara vez permitido—ó pieles de conejo. De tal modo despistaban al enemigo, burlando la finura de su olfato. En ocasiones, los cachorros al ser cogidos se defendían á mordiscos y hasta conseguían desgarrar el saco en que los aprisionaban. Y en ocasiones, la loba, al volver al cubil y al hallarlo vacío ó al escuchar los aullidos de los lobatos, saltaba enloquecida de furor en persecución de los cazadores. Correr era inútil; el lobo es un prodigio de resistencia para la marcha y sostiene sin descanso la carrera durante trayectos de cuatro ó seis leguas, pudiendo prolongarla toda una noche. Cuando la huída era imposible, el padre de Juan acudía al eslabón y al pedernal, y arrancando chispas y encendiendo fogatas solía contener el ataque. Y en los trances extremos, cuando la fiera avanzaba á rescatar á su cría, el cazador, amparando la espalda en una peña, se enrollaba el capotillo al brazo izquierdo, armaba la diestra con un cuchillo, y, sin voces ni desplantes, aguardaba la acometida presentando el capotillo y apuñalando á la loba, abrazándose á ella y rodando con ella en combate salvaje de acero y de colmillos. El hijo asistía á aquellas escenas auxiliando como buenamente podía á su padre. Y así aprendió Juan á cazar y así cazó por cuenta propia.

Una vez adueñados de los lobeznos, llegaba la hora de cosechar el fruto de la cacería. Fuerza era andar sin tomar aliento. Las crías, separadas de la madre, mueren al séptimo ó al octavo día, y ese corto plazo había que aprovecharlo para recorrer los principales Concejos y solicitar una limosna como premio por la destrucción de las fieras.

Hasta cuarenta reales se recogen en esa demanda, cuando la cosecha del año se presenta bien. Seguidamente se reemprende la caza, porque los lobatos permanecen en los cubiles durante los dos primeros meses de su vida.

Juan comenzó el aprendizaje á los nueve años y lleva cogidos doscientos diez y ocho lobos y algunos más, porque hace tiempo perdió la cuenta antigua y abrió cuenta nueva.

De su infancia, el recuerdo que aun conserva fué el de una de las primeras lecciones. Contaba entonces diez años. Una noche su padre lo llevó á la entrada de un cubil, y era tan angosta la entrada que á duras penas, despojándose de la camisa y del pantalón, pudo el muchachuelo deslizar la mitad del cuerpo entre las piedras. Sigilosamente, escurriéndose, avanzando más y más el torso, chocando contra los salientes de aquel estrecho pasadizo roquero, sacó uno, dos, tres, cuatro, cinco lobeznos—la cría de una loba llega á nueve—y de repente se encogió tembloroso: había tropezado con unas patas gruesas; la madre se hallaba con los cachorros y de seguro dormía cuando ya no había saltado sobre los cazadores. Pegando los labios al cuerpo de Juanito, el padre le mandó salir... ¡imposible! El chico estaba preso, empotrado, sin medio para desencajarse del canchal. El cazador tiró desesperadamente de las piernas del niño y el cuerpecillo se distendió, pero sin desasirse de las piedras que lo encadenaban. Entonces el padre susurró: «No tengas miedo; voy á casa—la casa distaba tres leguas—por una piqueta y te sacaré en seguida. La loba continuará durmiendo, y si viene el lobo lo conocerás porque se acercará á olfatearte y ya sabes que tiene muy frío el hocico.»

Alejóse el padre; minutos después crujieron algunos guijarros, anunciando que alguien llegaba, y Juanito sintió en la parte superior de las desnudas piernas un contacto muy frío ¡indudablemente estaba allí el lobo!... Sin un grito, en una contracción desesperada, convulso, el muchacho se retorció y logró salir, despedazándose, de la madriguera. En los canchales dejóse jirones de carne, y en la espalda, á despecho de los años transcurridos, aun muestra Juan un surco acentuado, una cicatriz que le arranca de los hombros y se prolonga hasta la cintura. Y, al escapar de su cárcel, el chicuelo se topó con su padre y maestro, que ya tenía en el saco los lobeznos, y que, para salvarlo, empapó el pañal de la camisa en un regato y lo aplicó al cuerpo del niño haciéndole creer que había llegado el lobo y provocando aquel brutal tirón: protesta de una vida contra la amenaza de la muerte.

Y yo, entornando los ojos, evocaba las escenas de aquel vivir horrible... Veía, como una pesadilla, al padre adiestrando al hijo para la lucha bárbara; los veía solos, envueltos en la sombra, buscando á las fieras, sin el consuelo de la queja que es desahogo de la angustia, sin el

incentivo del aplauso que atraía á los gladiadores y que es fuerte estímulo de los toreros... Y así una y otra noche, y un año tras otro año, para alcanzar míseras limosnas. Aquel valor, en la antigua Lacedonia, hubiese hecho de Juan Bravo y de su padre dos héroes de las Termópilas; aquella resignación sin hiel excedía con mucho á la de los deportados en Siberia; aquel sufrimiento sin ayes era sencillamente sublime...

Quisimos visitar la casa de Juan. Distaba pocos pasos, se hallaba á la salida de la calle Mayor. Aprovechando un ángulo formado por dos peñascos, Bravo había hacinado pizarras y construído una guarida. Penetramos por un boquete que quería parecer puerta. En un rincón veíase el tesoro del dueño de la vivienda: un montoncito de patatas; en otro rincón borboteaba un puchero desportillado y sin asas; el suelo, naturalmente, tenía por alfombra helechos en putrefacción, y en el tercer rincón del tugurio había algo que servía de lecho y que era el orgullo del amo: una colchoneta rellena de paja y una manta agujereada.

Salí en busca de aire respirable. Algo muy amargo me subió del corazón á la boca.

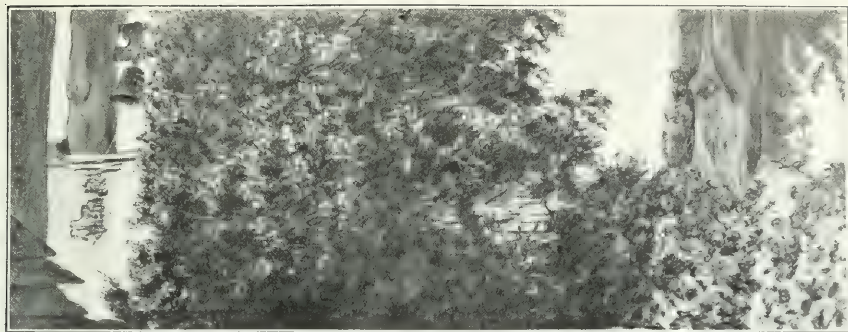
Juan Bravo, al despedirse de nosotros, alargó la mano, implorando humildemente algún socorro...

Aquel ademán es—según Polo Benito—un movimiento instintivo que, por ley de herencia, se perpetúa transmitiéndose de generación en generación.

En ese movimiento yo encontré un símbolo del infortunio jurdano, que lleva años y siglos tendiendo el brazo en espera de remedio para su necesidad.



Niños jurdanos.



Las Mestas. — Un rincón del huerto parroquial.

IV

La obra del párroco de Las Mestas: pan, riego y cultura.—Las obras públicas en Las Jurdes.—Cultivos y abonos.—La vida jurdana desde su comienzo hasta su término.—El baile, la caza y la pesca.—La medicina y los curanderos.—El jurdano, física y moralmente.

En el único edificio digno del nombre de casa con que cuenta Las Mestas, en una vivienda de dos pisos, y en alegre estancia iluminada por el sol, que entraba á torrentes por anchuroso balcón engalanado con frondosa parra y adornado con tiestos de flores, nos sirvieron la comida.

La blancura del mantel y la limpieza de la vajilla y de la cristalería nos predispusieron favorabilísimamente para el yantar. Como por ensalmo desaparecieron los huevos, el lomo, el jamón y el conejo con que fuimos agasajados por los padres de Perico. Y cuando, satisfecha la necesidad, nos presentaron una fuente de natillas, batimos palmas y vitoreamos á la cocinera.

—Nunca soñé comer así en Las Jurdes—manifesté.

—Agradézcanlo al Sr. Polo Benito—dijo el padre de Perico,—que ayer tarde nos mandó aviso de la visita de ustedes.

Como testimonio de unánime gratitud estomacal, votamos doble ración de natillas para nuestro aposentador, que, sin hacerse rogar, despachó brevemente el dulce voto de gracias.

—Fíjense ustedes—indicó Gombau—en que en Las Jurdes nos han servido pan tierno.

—¿Es acaso manjar raro el pan en la comarca jurdana?—preguntó César.

—Sí, señores—respondió el padre de Perico.—Hasta hace algunos años, no tantos que sea imposible recordarlo, ha sido rigurosamente cierto lo que se contaba acerca de los *panaderos* jurdanos; los *panaderos* eran los mendigos que salían de esta tierra, y que á esta tierra volvían trayendo en sacos los mendrugos recogidos pordioseando en largas correrías. Después se fué estableciendo la costumbre de enviar quincenal ó mensualmente, cuando había para comprarlo, á buscar pan á los lugares próximos á Las Jurdes. Entonces, la llegada del pan procedente de la tahona constituía una fiesta para el pueblo. Al fin se aprendió á amasar y se amasó

y se coció pan en Las Jurdes, y hoy, aun cuando con escasez, porque somos pobres, tenemos el pan nuestro.

—¿Quién hizo que se estableciese la primer tahona?—interrogué.

—El señor cura—replicó nuestro huésped, señalando á un retrato que figuraba en lugar preferente de la sala.

Al mirar aquel retrato, nos inclinamos con respeto. Robinsón, al sacar de su horno el primer pan, producto de todo un año de trabajo, experimentó satisfacción de seguro menor que la del párroco de Las Mestas. La alegría del popular héroe de la novela de Foe era alegría egoísta, de satisfacción personal; la del digno sacerdote fué la noble complacencia del alma que practica una obra de misericordia.

—¿Cómo se llamaba ese bendito párroco?—exclamé.

—El señor cura, Dios lo tenga en su santa gloria—dijo la madre de Perico,— era hermano mío y primo del dueño de la casa donde se han hospedado ustedes en La Alberca: se llamaba Julián Mancebo.

—Fué el padre de este pueblo—añadió Perico.—Hablen ustedes con cualquier mestero, y sabrán lo que hizo mi tío.

—Mestero soy, y el haber tenido por cuñado al señor cura, que en paz descanse, no ha de quitarme el enterar á los señores de lo que debemos á D. Julián—manifestó el padre de Perico.—Cuando el señor cura vino á Las Mestas, este pueblo daba lástima. Yo mismo huía de la gente, como todavía huyen algunos, sobre todo los niños; nadie sabía «de letras», y para enterarnos de la cédula y de los papeles que mandaban las autoridades, necesitábamos ir á La Alberca ó á algún sitio donde hubiera quien supiese leer. Yo he aprendido á leer y á escribir, y como yo, muchos. D. Julián se fué enterando de la vida de hambre que aquí llevábamos. La mejor comida que hacíamos era un guiso de patatas, y las patatas no se criaban en esta tierra, y había que comprarlas muy caras, casi siempre al fiado, en otros pueblos. Eso sí, las pagábamos cuando podíamos y como podíamos, unas veces en jornales y otras con lo que se ganaba segando en Extremadura. El señor cura nos reunió un domingo á la salida de Misa y nos habló de la necesidad urgente de redimirnos de los que nos vendían patatas con réditos usurarios; nos contó que podíamos cultivar las que hiciesen falta para el consumo... Al oirlo nos miramos con desconfianza, porque casi todos los que tratan con jurdanos sólo piensan en engañar. Ya habíamos reparado en que D. Julián se pasaba las tardes río arriba, río abajo, examinando el cauce y reconociendo terrenos. Pero sabíamos muy bien que regar esta tierra era imposible. El río va *mu jondo* y á los lados no hay más que canchales. Bueno; pues el señor cura nos dijo cosas que no entendimos: que si una presa, que si una toma de agua, que sangrar, que un canal... ¡nos quedamos en ayunas! «—¿Estáis dispuestos á ayudarme?», nos preguntó. Y contestamos que sí. Al día siguiente se quitó la sotana, tomó una azada, y nos llevó aguas arriba, á dos kilómetros del pueblo. Allí, dándonos el ejemplo, comenzó el trabajo. Y unos á atajar el río con canchos, y otros á abrir zanjas, y estos á ahuecar troncos de árboles para tenderlos sobre los barrancos, y aquellos á abrir más zanjas aguas abajo, en lo alto... Y todos pensábamos: D. Julián está loco; ¡como que va á subir el agua desde lo *jondo!*... ¡Y subió el agua! Un día mandó cerrar la presa, y el río se arremolinó, y echó por la zanja, y pasó por los troncos, y como subiendo llegó hasta una tierra que ya estaba limpia de *jelechu* y de brezo... Y el señor cura nos dijo: «Ahí tenéis huerta para criar patatas; hay sitio para todos; ¡á sembrar y á regar!» Nos quedamos bobos viendo aquello y le besamos las manos á D. Julián, sin saber darle las gracias. Desde entonces «la vega del Cura» produce patatas para todo el pueblo, y cada vecino tiene su pedazo de huerta, y ya, á lo menos en esto, no nos roban como antes, porque no hay que comprar patatas...

—Y también—añadió otro jurdano, pariente de Perico—el señor cura nos enseñó á ajustar cuentas y á vender y á comprar. La gente de fuera llegaba por nuestros cabritos y se los llevaba pagándonos cuando más lo que valían las pieles. Ahora es otra cosa.

—Pocos olivos de los que hay en Las Jurdes pertenecen á jurdanos—exclamó un mozo interviniendo en la conversación.—No se sabe cómo, pero los olivares tienen amos salamanquinos ó cacereños. Pues con todo, D. Julián habló con unos y con otros, y poniendo de acuerdo á los de acá con los de más allá, hizo que se moliese aquí la aceituna, y aunque poquito, tuvimos aceite nuestro.



DON JULIÁN MANCEBO

Antiguo párroco é insigne bienhechor de Las Mestas.

Oyendo á aquellos campesinos rudos, el alma temblaba de emoción. Los sociólogos, los que pomposamente alardean de redentores, los que creen que interesarse por el pueblo es despertar en el pueblo apetitos y matar las creencias, acaso sentirían rubor ante la obra modesta, callada y fecunda del párroco de Las Mestas. Con el ejemplo y con la palabra, con la azada y con la pluma, aquel hombre hizo de su vida un poema de abnegación. Aceptó la soledad y el destierro por amor á sus feligreses, y su amor fué consuelo y esperanza, remedio en la necesidad, riego fertilizador de los eriales, pan en la mesa y caridad y amparo para la miseria de los mesteros...

Salimos á pasear por las afueras. Al llegar á un blanco muro—como anteriormente al dar vista al pueblo—nuestros acompañantes se detuvieron: estábamos en la puerta del Camposanto, y no hay vecino de Las Mestas que cruce por aquel lugar sin que su labio pronuncie una oración por la gloria de su inolvidable párroco.

Al asomarnos al río—en medio de un paisaje volcánico bruñido por el sol de la tarde,—contemplamos en la altura, á más de quince metros sobre el cauce, los rudimentarios acueductos inventados para regar la vega. Á lo lejos, entre pizarras y basaltos, sobre malezas, apuntaba como emblemas de esperanza una pincelada verde: la huerta.

Polo Benito—que de propósito guardaba silencio á fin de obligarnos á que recogiésemos las noticias de boca de los jurdanos—se aproximó á una cortadura de las peñas para apreciar lo que quedaba de un puente demolido por las aguas. Ni se veían restos de arcos ni de estribos; todo lo arrastró el empuje torrencial del Batuecas, reforzado allí por otro riachuelo.

Polo sacó un cuadernito y un lápiz y procedió á un rápido interrogatorio, anotando cifras. Traía hecho el presupuesto para la reconstrucción. Los mesteros se brindaron á arrimar toda la piedra que se consumiese en la obra; luego agregaron que facilitarían la madera, y, finalmente, se comprometieron á la prestación personal: á trabajar gratuitamente cada vecino durante una semana. *Don Polo* sumó, restó y dijo á los campesinos:—Estamos conformes; antes de que lleguen las primeras lluvias quedará concluído el puente.

Y, volviéndose á nosotros, añadió:

—Se hará el puente y costará algo menos de la mitad de lo calculado por el maestro de obras. Merced al concurso del vecindario, venimos logrando que los trabajos resulten mejores y más baratos que si se efectuasen por subasta. La buena voluntad de los jurdanos nos permite hacer realmente de un duro dos.

Á continuación marchamos al extremo opuesto del pueblo para visitar otro puente acabado de reedificar con objeto de facilitar la comunicación de Las Mestas con los senderos que conducen á Río Malo y á Nuño Moral.

Polo inspeccionó minuciosamente la obra realizada, formuló algunas observaciones, tomó varias notas y felicitó á los mesteros que habían ayudado en los trabajos.

Mientras tanto, mis compañeros y yo, haciendo diván del pretil y butacas de los arranques de la sierra, departíamos con los jurdanos.

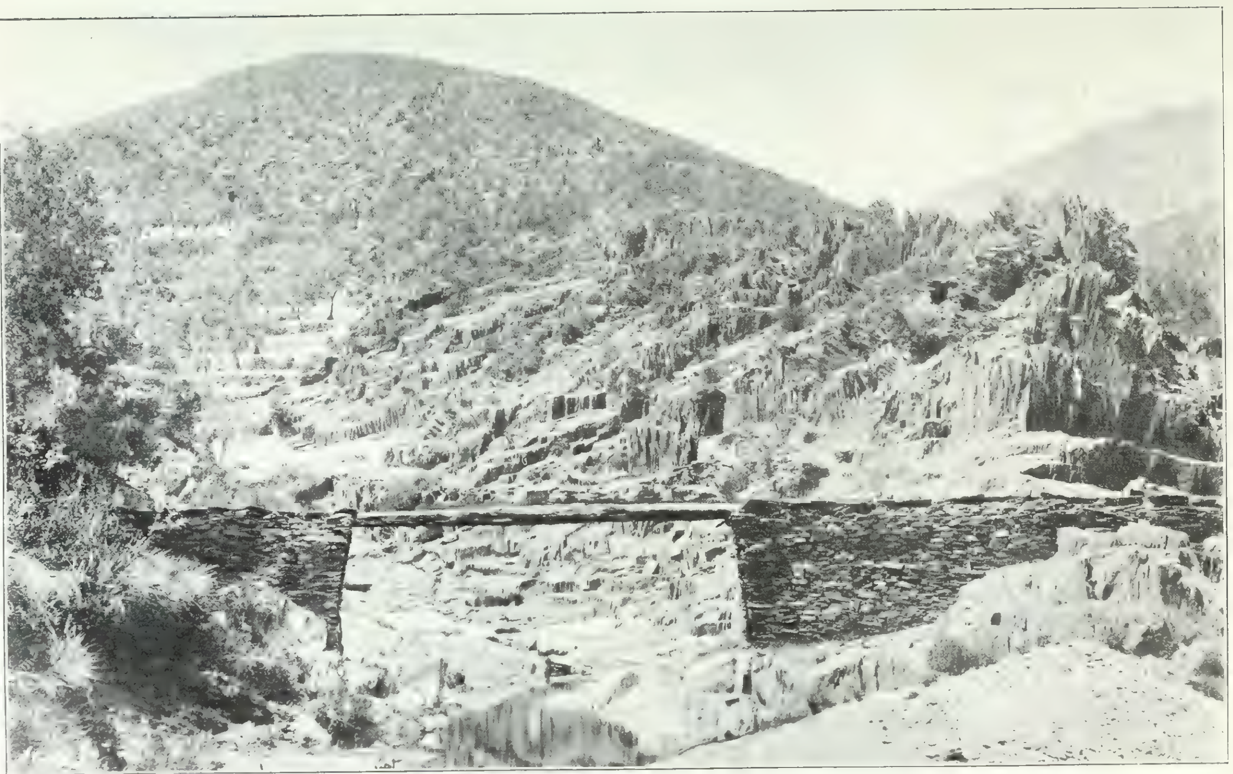
César les recomendaba la plantación de olivos; Alfredo les celebraba los saneados productos que los castañares rinden á los albercanos; Gombau recordaba que autoridades agronómicas habían declarado que aquella tierra era excelente para el cultivo del tabaco, y yo les refería con entusiasmo el bienestar de que disfrutan los pueblos de la Comunidad de Coca gracias á los cuatrocientos veinte mil pinos resinables que constituyen un tesoro nacido en los arenales de aquella meseta castellana.

Nuestros oyentes escuchaban con atención y movían la cabeza con desesperanza.

Su necesidad era apremiante y no consentía tregua; el cultivo del tabaco estaba prohibido, y las plantaciones de olivos, de castaños y de pinos requieren algún gasto y no dan dinero hasta transcurridos años. Lo que les convenía era fomentar la huerta y obtener de ella verduras, hortalizas, productos transformables en alimento ó en dinero á plazo breve. Luchaban con la falta de abono, con la escasez de ganado que lo facilitase, con la casi imposibilidad de acarrearlo desde otros pueblos por no contar con vías de comunicación...

Les indicamos que esa deficiencia podía remediarse acudiendo al empleo de abonos artificiales.

La contestación fué desoladora.



Un acueducto
en la conducción de aguas hecha por D. Julián Mancebo
para el riego de la vega de Las Mestas.

—Un señor pasó por aquí y se ofreció á enviarnos abonos procedentes de una fábrica, de la cual dijo que era representante. Con muchos esfuerzos, entrampándonos, empeñándonos, rebañando los bolsillos, reunimos, ¡Dios sabe con qué fatigas!, el puñado de pesetas que aquel señor nos pidió. Fuimos hasta la Fuente de San Esteban á recoger los sacos de abono, y, al esparcirlos en la tierra que roturamos como ampliación de la huerta, soñamos con una gran cosecha. La cosecha no llegó. En vez de abono nos habían enviado ceniza. Parece que nuestro sino es que nos engañen. ¡Y hubo quien aquel año no probó matanza por tener que dar el cerdo para pago de la deuda que contrajo á fin de comprar abono!

Enmudecimos sin hallar calificativo adecuado para la villanía de explotar á unos pobres, de robar el pan á unos desgraciados, de burlar la esperanza y de hacer inútil el esfuerzo de unos humildísimos y sufridos trabajadores.

El río, que á la entrada de Las Jurdes vimos correr con cristalina transparencia, pasaba por los arcos del puente mostrando turbieza extraña: ¡quién sabe si las aguas en la tierra, como las pupilas en el rostro, se nublan al mirar desventuras y miserias!...

Hubo una pausa prolongada, dolorosa. Al cabo, reanudamos la charla. Deseaba yo formar idea completa de la existencia jurdana en sus distintos aspectos. Mis compañeros secundaron á maravilla el propósito. Unos cigarros puros, distribuídos oportunamente por Gombau, alegraron á los mesteros, y, entre chupada á los tabacos y bocanada de humo, fué esbozándose el cuadro de la vida de los habitantes de Las Jurdes desde el nacer hasta el morir.

La venida al mundo de un pequeñuelo perturba muy poco la normalidad del hogar; no hay que preparar hatillo, ni que disponer cuna, ni que contar con auxilio médico, ni que hacer extraordinarios. Un buen día, mientras el padre tira de la azada en un campo más ó menos distante, la madre da á luz y ella misma se asiste cuando no hay una vecina que le preste ayuda. Sobre helechos podridos, entre animales domésticos, despierta á la vida la criaturita; la madre, á las pocas horas y á veces en el mismo día del alumbramiento, se levanta para cuidar de la comida y para echar el pienso á los cerdos.

Si en el pueblo no hay parroquia, se aguarda á que el tiempo lo permita para cristianar al crío: cuatro ó seis horas de camino á pie al ir y otras tantas al volver, y ya está bautizado el retoño. Aun cuando la madre, mal constituída fisiológicamente y mal alimentada, apenas tiene jugo bastante para nutrir á su hijo, como la necesidad apremia y hay que allegar recursos, suele emprender otro viaje á pie hasta Ciudad-Rodrigo ó hasta Plasencia, según que habite en Las Jurdes altas ó en las bajas. Del viaje, que tiene por término la Inclusa de una de las ciudades mencionadas, vuelve la jurdana trayendo un pilo ó *pilu*, un expósito que le entregan para que lo amamante. Y el jurdanillo ve mermada su parte de lactancia, porque el pilo — dicho sea en honor de estas nodrizas—entra á formar parte de la familia y disfruta, como el hijo propio, del cariño de los padres adoptivos, del calor del regazo y de lo poco que puede disfrutarse en el hogar jurdano.

Desde los cuatro á los seis años, el niño asiste á la escuela, suponiendo que la haya, porque el beneficio de la instrucción y de la educación—según se verá en capítulo especial—ha llegado á esta comarca por virtud de iniciativa individual, por obsequio de la caridad particular y nunca ó casi nunca por la acción «tutelar» de la provincia ó del Estado.

Á los siete años, niños y niñas se dedican á guardar ganado, á sacar al campo la cabra y el cerdo, á recoger leña menuda, á arrancar patatas y á otras faenas en las cuales la nieve, la lluvia, el viento y el sol perfeccionan la obra de curtir la piel de los pastorcillos, obra comenzada por el humazo de la pocilga que les sirve de albergue.

Á los doce años trabajan como personas mayores. Los varones son esclavos de la azada y su faena empieza con el alba y acaba con la noche. Por cuenta propia, ó á cambio de un mezquino jornal, cavan, escardan, talan, siegan, acarrean, construyen y hacen todo aquello que está al alcance de su inculta inteligencia. Las mujeres labran la tierra, siembran y elaboran el lino hasta llevarlo al telar, pastorean, hilan la lana de sus ovejas y la dan á tejer para hacer toscos vestidos, guisan, cosen y no tienen hora de descanso.

La alimentación que ha de restaurar las fuerzas consumidas en la ruda faena se reduce á una sola comida fundamental: la puchera, compuesta de patatas ó de berzas guisadas con sebo de cabra. Antes de la puchera, al levantarse, ó cuatro horas después de la puchera, los pudien-

tes se regalan con alguna cebolla cruda ó con otro manjar no menos delicado. En días solemnes, hay un trozo de tocino ó de carne de cabra para dar substancia á la olla.

El matrimonio en Las Jurdes es siempre prematuro, habiéndose celebrado bodas en las cuales la novia contaba doce años y el novio catorce. Sin embargo, por lo general las mujeres aguardan á cumplir quince primaveras y los hombres diez y ocho. El apresuramiento por tomar estado obedece á que los varones abundan y las hembras escasean. Esto impone la necesidad de «madrugar» para no quedarse sin compañera. A más del deseo de *pasear* á la esposa, influye en el apresuramiento de los matrimonios el deseo de juntar bienes. Un mozo que posee dos olivos puede aspirar á una moza que le lleve en dote cuatro castaños y un pedazo de tierra poblado de helechos.



Nuevo puente sobre el río Mestas, en el camino á Río Malo y Nuño Moral.

De la ostentación con que se solemniza el enlace, puede colegirse por el siguiente detalle: la esplendidez de la boda se mide por la cantidad de pan que reciben los invitados.

La suma de dos miserias engendra naturalmente una miseria mayor, al aumentar las necesidades con la llegada de la prole.

Al cabo se presenta la vejez con sus achaques. Entonces no hay más recursos que vivir á expensas de los hijos ó lanzarse á ejercer la mendicidad.

Y por último asoma la redentora muerte; en el trance postrero, como en todos los de su existencia desde el momento de nacer, el jurdano se ve privado en absoluto de auxilio médico. En cambio jamás le falta la asistencia espiritual.

Surge entonces con vigoroso relieve la figura del pastor de almas, y es un cuadro de soberana hermosura el del Viático en Las Jurdes.

Desafiando los temporales, arrostrando el peligro de caminar por vericuetos, sin vacilar ante una jornada de cuatro ó de seis leguas, el párroco monta en un macho y emprende el viaje



Tipo de labriego jurdano.

por la sierra, entre malezas y peñascales, llevando sobre el pecho el Pan Eucarístico y el Óleo Santo. Seis ú ocho jurdanos, descalzos y mal vestidos, lo acompañan; van á pie, descubiertos, recibiendo en pleno rostro los latigazos del viento y de los aguaceros; la luz de un farolillo tiembla como vida próxima á finar... Al llegar á la alquería, al entrar en el tugurio del agonizante, un corcho de colmena envuelto en blanca sábana sirve de trono á la Majestad Divina. Y Dios, que se hizo hombre en la humildad de un establo, desciende á otro establo para derramar paz y consuelos celestiales en un espíritu que se apresta á descansar en la eternidad.

Aun queda por recorrer la última etapa. Muchos poblados jurdanos no cuentan con cementerio. Una vez amortajado el cadáver se le coloca sobre una escalera, que toman á hombros los vecinos, y se le conduce así al Camposanto más próximo, que dista varias leguas. Como las sendas son estrechísimas, como no hay facilidad para cruzarse en ellas yendo con rumbos opuestos, por respeto al cadáver, para no hacerle retroceder, un hombre va delante de la comitiva previniendo á los pasajeros y rogándoles que den paso al difunto. Y así hasta encontrar la tumba... ¡Acaso la muerte sea lo menos triste del triste vivir jurdano!

Rayitos de sol que, siquier de modo débil, rasgan de tarde en tarde los nubarrones de esta existencia sombría, son las fiestas que anualmente se celebran en las parroquias jurdanas en honor del Patrono ó de la Patrona. El programa suele ser siempre el mismo: Misa con sermón, procesión al aire libre, comedia—igualmente al aire libre,—corriendo la representación teatral á cargo de los aficionados albercanos ó de otros análogos, y baile al son del tamboril.

Rosalía de Castro, la excelsa poetisa galaica, en sentidísima trova, afirmaba:

«Por eso aunque en son de fiesta
La gaita alegre se oiga,
Yo puedo decirte:
No canta, que llora.»

Así, también, cabe afirmar que al redoblar los palillos sobre el parche del tamboril, en la comarca jurdana, arrancan sonidos que son quejumbres y lamentos. No se concibe la alegría en el danzar de unos seres raquíticos, enfermos, malamente alimentados y peor vestidos. Á veces, en los manicomios se organizan bailes, y es gran tristeza la de ver agitarse cuerpos sin almas. En Las Jurdes, á la hora del baile, se agitan almas primitivas, embrionarias, que tienen por envolturas organismos depauperados: almas encerradas en caricaturas de cuerpos de hombres y de mujeres. Y si es dolorosa la alegría de un demente, aun es más amargo el espectáculo de los míseros que, en un ambiente de miseria —señalados con los estigmas del bocio, del cretinismo, de las fiebres endémicas,—saltan y ríen como si en la vida encontrasen deleite ó encanto. Un baile jurdano es algo que excede á los *Caprichos* que el sueño de la razón inspiró al lápiz de Goya.

Y, sin embargo, en el baile comienzan y acaban las expansiones de los habitantes de Las Jurdes.

La caza y la pesca suelen ser en casi todo el mundo deportes ó distracciones. En Las Jurdes, la caza es el ejercicio del derecho de defensa y la pesca un acto peligroso.

Los jabalíes destrozan las huertas, acaban con los sembrados y destruyen los castaños; una piara de jabalíes en los alrededores de una aldea es sencillamente la ruina del vecindario. Para luchar contra los colmilludos invasores se organizan batidas, y, desplegándose en ala, golpeando las malezas con tremendas estacas, los cazadores llevan á las reses hacia las angosturas de la sierra, y, estrechando las filas, realizando un verdadero acoso, las empujan hasta el borde de precipicios, en los cuales caen despeñándose los jabalíes. Para cobrar las piezas, hay en ocasiones que descender, colgados con cuerdas, al fondo de barrancos donde jamás se posó la planta del hombre.

La pesca—especialmente de truchas y de anguilas—se practica á mano, sumergiéndose en las heladas aguas de los calderones ó pozos de los ríos. Hay quien atrapa un pasmo que lo deja baldado, y hay quien, atacado por un calambre, halla la muerte bajo el agua. Los afortunados, los que salen á la superficie con cuatro ó cinco libras de pesca, no tienen más que andar quince ó veinte kilómetros para cambiar el fruto de su trabajo por dos ó tres pesetas.

Tal vez haya quien juzgue que en estas notas el cronista recarga la negrura de tintas del cuadro. ¡Pluguiera al Cielo que así fuese!

Dicho queda que el pueblo jurdano carece de auxilios médico-farmacéuticos. En corroboración de ello acudo á testimonios autorizados.

En Agosto de 1907 — según manifestación del distinguido publicista y médico de Mirabel D. José González Castro, — no había en toda la región de Las Jurdes ni un médico ni una farmacia. Existía un médico en Casar de Palomero, pero ni Casar de Palomero pertenece á Las Jurdes ni lo excéntrico de su situación permite la asistencia á dicha comarca.

En la fecha mencionada hallábase establecido en Pinofranqueado el único cirujano de Las Jurdes, y ese cirujano — que además era labriego y tendero de telas y de comestibles — oficiaba de médico, de farmacéutico y de barbero, mediante una iguala que ascendía á tres pesetas anuales ó á una fanega de castañas.

Algún tiempo después, y en condiciones semejantes, funcionaba en Horcajo otro médico-farmacéutico-barbero.

Y como en Las Jurdes hay cinco Concejos ó Municipios con seis mil habitantes, distribuídos en cuarenta y tres poblados, distantes unos de otros y unidos por sendas intransitables, *el noventa y ocho por ciento de los jurdanos* — así lo ha consignado el Dr. Ángel Pulido — *vive y muere sin auxilio facultativo.* Algunos, por excepción, van en busca de médico, andan veinte ó treinta kilómetros, recogen una receta y vuelven, naturalmente, peor que fueron. Claro es que los enfermos pueden ingresar en el hospital: todo se reduce á un viaje de cuarenta kilómetros, poco más ó menos.

Para agravar la falta de médicos y de farmacias, surgen los curanderos y las curanderas, con sus cocimientos de hojas y de raíces, con sus sartas de piedrecitas blancas ó negras, con sus



Tipo de mendigo jurdano.

preparaciones, que tienen por base sangre de lagarto ó de gallo negro, sebo de carnero ó miel de enjambre nuevo.

Cuando mi inolvidable catedrático, el sabio doctor D. Mariano del Amo y Mora, al explicarnos las Materias farmacéuticas mineral y animal, nos habló un día de las aberraciones á que llegó la antigua polifarmacia, una carcajada mal encubridora de repugnancia acogió las palabras del venerable doctor. ¡Era demasiado fuerte hacernos creer que hubo gente cándida que comía arañas crudas para fortalecer la vista, y que se desayunaba con pan y con oniscos (cochinitas de San Antón), para curar las enfermedades de los riñones!

Pues bien; en la farmacopea jurdana figuran fórmulas que es imposible transcribir sin grave ofensa del estómago. Baste consignar que en esas pociones aparecen como ingredientes la hienda de lagarto y parásitos asquerosísimos. ¡Lo prodigioso es que con tales curanderos y con tales elementos curativos queden habitantes en Las Jurdes!

El alumbrado, en pleno siglo vigésimo— en el siglo del arco voltaico, de la lámpara incandescente, del mechero Aüer y del acetileno,—es un cuento fantástico para los jurdanos. El fuego que les sirve para cocer las patatas es al propio tiempo la única luz del hogar.

Y detallado lo que come, esbozado el medio en que vive y apuntadas las condiciones de higiene en que se desenvuelve, no es difícil imaginar el tipo jurdano.

Polo Benito lo ha retratado sobriamente diciendo: «Es de cuerpo generalmente pequeño, color obscuro, cabello crespo, barba rala, cabeza pequeña, aplanado el occipucio, la frente inclinada hacia adelante, orejas grandes, fisonomía inexpresiva, y á veces semiimbécil. Se turba ante la presencia de personas extrañas, y al hablarle se nota que sus escasas ideas son producto de la percepción inmediata, y sus juicios resultado de combinaciones de naturaleza primitiva; descalzo siempre, muestra al desnudo las sucias y tostadas carnes de sus flacas piernas, que mueve con asombrosa agilidad, saltando, como un corzo, de peña en peña, mientras carga sobre sus hombros un pesado cesto de *vicio* (así llaman al abono) para el huerto que siempre labra y que pocas veces cosecha.»

Á «embellecer» el tipo contribuyen—según hace constar el médico de Casar de Palomero—las hernias, los bocios voluminosos, el cretinismo, la viruela, la conjuntivitis purulenta y otras enfermedades, muchas de ellas adquiridas por el uso de ropas que recibieron de limosna y que fueron usadas por atacados de dolencias terribles.

En fin: como producto natural de la incultura acumulada por los siglos y transmitida de padres á hijos, el jurdano suele ser supersticioso y cree á puño cerrado en la existencia de brujas, de zánganos ó brujos y de duendes. Los zánganos y los duendes, aun cuando «visibles» para los ojos alucinados de los que se ven sorprendidos por las sombras de la noche en la soledad de la sierra, son, afortunadamente para ellos, impalpables. Las brujas, pobres viejas á las cuales la fantasía popular atribuye comercio con el cornudo emperador de los infiernos, son visibles y palpables. Muertes, enfermedades, pérdidas de cosechas, despeñamiento de ganados y, en suma, todo lo que es calamidad tiene editor responsable en la bruja titular. Un aojamiento se traduce en una mediana paliza para la supuesta autora del maleficio, y una desgracia colectiva se exterioriza en una lluvia de estacazos. El oficio de bruja se ha puesto tan malo, que hoy las viejas estiman más la integridad de sus costillas, que el prestigio del poder diabólico adquirido en el aquelarre.

Por dicha, la medalla jurdana ofrece otra cara que, aun siendo imperfecta, borrosa y toscamente troquelada, inspira dulce simpatía y atractivo poderoso.

La fisonomía moral de Las Jurdes es bella, con belleza soberana. Por encima de la superstición se alza la fe; sobre la rusticidad del entendimiento deficiente se yergue la abundancia del sentimiento honrado, y entre la miseria, como azucena silvestre nacida en un vertedero, brota el patriarcalismo en su más noble pureza: pureza excepcional, acaso única, tal vez incomprensible para los que, desconociendo las tradiciones y las costumbres del ayer, rinden culto ciego á lo ultramoderno, en sus más absurdas manifestaciones.

En Las Jurdes no hay casas de expósitos, ni hospicios, ni asilos ú hospitales para la infancia huérfana ó para la senectud desamparada. En Las Jurdes se vive mal, muy mal; pero es raro que alguien muera de hambre.

Y es que la Fe reside allí, llevando de la mano á la Caridad.

La Moral cristiana es el Código de Las Jurdes. La Guardia civil nada tiene que hacer en

una comarca donde la criminalidad de sangre es completamente nula; donde no hay cárceles ni prisiones preventivas; donde el juego es desconocido; donde se ignora el uso á que se destinan las barajas; donde la taberna no existe, y donde, á lo sumo, como caso extraordinario, en los años de mucha hambre se registra algún pequeño hurto de fruta, en cantidad que nunca vale más de una peseta. La base fundamental de esta honradez se encuentra en lo sólido de las creencias católicas, en la acendrada religiosidad del pueblo. Como prueba señalaré el hecho de que á la Misa que los domingos y fiestas de guardar se celebra en Pinofranqueado, asisten vecinos de varios pueblos relativamente próximos á la citada parroquia; para cumplir con el precepto dominical, los que menos hacen una jornada de dos horas; otros, como los habitantes de Ovejuela, tienen que andar cuatro horas. Verdad es que para alivio de penas van á pie y descalzos, por malos caminos, helándose en invierno y asfixiándose en verano.



La última fotografía al reanudar la excursión.

Quiero hacer la justicia de dar por cierto que los que han calificado á los jurdanos de salvajes, casi de antropófagos y de mendigos profesionales, ignoraban la bondad de corazón que se revela en todos los actos de los parias de Las Jurdes.

Cierto es que entre seis mil pobres no faltan algunos propensos á la holganza y propicios á ceder á la tentación del mendigueo, á la tradición parasitaria, al ansia de vagabundear. Sus abuelos y padres fueron *pidíores*, y ellos siguen el oficio familiar.

Pero hay otro ejemplar de mendigo jurdano que constituye una acusación cruel de abandono para la beneficencia municipal, provincial y del Estado: ese ejemplar es el del mendigo por fuerza.

Polo Benito nos citó un caso inolvidable: el de la tía Candela de Rubiaco (Rubiaco es una alquería con diez y nueve edificios y sesenta y dos vecinos, perteneciente al Concejo de Nuño

Moral). La tía Candela vivió trabajando sin descanso. Desde la edad de siete años se dedicó á guardar ganado, llegando á reunir bajo su custodia treinta cabras, pertenecientes á treinta vecinos, que le pagaban nada menos que dos reales anuales por el cuidado de cada animal. Andando el tiempo, contrajo matrimonio, hubo hijos y nietos, enviudó, y á los ochenta años se encontró imposibilitada para el trabajo, y teniendo á su cargo una hermana ciega y varios nietecitos. Entonces la anciana pidió limosna, sin alejarse mucho de Rubiaco, donde su familia siguió viviendo. En cada semana de peregrinación por los pueblos próximos, la tía Candela recoge hasta media arroba de patatas más ó menos averiadas, un par de kilos de mendrugos y veinticinco céntimos en metálico. De la recaudación hace tres partes: una, para la hermana ciega; otra, para los nietos, y la tercera, para el propio sustento. ¡Y aun habrá algún «sociólogo» que al ver á la viejecita de Rubiaco ir de puerta en puerta la considere una profesional, una pedigüeña por vicio!

Tremendo es el contraste entre el terruño jurdano y sus moradores.

La tierra, poderosamente fértil, pletórica de fecundidad y de riqueza, casi no produce más que malezas. El jurdano, en un organismo enfermo ó enfermizo, cría flores de virtud, frutos de bondad. La grandeza del alma lucha con la estrechez del vaso que la encierra.

Al caer de la tarde, volando á ras del suelo, he visto unas mariposas amarillentas, con máculas negras. Esas falenas vespertinas—torpes, pesadas y sin hermosura exterior,—tienen pequeño el cuerpo y grandes, muy grandes las alas. Así los jurdanos.



Una casa jurdana.



El puente de la Cimera.

V

A través de Las Jurdes: Paisajes y bellezas naturales.—Papeleteros y menderas.—Héroes y mártires.—Los bienhechores de Las Jurdes.—La obra del obispo Sr. Porras Atienza.—La obra del obispo Sr. Jarrín.—«La Esperanza de Las Jurdes».—La Revista Jurdana: sus prosistas y sus poetas.—El Congreso Jurdanófilo.—Lo que se ha hecho y lo que puede hacerse en favor de la región.—Enseñanzas de una visita.

No diré yo que la región de Las Jurdes sea un paraje idealmente paradisíaco, capaz de rivalizar en riquezas arqueológicas con Herculano ó con Pompeya, y en hermosuras naturales con Suiza. Pero sí afirmo que en sus cavernas y en sus ruinas hay atractivos más que suficientes para mover á interés al explorador y á los investigadores de civilizaciones pretéritas, y que en sus paisajes hay bellezas de majestad suprema, bellezas ignoradas no sólo en la generalidad de España, sino hasta en las ciudades próximas á la comarca jurdana.

Claro es que, sin caminos para llegar á esos lugares, merecedores de admiración, y sin hospedajes—tan desconocidas son las fondas como las posadas,—se necesita voluntad de hierro, estómago de bronce y cuerpo de centauro para llevar á feliz término la empresa de recorrer las sierras y los valles de la que fué la Lusitania antigua.

Entre las curiosidades principales que Las Jurdes encierran, destácanse un volcán apagado y tres cataratas (1).

Para la descripción del volcán y de la catarata de los Ángeles, tiene la palabra Pole Benito, y dice:

—En el Concejo de Nuño Moral, entre las típicas alquerías de Fragosa y el Gasco, álzase un aislado monte de no pequeña elevación, en cuya redonda cúspide se ven señales inequívocas de una erupción volcánica

No puede precisarse la fecha de la erupción, pero que la hubo es indudable. El cráter se

(1) La catarata más bella es la de los Ángeles y la de mayor importancia la llamada «Salto de Fragosa», que excede en más de un duplo de altura á la antecitada.

señala perfectamente por el hundimiento circular del terreno en la cumbre misma del monte, y esparcidas por todo él hállanse varias cuevas, abiertas en la roca viva, cuyas profundas grietas no pudieron ser efecto sino de una trepidación gigante de la montaña, trepidación producida al verificarse el fenómeno de la erupción. Estas cuevas sirven hoy de abrigo á los pastores y de refugio á los lobos.

Al volcán llámanlo los jurdanos *el jornu* (el horno), y de las piedras volcánicas que en sus inmediaciones se encuentran fabrican ellos unas *cachimbas* (pipas) bastante perfeccionadas.

Cerca del volcán—sigue en el uso de la palabra nuestro jefe de excursión—se amontonan las ruinas del que fué convento de Nuestra Señora de los Ángeles.

Es verdaderamente delicioso el lugar que ocupó el histórico convento.

Entre las altísimas sierras de Otulia y de Altamira, formidables anillos de resistente pizarra, que son como almenadas torres, desde las que se divisan por un lado horizontes dilatados, amplios y suavísimos, y por otro negros barrancos, sinuosidades ásperas, cuajadas de helechos, tortuosas sendas y serpenteadores arroyos, se hallan los restos del que fué sencillo y pobre albergue de los hijos de Asís.

Atravesando los escombros de la devota mansión, se arrastra perezosamente el río que retrató en sus limpias aguas las celdas de los franciscanos. Por entre las hermosas riberas vese aún el que sería paseo de la Comunidad, camino angosto y llano, especie de dilatado muelle formado por la mano del hombre para reprimir las soberbias del río, y por el poder de Dios para templar la fiebre de las pasiones, que en tan majestuoso lugar parecen como dormidas, acalladas ó muertas.

Engalanan el paisaje castaños seculares, mágicas grutas y fuentecillas nacidas en el seno duro de la roca, que van á desembocar en profundo y poético estanque, hecho, según cuenta la tradición, por manos del cardenal Paterna...

Y á ambos lados del río, habitaciones derrumbadas, lindísimos jardines, en los que hoy crecen libres la madroñera y el helecho, cruces de piedra que recuerdan al antiguo morador del derruído convento...

Á su derecha encuéntrase *el Chorrituero*—llamado también Chorro de los Ángeles ó Cascada del Gasco,—gigantesco salto de agua que se despeña por el vértice de enorme triángulo, cuyos lados son agrupaciones informes de peñas y de matas de brezo.

La altura del salto de agua es colosal; según unos, doscientos metros; según otros, ciento cincuenta; á mi ver, ciento veinte metros.

Colocado el observador en lo que los jurdanos llaman «el balcón del Chorrituero», contémplase aquella profundidad pavorosa que sólo puede apreciarse por la aparente pequeñez de las golondrinas que en tropel revolotean, bullen, giran á mitad del precipicio, semejando vertiginoso enjambre de brillantes insectos, esmaltados por los fantásticos cambiantes que les prestan los irisados reflejos de las espumas.

Allá, en lo más alto, se confunden tres ríos en un solo cauce, y sus aguas se arrastran serpenteando rápidamente.

Ya no pueden correr más allá, y al encontrarse con el abismo parece que, espantadas, se acobardan y lloran como un gigante acorralado.

Pretenden correr; intento vano; el abismo se interpone, y, espumosa y nítida, va saltando el agua de roca en roca, bañando las ramas de los alisos y de los fresnos que entre las rocas nacen, para caer formando una polícroma cola de caballo en la inmensa *tinaja* que el continuo horadar ha hecho en las peñas.

Dos detalles: Se cuenta que hace años se encontraron en aquellos desfiladeros un pastor y un jabalí. Ninguno de ellos podía salir del abrupto peñascal; por un lado lo impedía el agua, por otro la montaña, que es de peligroso acceso... Se entabló una lucha cuerpo á cuerpo... Á los pocos días el pastor apareció muerto junto al jabalí. Los dos perecieron.

Hay una toma de agua entre aquellas montañas que supone un esfuerzo y una valentía incalculables. Para hacer que el agua pasase por una roca enorme, fué necesario que un jurdano, metido en un cesto y sostenido en él por una soga de quince metros de longitud, picase la peña.

¡Á quince metros y en un cesto! Y todo por regar un huerto poco mayor que la palma de la mano!

Así son los paisajes de Las Jurdes: majestuosos como la Naturaleza, sencillamente sublimes y arrebatadores, grandes como el Dios que los formara, sin pulimento y sin artificio, como el carácter jurdano...

—¡Muy bien! — exclamó Gombau. — Pero es inconcebible que esa catarata esté sin «operar».

—Inconcebible... hasta cierto punto—objetó Alfredo.—Porque, aun cuando en el Chorrituero hay una mina de hulla blanca fácil de explotar, es difícil el transporte de maquinaria, y es imposible encontrar salida al flúido eléctrico que se obtuviera. Hoy por hoy no hay manera de aprovechar en Las Jurdes la electricidad, pues ni tiene aplicación como fuerza motriz ni se hallará quien pueda permitirse el despilfarro de pagarse una instalación de alumbrado.

¡Triste verdad y triste sino el de un pueblo que se ve obligado á dejar perder un tesoro de fuerza, de luz, de calor, de movimiento, de vida!

—Con todo esto—indicó César, que conoce muchas de las miserias jurdanas—alguien sale ganando.

—¿Quién?—pregunté con extrañeza.

—Los que explotan á los jurdanos—afirmó César,— los que necesitan para su negocio que perduren en esta región la ignorancia, la pobreza y el aislamiento. En una palabra: los parásitos de Las Jurdes.

—Tranquilícense, amigos míos—dijo Polo, notando nuestra inquietud al oir hablar de parásitos.— César se refiere á los que, bajo formas muy diversas, practican la usura y el engaño en esta comarca.

—¿Con qué garantías se aventuran los usureros á prestar á esta pobre gente?—interrogué.

—Con la garantía del trabajo de los braceros, con la garantía de la cabra, del cerdo, del cuchitril que sirve de casa, de la tierra que, poco á poco, ha ido pasando á poder de los prestamistas—contestó Polo Benito, — y, sobre todo, con algo que vale más que escrituras y que hipotecas registradas: con la garantía de una buena fe insuperable, de una palabra honrada. Difícilmente habrá en el mundo quien aventaje á un jurdano en el respeto al cumplimiento de la obligación contraída, y difícilmente habrá quien, dentro de los límites de una posición precaria, cuente con más crédito que un habitante de Las Jurdes. Baste decir que en distintas ocasiones se ha visto á una familia reventar trabajando, y, al cabo de muchas fatigas, agenciarse recursos para solventar una cuenta que el padre dejó pendiente al morir. Aquí un débito no prescribe; aquí se han pagado y se pagan deudas que tienen veinte y treinta años de fecha.

—¿Qué rédito cobran los prestamistas?—observé.

—Lo corriente—dijo Gombau—es el sesenta por ciento, con interés compuesto.

—Peores son los *papeleteros*—murmuró Alfredo.

Un jurdano se encargó de explicarme quiénes eran los papeleteros.

—Ya saben los señores que, en esta tierra de *jambri*, las mujeres, para ayudar á la casa, traen *pilus* y los crían. Bueno, pues las pagas por la crianza no suelen andar al corriente; á las veces se han llegado á juntar las amas con que la Diputación les debía sesenta mensualidades (1); como el hambre aprieta y las deudas que se hacen viejas se cobran mal y con trabajo, se presentan los papeleteros y compran á las mujeres las pagas... Ellos van á lo suyo, á sacar todo lo que pueden, y dan cinco duros por diez, ó algo más ó algo menos, según se tercia y según los apuros que ven. Lo malo es que nunca sueltan dinero. Como tienen tiendas de cosas de comer ó de vestir, dicen que, «ya que nos hacen un favor», hemos de conformarnos con cobrar en géneros. Y, á la fuerza, nos conformamos. Peor es que en casa no haya patatas para ir saliendo adelante.

—Inútilmente—exclamó Polo—he hojeado el Diccionario en demanda de epíteto adecuado

---

(1) En 1904, las nodrizas jurdanas tenían pendiente de cobro: el segundo y tercer trimestre de 1893; el primero y segundo de 1894; el primero y segundo de 1895; los años completos de 1898, 1899 y 1901, y el cuarto trimestre de 1900 y de 1903.



Paisaje en el Gasco.



Catarata de los Ángeles, vulgarmente llamada "el Chorrituero".

para calificar este tráfico; inútilmente he buscado en el Código penalidad proporcionada para el que comercia con la sangre, con la vida de la mujer jurdana

—Pues aun hay otro género de explotación—manifestó Gombau.

—¡Imposible!—dijo César.—Si les quitan la tierra, les hipotecan las casas, les roban el ganado, les descuentan usurariamente los haberes de las nodrizas y hasta les cobran en jornales los intereses de los préstamos..., ¿qué van á explotar?

—¿Ustedes han oído hablar de las *menderas?*...—preguntó Gombau.—¿No?... Tampoco yo sabía que existiesen esas aves de rapiña, hasta que vine por acá. Un distinguido jurdanófilo, Gumersindo Santos de Diego, ha hablado de este asunto. Á sus palabras me remito. Ante todo, sépase que *mendo* es un guiñapo: una prenda desechada de puro vieja, pero zurcida y recompuesta; un andrajo recogido en los carros de los traperos. Ahora bien; en los pueblos próximos á esta comarca hay mujeres que se ocupan en hacer mendos. Amontonan telas y ropas inservibles y efectúan transformaciones estupendas, prodigiosas. De los girones de una colcha, sacan una saya; de los restos de sábanas, inventan camisas; de agujereados trajes de punto, fabrican medias; de pantalones destrozados, forjan chalecos... Claro es que las prendas, á fuerza de remiendos y de zurcidos, parecen mosaicos, y en lo que toca á su duración son flores de un día. No obstante, cuando las menderas llegan á estas alquerías trayendo la carga de sus confecciones, es obra de poco rato la de dar salida á la mercancía. Las jurdanas ignoran el valor de una prenda de vestir, y no saben regatear: pagan lo que les piden; no en dinero, pues carecen de él; pero sí en algo que guardan cuidadosamente, como si fuera oro: en aceite, cosechado con mil fatigas y escatimado en la alimentación propia. Las menderas venden con arreglo á la siguiente tarifa: por una saya, tres cuartillos de aceite; por unos calzones, media cuartilla; por una camisa, media azumbre... Las compradoras desconocen los precios á que se cotiza el aceite y se someten á las exigencias de las menderas. Y así éstas cambian la carga de guiñapos por cántaros de aceite y se llevan lo que pudo servir de sustento á las familias, dejándoles andrajos que se deshilachan cuando sus dueños comienzan á usarlos. Vean ustedes—concluyó nuestro fotógrafo—cómo se abusa de la ignorancia de esta gente.

—¿Y no hay almas buenas, no hay hombres honrados que protejan á estos infelices y los instruyan y eduquen, dándoles armas para defenderse de tanta explotación inicua?—pregunté indignado.

Simultáneamente César, Alfredo y Venancio señalaron á Polo Benito, pero éste les impuso silencio diciendo:

—Ruego á ustedes que no hablen de mí; yo no he sido ni soy más que un auxiliar del que justamente ha merecido el título de «Apóstol de Las Jurdes». Hablemos ahora de algo muy triste, pero muy hermoso: de los héroes y de los mártires de esta región.

Sinceramente confieso que he vacilado mucho antes de resolverme á estampar estas líneas. La breve y conmovedora historia de los héroes y de los mártires anónimos de Las Jurdes es ciertamente una prueba elocuentísima de los tesoros morales que existen en el alma de la noble raza hispana, pero es también una denuncia, una acusación del crimen que viene perpetrándose por la complicidad de apatías y de indiferencias, de olvidos que parecen desdenes, de abandonos en absoluto incomprensibles...

Grande, potente, bien arraigado en el corazón llevo el amor á España: de ello dan fe casi todos los trabajos en que he empleado mi pluma. Y en nombre de ese amor saco al público una colección de hechos muy dolorosos, muy lamentables, no por ruin placer de exhibirlos, no por afán de censurar, y sí única y exclusivamente movido por el deseo de que la publicidad, al poner de manifiesto lacras y miserias, sea voz que despierte á los dormidos, que estimule á los rehacios y que haga vibrar en las conciencias la necesidad urgente de cumplir con un deber de piedad, con una obligación de patriotismo.

Como cronista del Congreso Católico celebrado hace años en Burgos, tuve ocasión de oir relatos de la existencia angustiosa del clero rural, pobrísimamente dotado.

Como lector asiduo de varias publicaciones defensoras de la enseñanza, he recibido y recibo ecos de los ayes que la falta de medios de subsistencia arranca á los maestros y á las maestras de España.

Pues bien, sobre cuanto he oído, sobre cuanto he visto de cerca ó de lejos, sobrepujando

á todo en horror trágico, está la vida del sacerdote y del maestro en muchos de los pueblecillos que forman los concejos de Las Jurdes.

Los que creen ó aparentan creer que la voz del pueblo es voz del Cielo, los que aceptan como axiomas los dichos nacidos en la grosería ó en la incultura del vulgo, los que sonríen asintiendo cuando oyen afirmar zafiamente que «el Cura es un holgazán que gana el dinero cantando», y que «el maestro es un mal trabaja que cobra por estar sentado», lean estos renglones, y si dudan de la exactitud de los hechos que consigno, arrostren la molestia de un viaje y hallarán como testimonio irrecusable la verdad abrumadora, sombría, superior á la hipérbole.

Al cabo de media docena de años de asistencia aprovechada á las cátedras de una Escuela Normal ó al terminar doce años de estudios en un Seminario, un hombre joven, inteligente y con cultura, obtiene el título de maestro ó recibe las Sagradas Órdenes. Y ya está habilitado para ejercer su ministerio: de instructor-educador si se trata de un pedagogo; de médico de almas si es un sacerdote.

Para comienzo, los noveles van á un puesto «de entrada», y claro es — refiriéndome á Las Jurdes, —que de antemano saben que el destino que les aguarda reúne los caracteres antitéticos de una prebenda.

La dotación del párroco llega hasta quinientas ó seiscientas pesetas anuales, mermadas por el descuento y sin compensación en derechos de pie de altar. La pobreza jurdana no sólo hace ilusorios esos derechos, sino que es una invitación constante, desgarradora á la caridad del ministro del Señor.

El sueldo oficial de un maestro ó de una maestra de instrucción primaria ha venido siendo en esta comarca menor que la dotación del párroco.

De la suavidad de la tarea que ha de desempeñar el pastor de almas, puede calcularse con decir que tiene á su cargo el cuidado espiritual de ocho ó de diez alquerías ó pueblecitos situados entre montañas y distantes unos de otros dos ó tres leguas. En 1904, siete iglesias parroquiales y dos capillas públicas eran los templos que existían en toda la región para las prácticas religiosas de los seis mil habitantes de sus cuarenta y tres pueblos.

En el ejercicio de su sagrado ministerio, el párroco tropieza con deficiencias punto menos que insuperables. Ejemplo al canto: los vecinos de Martín Andrán van á confesar y comulgar en la escuela de Fragosa. Esto es ahora; antes de que se construyese esa escuela se administraba la Comunión al aire libre por no haber vivienda en la que cupiesen cuatro personas, y, como tampoco se disponía de mesa, se colocaba el copón sobre un tajo ó una piedra.

Ya es un sacrificio no pequeño el que se realiza aceptando el destierro y las penalidades del avecindamiento en Las Jurdes. Ya es un acto meritorio el de aislarse del medio social en que se ha vivido y el de sufrir privaciones de todo género, incluso de artículos de primera necesidad. Ya hay heroísmo en prestarse á la convivencia con seres incultos y desconocedores de los más elementales principios higiénicos. Pero aun hay mayores excelsitudes.

Polo Benito ha inventariado los muebles del cuchitril que servía de albergue á un párroco jurdano. El mueblaje estaba reducido á dos sillas claudicantes y sin respaldo, á un sillón de la iglesia, á una cortina remendadísima y á un tabladillo con un jergón lleno de helechos.

Y en Vegas de Coria, curato rural de primera clase, la casa rectoral se componía de cuatro habitaciones insalubres, hasta el extremo de que en poco tiempo fallecieron tres párrocos; el último de ellos robusto y joven. El Sr. Obispo de Coria ha hecho reedificar y sanear aquella vivienda, que hoy reúne condiciones de habitabilidad.

El sacerdote en Las Jurdes ejerce, á más de la cura de almas, múltiples y variadas funciones. Allí donde todo falta; allí de donde todos huyen, el párroco, con voluntad abnegada y con celo inextinguible, suple cuanto está á su alcance. Y sus horas son un engarce de servicios desinteresados: él actúa de médico en casos de urgencia; él es higienista; él asesora y aconseja á los agricultores; él defiende causas como abogado; él falla litigios como juez; él es el escribiente del vecindario; él asocia los esfuerzos individuales para el bien común; él hace á sus feligreses saber los precios á que han de comprar ó de vender; él les lleva las cuentas; él enseña y adoctrina á los niños, y él, en una palabra, es encarnación del espíritu evangélico.

Y de tal modo se confunde y se compenetra la labor educadora del sacerdote con la función instructora del maestro, que en verdad casi no cabe señalar dónde concluye la esfera de acción del párroco y dónde comienza la del pedagogo.



Casa Ayuntamiento de un pueblo jurdano.



Casa rectoral de Nuño Moral.

Es probable que los romanos y los árabes y los monarcas castellanos de la Edad Media cuidasen del fomento de la enseñanza en Las Jurdes, y es más que posible que las Comunidades religiosas de los conventos de los Ángeles y de Batuecas velasen por la instrucción de la niñez y por la educación de la juventud. Pero lo cierto es que la primera escuela jurdana de que hay noticia fué creada en 1839 por D. Vicente Moreno, párroco de Pinofranqueado. Es decir, que hasta bien entrado el siglo XIX ha existido una región de España completamente analfabeta, por culpa de los administradores del caudal de la enseñanza pública.

Un varón egregio, para el cual es pobre toda alabanza, el actual prelado de Plasencia Ilmo. Sr. D. Francisco Jarrín y Moro—que ha realizado en bien de Las Jurdes una campaña de la que he de tratar seguidamente,—ha recogido impresiones personalísimas acerca de las escuelas jurdanas. De esas impresiones son reflejos estas notas.

En Las Mestas, hasta que se construyó en fecha reciente un edificio decoroso, la escuela se hallaba en un desván, y el material se reducía á seis carteles y á dos mesas, en las cuales los alumnos escribían por turno.

En Cambroncino, el menaje escolar se ha simplificado más aún: empieza y acaba en una mesa de cocina, dos tinteros y seis libros.

El de Ladrillar es hermano gemelo del de Cambroncino, y el local, salvo los agujeros de las paredes y las goteras de los techos, pudiera utilizarse para formar idea de lo que fueron las mazmorras.

En Aceitunilla, la escuela, por virtud de filtraciones, se trocó en una charca, y el maestro decidió dar la clase en el portal de su casa, abandonando aquel aljibe para uso de animales acuáticos.

En Vegas, el local se mantiene en pie por milagro.

Y, en fin, en Calabazas—donde el maestro, «para ayudarse», rapa barbas en el portal de su vivienda,—el vestíbulo de la escuela tiene fogón sin chimenea, y el humo busca salida y hace que los niños tosan y se atufen, para que olviden la falta de mesas y de bancos.

Con respecto á los sueldos de los maestros, como es natural, corren parejas con la esplendidez de los edificios escolares y del material de enseñanza. Así, la escuela de Nuño Moral—que es el Concejo más antiguo de Las Jurdes,—estuvo dotada hasta hace algún tiempo con ciento veinticinco pesetas anuales, pero pagadas con atraso.

Se logró aumentar los honorarios hasta llegar á quinientas pesetas, y desde entonces hubo maestro.

En cuanto á la puntualidad del pago de los sueldos, sólo anotaré el caso de más bulto: el de dos maestros—uno, titular de Vegas de Coria—que recorrieron á pie diez y seis leguas para gestionar el cobro de tres anualidades que se les adeudaban. En el viaje, como en los días de estancia en la capital, vivieron de limosna. Al cabo, uno logró cobrar un trimestre. Los viajeros eran «ricos»; uno de ellos disfrutaba la cuarta parte de la propiedad de un asno.

En el mismo Vegas y en Martín Hebrón los párrocos, por caridad, se han encargado gratuitamente de la enseñanza.

En Casares, los párrocos D. Santiago Rodríguez y D. Manuel Pascual sirvieron, también por caridad, de maestros durante veintisiete años. Alguna que otra vez obtuvieron retribuciones de setenta y cinco y hasta de más de cien pesetas ánuas. Cuando se creó escuela mixta-remunerada con cien duros, acudió al olor de la ganga una maestra. Llegó y se encontró con una covacha en la cual había una mesa, una silla y un cántaro, y huyó—como huyó el maestro del Cabezo—para no morir de hambre. Y entonces el párroco reanudó la práctica de la cristiana obra de misericordia de enseñar al que no sabe.

Héroes, en la más noble y bella acepción de la palabra, son, entre otros muchos, tres maestros merecedores de sincera alabanza.

En Río Malo de Arriba hay un profesor «ambulante». Vive dedicado á «cazar» niños y niñas, y en pleno campo, allí donde los atrapa, les da clases. Una pizarrilla instalada donde buenamente se puede, sirve para las lecciones de Aritmética. Los chicos aprenden caligrafía respetuosamente: arrodillándose ante un tajo que remedia la ausencia de mesa.

En Río Malo de Abajo, la regeneración del pueblo se debe en gran parte á una humilde maestra: á D.ª Marta. Compadecida del estado de atraso del vecindario, D.ª Marta convirtió en escuela la cocina de su pobrísima casa; sacó á los niños de sus madrigueras, convocó á las

personas mayores al toque de una campanilla, enseñó á todos á lavarse, á hablar sin suciedad, á rezar, á leer, á escribir... Y los pequeñuelos que, al principio, cuando quería atraerlos á la escuela, «huían como conejos al vivar», son los mismos que hoy, al anochecer, elevan una plegaria por el descanso eterno de su regeneradora.

Y con igual espíritu de sacrificio que D.ª Marta, su sucesora, D.ª Engracia de Dios—bendita mujer que, sin una queja, sobrelleva la desgracia de hallarse impedida de ambas piernas,—continúa con inteligencia y con asiduidad la obra de roturar cerebros y de moldear corazones.

Y, á continuación de los héroes, como término de este Calvario, quiero descubrirme respetuosamente ante la memoria de dos seres que vivieron ignorados y que sucumbieron con resignación excelsa.

En La Huetre hubo escuela provincial y se suprimió por fallecimiento del profesor. Murió... ¡de hambre!

En Vegas de Coria, el párroco pereció en la miseria y sin auxilio facultativo; el médico más próximo residía á cinco leguas de la parroquia, y el enfermo—que no disponía de recursos para pagar asistencia facultativa—exclamaba resignadamente en la agonía: «¡Qué le hemos de hacer! ¡Así están mis feligreses y no se quejan!»

Yo saludo á esos héroes, yo reverencio á esos mártires y hallo en la grandeza de su abnegación espejos de amor, altos ejemplos que imitar.

España tiene pendiente una deuda de honra con los párrocos y con los maestros jurdanos.

Non diligamus verbo neque lingua,
sed opere et veritate.
(San Juan.)

Una oleada de alegría inunda el alma; un latido potente, consolador, apresura el ritmo de la sangre en las arterias, al conocer y al esbozar los actos realizados por los bienhechores de Las Jurdes.

Y esos actos resultan tanto más acreedores á la alabanza cuanto que ni han sido ni son dádivas, y sí manifestaciones de cariño. No rasgos de beneficencia, sí palpitaciones de caridad toda amor.

Con noble orgullo, con júbilo muy íntimo, con la satisfacción purísima del hijo que se goza en evocar las glorias de su madre, estampo el nombre del «Padre de Las Jurdes», del primer caudillo de la santa legión que ha luchado y que lucha con ardoroso ahinco por la redención de los jurdanos.

Y el nombre de ese precursor va unido—como el de Juan de Torres, primer maestro del Imperio de Méjico—al nombre de mi bendita Córdoba. Porque en la provincia cordobesa vió la luz primera el Ilmo. Sr. D. Juan de Porras Atienza y de Castro.

Un escritor de abundante cultura y de gran despejo intelectual, D. Eugenio Escobar y Prieto, deán del Cabildo Catedral de Plasencia, ha publicado un excelente estudio biográfico acerca del Sr. Porras Atienza. De ese estudio entresaco las notas referentes al paso de mi insigne compatricio por la región jurdana.

Don Juan de Porras Atienza y de Castro nació en la ciudad de Cabra (Córdoba) el 6 de Enero de 1627. Tuvo por padres á D. Juan de Porras Atienza y Toro, regidor perpetuo de la villa de Palma, y á D.ª Isabel de Castro y Cifontes, dama cordobesa que, como su esposo, procedía de ilustre abolengo y gozaba de limpia fama y de holgada posición.

El hijo estudió en el hispalense colegio de Maese Rodrigo, y, al terminar su carrera eclesiástica, ganó por oposición y desempeñó durante seis años una cátedra de Teología en Sevilla. Á los veintinueve años obtuvo, por oposición, la Canonjía Magistral de Coria, y luego, igualmente por oposición, el cargo de Penitenciario en la Catedral de Cádiz. Su virtud, su talento, su elocuencia y su celo fijaron la atención de los Príncipes de la Iglesia, y, en 1680, fué nombrado Obispo de Ceuta y Vicario general de la Armada. Cuatro años después pasó á ocupar la silla episcopal de Coria.

Al llegar este momento hay que parar mientes en un hecho muy significativo. El 16 de Julio de 1684 hacía el Sr. Porras Atienza su entrada solemne en la Catedral de Coria como

Obispo de la diócesis, y precisamente al otro día marchaba á Lagunilla para gestionar allí la construcción de una casa desde la cual había de serle más fácil el gobierno de aquella parte de la diócesis en la que están enclavadas Las Jurdes.

No fué ese hecho obra de la casualidad, y sí de un caritativo plan que iba á ser puesto en práctica sin demora.

Sin duda alguna, el nuevo prelado cauriense, durante el tiempo que ocupó la Canonjía Magistral, tuvo noticia de la miseria jurdana y acarició el propósito de remediarla. Prueba de ello que Las Jurdes fueron el primer territorio que visitó en su diócesis.

Al tocar de cerca tanta pobreza, tanta ignorancia y tanto abandono, acongojósele el ánimo y dió comienzo á una verdadera cruzada.

Sin desmayar ante molestias, sin retroceder ante repugnancias, sin experimentar desaliento ni revelar cansancio, recorrió uno tras otro los poblados jurdanos, predicando, estimulando, confortando á los abatidos, incitando á todos á que se asociasen y atendiendo á las necesidades de mayor urgencia.

De los extremos á que llegó en su caridad puede colegirse por un solo dato. El caudal de sus padres le aseguraba el bienestar y á más de ello contaba con la dotación y con los emolumentos de la prelatura; pues bien, en Coria—como anteriormente en Ceuta—llegó á padecer apuros pecuniarios «por haber no sólo agotado todos sus recursos en socorro de los pobres, sino además contraído deudas á este fin».

Al año siguiente de su toma de posesión de la sede episcopal de Coria, vió terminado el modesto y decoroso albergue que hizo levantar en Lagunilla y que aun se conserva. Allí estableció su centro de operaciones.

Inmediatamente, á sus expensas, mandó edificar tres parroquias con sus respectivas casas rectorales, en Cambroncino, Martín Hebrón y Vegas de Coria. Y regaló cuanto fué necesario para la celebración del culto en los tres nuevos templos.

El de Cambroncino, por sus amplias proporciones y por la solidez y buena traza de su fábrica, continúa siendo el mejor de Las Jurdes, y se le llama vulgarmente «la iglesia de las lástimas», pues no hay viajero que, al contemplar la hermosura del templo y al compararla con la pobreza de las casas y de los habitantes, no exclame: «¡Qué lástima!»

Y á esa exclamación, que se repite desde hace más de doscientos años, ha contestado el actual Obispo de Plasencia, diciendo: «No es lástima, sino gran dicha que un Prelado haya hecho construir una casa de oración que haga levantar los espíritus por medio de una grandeza visible á las grandezas invisibles donde Dios tiene su trono.»

Tan luego como comenzaron las obras de las tres parroquias, el Sr. Porras Atienza solicitó y obtuvo del pontífice Inocencio XII una pensión anual perpetua, sobre las rentas de la mitra, de trescientos ducados, que habían de emplearse en la dotación de los párrocos.

Posteriormente pidió que se aumentase la pensión en otros trescientos ducados, para terminar la iglesia de Casares, asegurarle dotación y convertirla en parroquia.

Penetrado de que una de las causas principales de las desdichas jurdanas era la falta de vías de comunicación, se afanó por el arreglo y la mejora de los caminos de herradura—únicos existentes hoy como ayer—y, siempre de su bolsillo, hizo construir tres puentes: el de Batüecas, entre La Alberca y Las Mestas; el de Río Malo, entre Las Mestas y Vegas de Coria, y el de comunicación entre Vegas de Coria y Arrolobos.

Doña Aldonza, hermana del Obispo y establecida en Lagunilla, colaborando generosamente en la empresa de su hermano, fundó en el lugar de su residencia un hospital para asistencia de los enfermos pobres de la diócesis. En 1702 falleció la fundadora, y su hermano dió remate á aquel piadoso empeño, reglamentando el establecimiento, colocándolo bajo la advocación de Santo Domingo de Guzmán, y señalándole cuantiosas rentas de los bienes propios y de los que pertenecieron á D.ª Aldonza.

Y el Hospital de Lagunilla proporcionó algún beneficio á los jurdanos, por ser el más próximo á su territorio.

Veinte años duró el pontificado cauriense del Sr. Porras Atienza, y en ese pontificado, que tuvo principio en edad casi sexagenaria, efectuó muchas y muy detenidas visitas á Las Jurdes, y fué su alma paño de Verónica, que enjugó los sudores del trabajo y el llanto de las penas de aquellos infelices campesinos. Proveyó al desvalimiento, remedió muchas hambres, subven-

cionó la construcción de casas en Cambroncino y se esforzó por agrupar en poblados á los habitantes de las majadas más solitarias, y, por ende, más menesterosos de auxilio espiritual. En el año último de su existencia, no pudiendo ya ir personalmente á Las Jurdes, giró la postrer visita por medio de un delegado.

Bajó á la tumba el 28 de Julio de 1704, y fué inhumado en la parroquia de Lagunilla, en sepultura contigua á la de su hermana.

Dos sencillas inscripciones, sobre tosca cantería, evocan la memoria del padre de Las Jurdes y de la bendita D.ª Aldonza.

Al cabo de dos siglos, un cordobés pide á Córdoba que consagre admirativo recuerdo al cordobés insigne D. Juan de Porras Atienza, al Prelado cuyo pecho fué relicario del alma de todas las virtudes: de la santa Caridad.

Con excelente voluntad, con loable diligencia, el Excmo. Sr. D. Ramón Peris Mencheta, actual Obispo de Coria, viene procurando el socorro de las necesidades espirituales de los jurdanos. Con ese objeto destinó á un coadjutor de Pinofranqueado para que ejerciera en el Horcajo, y subvencionó al párroco de Las Mestas para que celebrase Misa los domingos y días festivos en Río Malo de Arriba; contribuyó con sus donativos á la erección de una capilla en Ladrillar y á la reconstrucción de una iglesia en el Cabezo; costeó la edificación de una capillita en Río Malo de Arriba, y donó dos casullas y un alba á cada uno de los templos de Las Jurdes.

Por su iniciativa se hizo un cementerio para las alquerías de Rebollosa y de Río Malo de Abajo, y á su inteligente gestión se debe el mantenimiento del antiguo Hospital de Lagunilla.

La desamortización menguó considerablemente las copiosas rentas con que los fundadores dotaron aquella institución. No obstante, el Sr. Peris Mencheta ha logrado que el Hospital prosiga siendo refugio para los enfermos pobres, y lo ha encomendado al cuidado de Religiosas Terciarias de San Francisco, las cuales, á más de asistir á los dolientes que allí acuden, han creado y sostienen en el mismo edificio una escuela de niñas.

Desde hace tiempo, el sueño dorado del Sr. Peris Mencheta se cifra en que cada uno de los caseríos jurdanos cuente con una capilla.

El día que ese sueño se trueque en plena realidad, será uno de los días más felices de la vida del Excmo. Sr. Obispo de Coria. Y para los que saben juzgar á los hombres por la grandeza del propósito y no por el resultado del esfuerzo, por lo que intentan y no únicamente por lo que consiguen, la católica aspiración de este digno Prelado es una ejecutoria de fe y de amor.

Si la emoción honda y sincera, la que es vibración en los nervios, flor de bendiciones en los labios y niebla de llanto en los ojos, pudiera hallar expresión cumplida en la humana palabra, seguramente mi pluma llevaría al espíritu de los lectores una impresión gemela de la impresión que he experimentado al seguir las huellas del alma del «Apóstol de Las Jurdes».

Hace más de veinte años, un reducido grupo de excursionistas, después de descansar en La Alberca y de subir hasta la Cruz del Portillo, descendió á la hondura del valle de Batuecas y visitó el antiguo convento. Alguien habló de Las Jurdes y pintó con vivos colores la existencia de los habitantes de aquella región. Uno de los excursionistas, así que hubo escuchado el relato, mandó ensillar su caballería, y, dando por terminado el viaje de recreo, tomó un guía y se encaminó á Las Jurdes altas, entrando por Las Mestas: iba á comprobar los grados de exactitud del cuadro desolador que ante él acababan de esbozar. Algo indefinible le movió á ponerse en marcha, algo como un llamamiento resonó en su corazón, y, cediendo á aquel impulso, dando satisfacción á la llamada, llegó á Las Mestas. ¡La voluntad de Dios le llevó á la misérrima alquería pizarreña! Desde aquel punto y hora, el viajero siguió sin vacilar la senda que la Providencia le señalaba. Desde aquel punto y hora consagró á Las Jurdes lo mejor de su existencia, elevándose á la celeste cumbre de la Caridad, á esa cumbre á la cual sólo alcanzan los que sufren de modo constante y absoluto con el sufrimiento del prójimo.

Precipitadamente tornó á Salamanca el excursionista, y, en Salamanca, sacrificando ha-



Nodrizas jurdanas de niños expósitos (pilos).

cienda y renunciando á comodidades para lo futuro, se agenció recursos y con ellos emprendió su primera cruzada, la campaña primera de su apostolado por las sierras jurdanas. Fué aquella una visita de concienzudo médico que va en busca de elementos para formar el diagnóstico y al mismo tiempo lleva instrumental y botiquín para empezar el tratamiento. Y las visitas se repitieron, y en Salamanca se comentaron las ausencias del infatigable excursionista, y, andando el tiempo, cuando no hubo manera de conservar el anónimo, cuando de público se habló de un protector generoso que llevaba años derramando socorros y consuelos en las pocilgas de Las Jurdes, los jurdanos averiguaron que su favorecedor era «el señol Magestal». Y «el señol Magestal» se llamaba D. Francisco Jarrín y Moro.

El Sr. Jarrín, antes de obtener en brillantes oposiciones la Canonjía Magistral de la Catedral de Salamanca —ciudad donde nació— contaba con una hoja de servicios que es blasón de talento, de ciencia y de virtud. En Peñaranda de Bracamonte fundó y dirigió el Colegio de segunda enseñanza de San Miguel; en Gijón explicó durante un quinquenio la cátedra de Retórica y Poética del Instituto de Jovellanos, y en Ávila tuvo á su cargo, simultáneamente: la cátedra de Psicología del Instituto, la dirección del Colegio Politécnico y la enseñanza de griego en el Seminario Conciliar. Después ocupó la dignidad de Chantre en el Cabildo de Salamanca y fué decano de la Facultad de Teología, Rector del Colegio de Estudios Superiores de Calatrava, Catedrático de Retórica y Poética del Instituto y restaurador y Regente de la Escuela de San Eloy, á la cual donó una biblioteca formada por dos mil volúmenes y una riquísima colección de medallas y de monedas antiguas. Ha publicado quince ó veinte libros de Arte, de Religión, de Historia, de Filosofía y de Literatura; ha predicado nada más que tres millares de sermones, y actualmente es Obispo de Plasencia.



Nodriza jurdana en traje de gala.

En la calle —afirma un biógrafo del Sr. Jarrín— no se ve de él otra cosa que un hombre de sesenta años, de color sano, atento y fino en su trato, sin exageraciones en el vestir ni en el hablar; uno de los muchos señores que andan por las calles; para la generalidad de la gente, una persona instruída y buena, «según dicen»... Pero habladle; dejad que sus palabras, sencillas y suaves, lleguen á vuestros oídos; esperad á que su alma se abra al soplo del bien, y entonces observaréis al hombre, veréis cómo es rico en fervores aquel corazón, cómo se desparrama dejando huellas blancas de su paso por los senderos de la desgracia. Festivo ó serio—su característica es un cierto humorismo no exento de grave-

dad,—os dice sus juicios sobre hombres y cosas, juicios formulados sin poner cátedra, pero admirables por lo exactos, lo nuevos y lo profundos. Ha subido todos los escalones sociales, pasando por ellos sin dejar rastro de odios ni de envidias; es el suyo un integral castellanismo sin adulteraciones ni mezclas; piensa una obra y pone en ella su alma, pero sin marchar á saltos, sino despaciosamente, por grados, mirando todos los lados del prisma. Ejemplo: su campaña en bien de los jurdanos. El vió aquella comarca llena de tristezas y de lágrimas, no dió quejas al aire, miró á los rincones de su alma buena y puso la mano en el arado: uno, dos, quince, veinte años de trabajo silencioso y obscuro. Ni su familia tenía noticia de sus extraños viajes; él iba dejando su dinero en las alquerías pobres, fundaba escuelas, edificaba iglesias. Su caridad ha sido siempre un secreto que sólo ha llegado á conocerse en parte, fragmentariamente.

De lo que su caridad ha hecho en el orden individual, dentro de los hogares jurdanos, nadie ha podido llevar cuenta. Esa contabilidad se lleva en esfera más alta que la terrenal.

De la labor que no ha podido permanecer oculta, yo conozco lo que está á la vista de todo el que se asome á Las Jurdes: lo que, á despecho de la modestia, se alza como testimonio de gloria.

Yo sé que el título de Apóstol de Las Jurdes es el resultado de peregrinaciones hermanas de las que realizó el Sr. Porras Atienza. Yo sé, y me complazco en manifestarlo, que el señor Jarrín ha recorrido todos, absolutamente todos los pueblecitos de los Concejos jurdanos, y sé que al entrar en esos pueblecillos encontró llantos de dolor, y al salir de ellos fué despedido con llanto de gratitud bien sentida, aun cuando toscamente expresada.

Ruda faena es la de visitar los cuarenta y tantos pueblos de la comarca; meritorio imponerse ayunos voluntariamente; triste el espectáculo que allí se contempla; pero sobre el cansancio, sobre las deficiencias de la alimentación, están las dificultades de hallar albergue donde la limpieza propia no sufra menoscabo. Para salvar esa dificultad, el Sr Jarrín durmió más de una vez teniendo por lecho el campo y por pabellón de alcoba la bóveda celeste.

Fijóse en el pueblo más inculto, en el que se hallaba en mayor atraso: en Río Malo de Abajo. Como hombre consagrado á la enseñanza, dió á la enseñanza puesto preferente en su programa redentor. Á sus expensas hizo levantar allí un buen edificio escolar. Cuando las obras terminaron, el Obispo de Coria solicitó del Sr. Jarrín la cesión de aquel local para utilizarlo como iglesia. Y el fundador defirió á la petición, y costeó un artístico retablo, y regaló objetos para el culto y para el adorno del templo. Pero como se había prometido dar un centro docente á la alquería, procedió á la construcción de otra Casa-Escuela, y no sólo envió abundante material para amueblarla y para uso de los alumnos, sino que de su bolsillo dotó la plaza de maestro, y desde entonces viene sosteniéndola. Río Malo de Abajo encontróse, pues, gracias á su protector, con iglesia, con escuela y con maestro. Hubo la fortuna de contar con una excelentísima colaboradora—D.ª Marta, la ejemplar maestra antes mencionada,—y hoy, á la vuelta de veinte años, Río Malo de Abajo es un pueblo regenerado, que puede citarse como modelo de los milagros que consigue la caridad activa, providente, perseverante. Hoy el vecindario de ese poblado sabe leer y escribir, y se distingue por su religiosidad, por sus buenas costumbres y por su respeto á la higiene. Allí hay arbolado, y allí se ve la mano que ha redimido á los habitantes de la ignorancia secular que los abrumaba.

Á continuación de Río Malo de Abajo entra en turno Fragosa, y otro edificio, otra escuela fundada, dotada, sostenida y abastecida de muebles y de material de enseñanza, señala elocuentemente el paso del Sr. Jarrín, que se deshizo de unas fincas que poseía, y empleó el importe en títulos de la Deuda, cuya renta asegura la vida de sus fundaciones.

Y él costeó la enseñanza primaria en Río Malo de Arriba y en la alquería de Cerezal, y el material de la escuela de Las Mestas y el de todas las escuelas jurdanas que lo han solicitado ó lo solicitan, y las santas imágenes de la iglesia de Cambroncino, y un ramal de camino carretero—único existente en toda la comarca jurdana—desde Río Malo de Arriba hasta la Collada de Clemente, y otro camino desde Fragosa á La Huerta, y puentes y arreglos de sendas, y otros muchos beneficios de importancia, pregonan la generosidad del eximio Apóstol de Las Jurdes.

La magnitud de la empresa superaba á los recursos particulares del actual Prelado de Pla-

sencia. Entonces acudió en demanda de auxiliares, y entonces dió principio á una segunda Cruzada, en la cual fué «General en Jefe del Ejército de la Caridad en tierra jurdana».

Como núcleo principal de su ejército, funda la Sociedad que lleva por nombre «La Esperanza de Las Jurdes», que cuenta ya nueve años de fecunda existencia.

«La Esperanza de Las Jurdes» se creó para remediar, dentro de lo posible, el estado lastimoso de la comarca, y para procurar por todos los medios la regeneración de aquellos habitantes, dotándolos de iglesias y de escuelas, haciéndoles habitables sus viviendas, gestionando la construcción de caminos y facilitándoles herramientas, simientes y préstamos gratuitos. Dos presidentes ha tenido la Sociedad: el primero, el Sr. Jarrín, y el segundo D. José Polo Benito, nuestro jefe de excursión.

«La Esperanza de Las Jurdes», aun cuando sólo contaba con un pequeño fondo, constituído por las cuotas voluntarias de sus afiliados, comenzó inmediatamente á realizar sus fines sociales, y al cumplirse un año de su creación ya había hecho préstamos gratuitos, y ya su acción benéfica se dejaba sentir en el señalamiento de premios á los plantadores de pinos y de alcornoques y á los cazadores de jabalíes, en las afortunadas gestiones para la asistencia de niños á las escuelas, y en la reglamentación de la mendicidad, que dió por resultado la restricción del vagabundeo mendicante.

Y dentro de la poquedad de sus fondos, aprovechando la prestación personal de los jurdanos, la Sociedad arregla caminos, reedifica puentes, reconstruye la iglesia y termina las obras de la escuela de Las Calabazas, y trabaja asiduamente por llevar á los jurdanos el convencimiento de las ventajas de la explotación de pinos y de las Cooperativas de consumo.

Luego establece nuevos premios para los que se distingan en el cultivo de las encinas, y, por iniciativa del Sr. Jarrín, se da principio á la formación de una biblioteca popular para uso de todos los jurdanos, estableciéndose en Cambroncino.

Ya en estas gestiones, imposibles de realizar por una sola persona, el Presidente encontró ayudantes de gran valía. El primero y el mejor de todos ellos — en esta afirmación seguro estoy de que nadie se considerará ofendido — fué y es Polo Benito. Difícilmente se dará caso de más perfecta compenetración en el pensar, en el querer y en el sentir, que la que ha existido y existe entre el fundador de «La Esperanza de Las Jurdes» y su esclarecido lugarteniente. Difícilmente habrá quien con mayor vocación y más ardoroso celo haya secundado una misión humanitaria. Difícilmente se hallará una voluntad, un cerebro y un corazón que se hayan puesto tan en absoluto, con el viril entusiasmo de la juventud, al servicio de una idea simbolizada por un hombre que ni buscaba medro ni disponía de recompensas. Polo Benito, alma de misionero, halló en Las Jurdes el campo de expansión que necesitaba; y si el Sr. Jarrín ha recorrido todos los pueblos, su teniente ha entrado en todos los hogares jurdanos.

Gran orador, gran periodista y gran sociólogo, Polo Benito, en plena juventud—acaba de cumplir treinta años,—tiene conocimientos científicos é historia muy bastantes para labrar la reputación de un hombre, y esa historia es en lo presente prenda y garantía segura de abundante cosecha de laureles en lo porvenir.

Al bucear en las miserias jurdanas, escrutando los males, buscó adecuados remedios. Así, cuando la Sociedad Española de Higiene convocó á público concurso y señaló como tema «El hogar jurdano: Consejos para la construcción en Las Jurdes de viviendas sanas y baratas», no fué sorpresa que el premio se adjudicase á una Memoria clara, sencilla, breve, inspirada en sentido muy práctico y original de Polo Benito, autoridad difícilmente superable en la materia.

Cánovas exclamó en una ocasión: «Todo el que debe llegar, llega; lo que ocurre es que á veces llegan los que no debieran llegar.» Si la primera parte de la afirmación es exacta, Polo Benito llegará hasta esos altos puestos que son consagraciones del talento.

Y en la ruda batalla contra la ignorancia, contra la usura, contra el hambre y contra la incomunicación de que son víctimas Las Jurdes, figuraron en torno del Presidente muchas personalidades que coadyuvaron y que coadyuvan á la obra de la Sociedad. Mención especial para los distinguidos jurdanófilos, el médico D. Tomás Gómez y D. Juan Pérez.

Era insuficiente la hermosa voluntad de los caudillos y de los soldados para resolver el



ILMO. SR. D. FRANCISCO JARRÍN Y MORO

Obispo de Plasencia.

Celosísimo protector de Las Jurdes.



Niños de la escuela de Fragosa en un día de exámenes.



Escuela de Fragosa, construída y sostenida por el Ilmo. Sr. D. Francisco Jarrín.

magno problema jurdano. Era indispensable un esfuerzo más poderoso, so pena de que, al ensanchar la esfera de acción, se perdiese en intensidad lo que en extensión se ganaba. Hacía falta que España volviese los ojos á la comarca desvalida. Entonces, como bandera del caritativo ejército, surgió la idea de crear una publicación que llevase á todas partes el reflejo de las angustias jurdanas y que fuese bandeja para recoger los donativos de la caridad española.

Un linajudo aristócrata extremeño, un representante de la antigua nobleza hispana, brindó, sin regateos, con espontánea liberalidad, todo el apoyo material necesario para que el proyecto tuviese realidad.

Y el 24 de Enero de 1904 apareció el primer número de *Las Jurdes*, Revista mensual fundada por el Marqués de Albaida —que costeó los gastos de impresión y dejó el producto de las suscripciones á favor de «La Esperanza»—y dirigida por D. Francisco Jarrín.

Nada tan sobrio, nada tan humanamente divino como el programa de la Revista, compendiado en dos palabras: *Cultura, Civilización.*

En ese programa se decía: «Intentamos llevar á Las Jurdes los tres factores que envuelve el genuino y hermoso concepto de civilización: iglesias, escuelas y caminos. Iglesias, donde se modele el alma jurdana en el maravilloso troquel de la virtud y de la honradez; escuelas, donde se eduque el niño y se forme el hombre útil á la sociedad y el ciudadano digno de su patria y de su historia; caminos, que rompan los duros canchales y sean vías por donde salgan á otros mercados los exquisitos productos de aquella tierruca, y sean también medios de comunicación, paso abierto al vivir moderno y á las ideas y progresos que han alcanzado las nuevas generaciones.»

Atractiva, simpática, interesantísima, como revelación de un mundo ignorado, la Revista *Las Jurdes* luchó bravamente por el cumplimiento de su programa. Y es cierto que triunfó en el empeño de llevar cultura y civilización y algún bienestar á los jurdanos, pero fuerza es confesar que no halló en España eco y resonancia proporcionados á sus fines.

Cierto que el director y el redactor-jefe, Polo Benito, lograron que la Diputación pagase algunos de los atrasos que adeudaba á maestros y á nodrizas y que nombrase un inspector especial para las escuelas jurdanas.

Cierto que consiguieron donativos, especialmente de libros, y cierto que la Revista sirvió para estimular voluntades y para reclutar socios con destino á «La Esperanza de Las Jurdes». Pero esos triunfos, antes que del periódico, lo fueron de las gestiones personales de sus dos directores, que, aun tropezando con egoismos y con apatías en los centros oficiales, pudieron obtener algún apoyo, siquier fuese escaso é intermitente.

La Revista *Las Jurdes*, en su redacción y en su confección, fué un acierto periodístico. El Sr. Jarrín dió á conocer en ella una bellísima serie de artículos refiriendo las impresiones de sus visitas á los pueblecitos que forman los cinco Concejos jurdanos; Polo Benito alternó, con la descripción de hechos y de costumbres de la comarca, crónicas en las que su fogosa indignación estallaba en anatemas contra los que desoían sistemáticamente las reclamaciones hechas en nombre de seis mil españoles olvidados por su patria.

Y de gran utilidad para el conocimiento de Las Jurdes fué la publicación de los estudios históricos, geográficos y sociales de D. Julián Mancebo, D. Eugenio Escobar y Prieto, D. Jacinto Vázquez de Parga y D. Tomás Gómez.

Naturalmente, el trabajo del Director y el del Redactor Jefe, de igual modo que el de los que con mayor ó menor asiduidad cooperaron con sus producciones al cumplimiento del objeto propuesto por la Revista, fué en absoluto gratuito.

Entre los numerosos colaboradores figuraron: S. A. la Infanta D.ª Paz de Borbón y los señores Ibáñez Marín, Bernaldo de Quirós, Dr. Pulido, Maldonado, Berrueta, *Crotontilo*, Conde de Retamoso, Bullón, Isear, Dorado Montero, Pérez Mínguez, Pinilla, Morán, Casas, Goy, Blázquez de Cáceres, Ocaña, Gil Maestre, Iglesias Garrido, Vidal y Gómez, Castillo, Pedraza, García Mora, Mateos Quintana, Pérez (Juan), Sánchez (Teodoro), Marcos (Fernando), Felipe (Fernando), Castro Bajo y la escritora francesa Ana Sée, que hizo un viaje á Las Jurdes.

También los poetas pusieron sus inspiraciones al servicio de la causa jurdana.

José María Gabriel y Galán, viviendo al lado de la región infortunada, penetró hondamente en aquellas tristezas y se hizo intérprete del sentir de todos y lo expresó en soberanas



El vecindario de Fragosa en el día de la fiesta del Cristo.

composiciones. De ellas, ninguna como la titulada *La Jurdana*: en esta obra maestra resplandece el genio y palpita el corazón del inmortal autor de ***Fecundidad*** y de ***El Ama.***

He aquí esa joya poética de Gabriel y Galán:

LA JURDANA

I

Era un día crudo y turbio de Febrero
Que las sierras azotaba
Con el látigo iracundo
De los vientos y las aguas;
Unos vientos que pasaban restallando
Las silbantes finas alas,
Unos turbios desatados aguaceros,
Cuyas gotas aceradas
Descendían de los cielos como flechas
Y corrían por la tierra como lágrimas.

Como bajan de las sierras tenebrosas
Las hambrientas alimañas,
Por la cuesta del serrucho va bajando
La paupérrima jurdana...
Lleva el frío de las fiebres en los huesos,
Lleva el frío de las penas en el alma,
Lleva el pecho hacia la tierra,
Lleva el hijo á las espaldas...

Viene sola, como flaca loba joven
Por el látigo del hambre flagelada,
Con la fiebre de sus hambres en los ojos,
Con la angustia de sus hambres en la entraña.

Es la imagen del terruño solitario
De misérrimos lentiscos y pizarras;
Es el símbolo del barro empedernido
De los álveos de las fuentes agotadas ..
Ni sus venas tienen fuego,
Ni su carne tiene savia,
Ni sus pechos tienen leche,
Ni sus ojos tienen lágrimas...

Ha dejado la morada nauseabunda
Donde encueva sus tristezas y sus sarnas,
Donde roe los mendrugos indigestos
De dureza despiadada,
Cuando torna de la vida vagabunda
Con el hijo y los mendrugos á la espalda.
Y ahora viene, y ahora viene de sus sierras
Á pedirnos á las gentes sin entrañas
El mendrugo que arrojamos á la calle
Si á la puerta no lo pide la jurdana.

II

¡Pobre niño! ¡Pobre niño!
Tú no ríes, tú no juegas, tú no hablas,
Porque nunca tu hociquillo codicioso
Nutridora leche mama
De la teta flaca y fría,
Álveo enjuto de la fuente ya agotada.

Te verías, si te vieras, el más pobre
De los seres de la sierra solitaria.
No envidiaras solamente al pajarillo
Que en el nido duerme inerte con la carga
De alimentos regalados
Que calientan sus entrañas.
Envidiaras del famélico lobezno
Los festines que la loba le depara,
Si en la noche tormentosa con fortuna
Da el asalto á los rediles de las cabras...

Estos días que en la sierra se embravecen,
Por la sierra nadie vaga...
Toda cría se repliega en las honduras
De cubiles ó cabañas,
De calientes blandos nidos
Ó de enjutas oquedades subterráneas.

Tú solito, que eres hijo de un humano
Maridaje del instinto y la desgracia,
Vas á espaldas de tu madre recibiendo
Las crueles restallantes bofetadas
De las alas de los ábregos revueltos
Que chorrean gotas de agua.

Tú solito vas errante
Con el sello de tus hambres en la cara,
Con tus fríos en los tuétanos del cuerpo,
Con tus nieblas en la mente aletargada
Que reposa en los abismos
De una negra noche larga,
Sin anuncios de alboradas en los ojos,
Orientales horizontes de las almas...

III

Por la cuesta del serrucho pizarroso
Va bajando la paupérrima jurdana
Con miserias en el alma y en el cuerpo,
Con el hijo medio imbécil á la espalda...

Yo les pido dos limosnas para ellos
Á los hijos de mi Patria:
¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!
¡Pan de ideas para el hambre de sus almas!...

En la Revista *Las Jurdes* no tuvieron cabida las expansiones de los cultivadores de «vaga y amena» literatura. Allí el Arte fué siempre representativo, trasunto de la realidad, visión del terruño á través de un temperamento. Y así los poetas cantaron resignaciones y ternuras de mendigos famélicos, y sus estrofas, empapadas en tristeza de sufrimientos, se asemejaron á las que Guerra Junqueiro engarzó en su libro *Os Simples*, que es el Kempis de la humildad.

Gumersindo Santos Diego tuvo, entre otros, un arranque de inspiración feliz y cantó la llegada del *pilu*, la adopción del expósito, su incorporación á la familia jurdana. Y hay tanta fuerza de verdad en la forma y en el fondo de ese canto, que bien merece ser conocido de mis lectores. Dice así:

EL PILU

Lo truje ayel mesmo,
¿En tá no lo has vistu?
¡Pos verás qué cosina más mona,
Paeci un angelinu!...

¿Que por qué lo truje?
Pos es mu senciyu:
Cuando ayá por er tiempo que sabis
Se murió er mi hiju,
Le dije ar mi hombri:
Hay que trael un pilu
Pa que tapi la farta der nuestro
Y mus jaga las veces de hiju,
Y alegri la casa
Que s' ha entristecíu
Y paeci una jaula vacía,
Que de sólo mirala da fríu.

Y dispués de pensalo una miaja,
Asina me diju:
—Tráelo cuandu quieras,
Y benditu de Dios venga er pilu,
Que, aunque probis, nunca ha de fartale
Ni pan ni cariñu.

Y fuí á buscalo
Y aquí tienis qué mozu he traíu.
Miá á vel si te gusta,
Miá á vel si tú has vistu
Argún pilu más monu en las Jurdis...
¿De quién será hiju?...

. . . .

¡Miá q'es tristi que no tenga padris,
Que s'encuentri en er mundo solitu
Comu chivu perdíu en er monte,
Comu pájaro fuera der nidu,
Sin naide en la tierra,
Sin tenel una miaja d'arrimu,
Sin tenel quien le jaga caricias,

Sin tenel quien le tenga cariñu,
Ni lo coma á besos
Ni lo yame hiju!...

Esta vía es tan perra y tan mala,
Q'en su largo y escuro caminu
En fartando er calor de la madri
¡Cuántos hay que se muerin de fríu!
Tú no serás d'esos
¿Verda, pilín míu?
Yo seré tu madri,
Yo seré quien te tenga cariñu,
Yo seré quien te jaga caricias
Y te iga mimus
Y te coma á besos
Y te llame hiju.
¡Hiju mío querío del alma,
Ya no estás en er mundo solitu!
Silguerino perdío en er monte
¡Ya encontrasti er nidu!...

Si supiás qué contentos estamus...
No me vas á creel si te igu
Q'er mi hombri s'ha puesto
Bobo con er pilu,
Y de mí yo no sé que te iga,
Porque yo, si le tengu cariñu,
No hago más que pagarle una miaja
De la dicha q'á mi m'ha traíu,
Porque mira, si él tiene ya madri,
Yo ya tengo hiju,
Y es tan durci, tan durci este nombri,
Que m'alegra na más que lo igu.

Al entrar en el quinto año de su existencia dejó de publicarse la Revista *Las Jurdes*. Su última campaña dió por resultado la celebración del Congreso Nacional de Jurdanófilos. Á la historia de la Revista, como á los Anales del Congreso, quedó unido el nombre de su celebrado colaborador artístico Venancio Gombau.

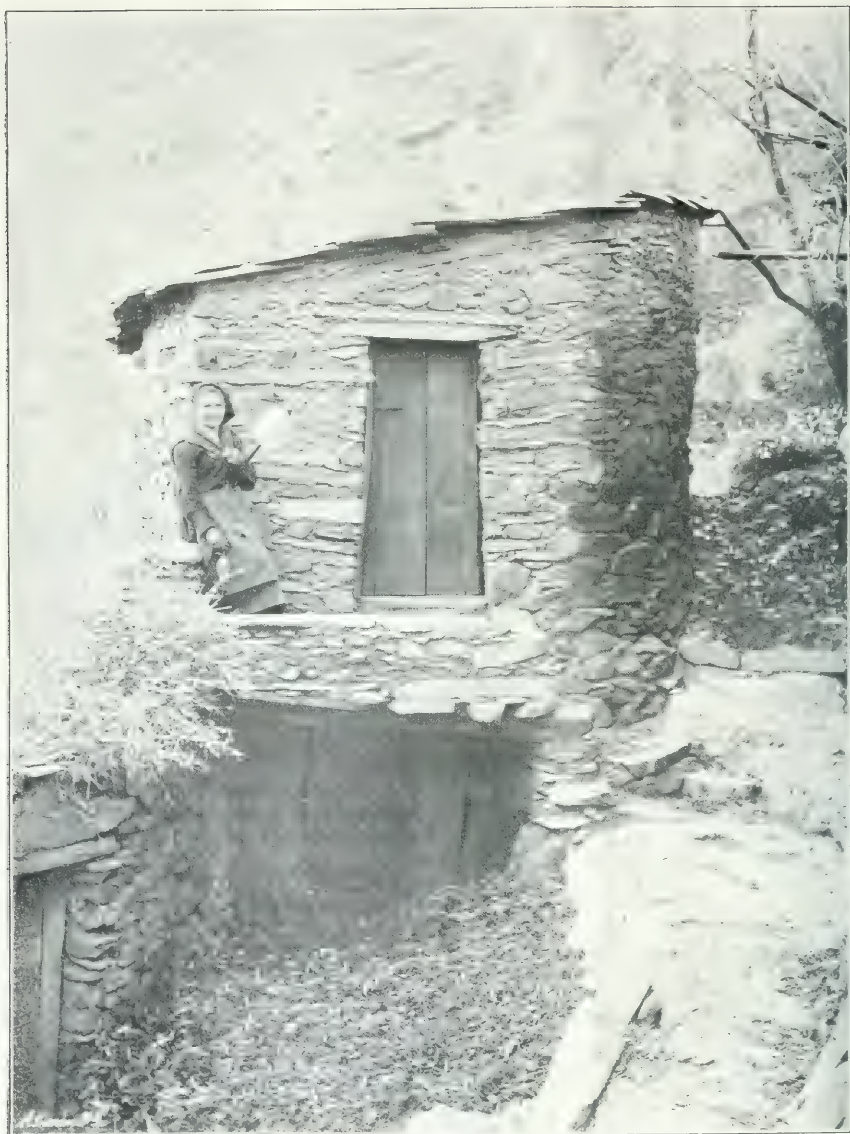
Por la misma fecha «La Esperanza de Las Jurdes» obtuvo del Gobierno, por mediación del comisario regio, Conde de Retamoso, la donación de cincuenta mil pesetas como capital inicial para la creación de un Pósito de la tierra. Ese capital, distribuído en préstamos sin interés, ha sido y continúa siendo un respiro en el ahogo de los agricultores jurdanos.

Durante este tiempo, la labor del Sr. Jarrín se robustecía y fructificaba. Una de sus visitas tuvo por objeto presidir los exámenes en las escuelas de su fundación y distribuir premios á los alumnos más aventajados.

En aquella visita le acompañaron dos Prelados muy ilustres: el R. P. Valdés, obispo de Salamanca, y el Excmo. Sr. D. Enrique Almaraz, obispo de Palencia y después arzobispo de Sevilla. Ambos Prelados dejaron caritativa memoria en Las Jurdes.

Y yo, que no conozco la envidia, me acuso de haber envidiado al R. P. Valdés.

Cuando terminaron los exámenes en Río Malo de Abajo, cuando los esclarecidos examinadores salieron á comer al aire libre, el R. P. Valdés sacó de las alforjas unos misteriosos paquetes, los abrió y distribuyó el contenido entre los pequeñuelos allí congregados. ¡El Obispo de Salamanca había pensado en los jurdanillos y les llevaba dulces! Una pequeñez, pero tan delicada y tan llena de ternura que vale por un poema.



La mejor casa de Martín Andrán.

En los días 14 y 15 de Junio de 1908 celebróse en Plasencia, presidido por el ilustrísimo Sr. Jarrín, obispo de la diócesis, el Congreso Nacional de Jurdanófilos, iniciado por el médico D. José González Castro y organizado por D. José Polo Benito: el justamente llamado Congreso de la Caridad, el Congreso de los herederos del espíritu de San Juan de Dios y de San Pedro Claver.

El Cuestionario del Congreso comprendía estudios acerca del Pósito de Las Jurdes, de la Medicina y la Higiene, de la carretera y los caminos, de las escuelas y de la sociedad «La Esperanza de Las Jurdes». El desarrollo de los expresados temas estuvo á cargo de los señores Conde de Retamoso, Dr. Ángel Pulido, González Castro, Guerra (D. Francisco), Gómez (D. Tomás), Obispo de Plasencia y Polo Benito.

Además, pronunciaron discursos los señores: Pérez (D. Juan), Sánchez Hoyos, Bullón, Sánchez Arjona, Muñoz Chaves, Vizconde de Eza y D. Segismundo Moret; enviaron adhesiones personalidades de gran prestigio, y presentáronse al Congreso trabajos de los Sres. Gómez (D. Francisco), Hernández (D. Pablo), Gallego Rodríguez, Casas del Río, Iglesias (D. Antero), Martín (D. José) y «Un amante de Las Jurdes».



Las Jurdanas.



Entre las conclusiones propuestas ó adoptadas deben recordarse las que se encaminaban á lograr: el fomento de la arboricultura y en especial el de los pinares; el establecimiento de una fábrica de abonos químicos; la construcción de caminos vecinales, de puentes y de cementerios; la creación de una farmacia y de varios botiquines á cargo de dos médicos y de cuatro practicantes; la instalación de dos pabellones hospitalarios; la edificación de casas higiénicas; la implantación de granjas agrícolas; la aplicación de la ley de Colonización interior á los Concejos de Las Jurdes, la declaración de utilidad pública á la sociedad «La Esperanza de Las Jurdes», con subvención que le permitiese realizar mejor sus fines; la fundación de escuelas, haciendo obligatoria la residencia en la localidad de los maestros propietarios ó interinos, y, en fin, la institución con carácter fijo de la enseñanza de adultos.

Los resultados prácticos del Congreso de Plasencia, aun cuando inferiores á las necesidades de Las Jurdes, fueron superiores con mucho á los de todos los Congresos españoles.

«La Esperanza de Las Jurdes», declarada Sociedad de utilidad pública, recibió una subvención de veinte mil pesetas, con las cuales resanó caminos, hizo puentes y atendió al cumplimiento de su humanitario programa.

Se emprendió por el Ministerio de Fomento la obra de un camino vecinal desde Guijo de Granadilla al Casar de Palomero, donde comienza el territorio jurdano.

Para comienzo del servicio médico-farmacéutico, el Ministro de la Gobernación libró dos mil pesetas; con ellas el Obispo de Plasencia creó cinco botiquines á cargo de un practicante.

Y en Pinofranqueado, un funcionario de la Estación Sericícola de Murcia principió á dar lecciones de Sericicultura.

Red telefónica, fábrica de abonos y otros proyectos beneficiosos quedaron... en proyecto.

Algo más se consiguió con el Congreso Jurdanófilo. La Diputación de Cáceres, constructora de la escuela de Las Mestas, terminó un edificio escolar en Vegas de Coria y prometió otro para la alquería de la Huetre.

Y el R. P. Valdés, en colaboración con los señores Vizconde de Eza, Marqués de Albaida y D. Bernardo Olivera, costeó la construcción de una escuela en Sauceda.

Hermosa, sí, muy hermosa y muy consoladora tarea es la de consignar los actos realizados por los bienhechores de Las Jurdes, por los que se afanan en pro de los desdichados con solicitudes de madre que guarda para sí los trabajos, los sinsabores y las penas, por los que saben que donde no llega la mano llega el corazón, por los que practican las enseñanzas del Evangelista y no aman solamente de palabra, sino de obra y en verdad.

Santa, inefable es la labor de los amparadores de Las Jurdes. Y su labor es inmortal. Porque esta obra—como afirmó con elocuente emoción el Sr. Moret,—nacida bajo el manto protector de la Iglesia, tiene que vivir; porque morirá todo; pero á todo sobrevivirá la Cruz de Cristo que se alza con los brazos abiertos para acoger á los que sufren y enjugar sus lágrimas.

Llegó el momento de abandonar Las Jurdes. Mientras Cencio y Perico aparejaban las caballerías, Polo nos hablaba de que ya se había regularizado bastante el servicio de Correos en la región. Antaño, una carta depositada en Nuño Moral tardaba la friolera de doce días en llegar á Salamanca. Cedimos al deseo de comprobar la regularización. Gombau iba provisto de pluma estilográfica, Mancebo llevaba tarjetas postales y Polo tenía sellos. César y yo trazamos en las cartulinas unos saludos para nuestras respectivas familias, que se hallaban en Salamanca y en Puerto de Béjar. Ignoro la suerte de la postal de César; la tarjeta que yo firmé sólo invirtió ocho días en su viaje. Un poquitín menos que si hubiese ido á Nueva York.

Para una docena de jurdanillos que salieron á despedirnos fueron nuestras últimas monedas. Los gritos de agradecimiento de la alborozada chiquillería nos acompañaron buen trecho.

Ya en marcha, recorriendo desfiladeros, comenzó el cambio de impresiones.

Quise saber, sobre lo conocido, lo que los Gobiernos habían hecho en pro de Las Jurdes.

Impetuosamente se adelantó César á satisfacer mi curiosidad.

—Mira— me dijo,—salvo lo que con mil trabajos, antes y después del Congreso, han logrado los señores Jarrín y Polo, preferible es no mencionar la protección oficial. Ha habido Ministro de Fomento que públicamente ha revelado carecer de toda noción geográfica acerca de esta región; ha habido un senador que en la Alta Cámara propuso como solución salvadora ¡EL DESPOBLAMIENTO DE LAS JURDES! Y, en fin, sin mala intención, considerando que con ello se abrirían caminos y se implantarían industrias, un Gobierno anunció el propósito de establecer aquí una colonia agrícola penitenciaria.

— Supongo— observé— que, con los presidiarios, traerían, en clase de instrumentos regeneradores, ganzúas, navajas, barriles de aguardiente, cuchillos y otras lindezas por el estilo... Ahora sospecho que puede resultar cierta la profecía de Unamuno, que en una de sus paradojas dijo: «Desde que se habla mucho de los jurdanos, voy temiendo formalmente que acaben por hacerlos desgraciados.»

— ¡El Cielo querrá que no se cumpla tan negro vaticinio! —gritó Polo Benito, escapando ileso de una arrancada que dió su cabalgadura, al meterse en un zarzal, buscando el agua de un regato.

— ¿Á que no sabe usted — me preguntó Gombau — la recompensa que ha obtenido el señor Jarrín, el Apóstol de Las Jurdes, por sus campañas de veinte años?

—¿La Gran Cruz de Beneficencia, la que premia las grandes obras de caridad?... ¿No?... ¿Acaso la de Alfonso XII, que es galardón de la intelectualidad y del amor á la enseñanza?...



D. JOSÉ POLO BENITO

Canónigo del Cabildo y Secretario del Obispado de Plasencia.

Cooperador activísimo del protector de Las Jurdes.

¿Tampoco?... ¿La de Carlos III ó la de Isabel la Católica, creadas para lauro de eminentes patriotas?

—No se canse usted—interrumpió Mancebo,—porque no acertará cuál fué la recompensa.

—La recompensa—concluyó Gombau—ha sido un gallo, un magnífico gallo regalado por el vecindario de Río Malo de Abajo á su paternal protector.

—La mejor recompensa—añadió Polo—la encuentra el señor Obispo cuando viene á estos pueblos y los ve mejorados, con cultura y libres del baldón del analfabetismo.

—¿Qué podría hacerse en bien de esta comarca?—interrogó César.

—Ayudar á la Sociedad «La Esperanza de Las Jurdes»—declaró Polo—para que realice el programa mínimo del Congreso Jurdanófilo. Dinero, material de enseñanza, ropas, libros escolares, simientes, abonos, herramientas, medicamentos: todo hace falta y á todo puede acudir la caridad particular. Sería utilísima la instalación de una red telefónica que enlazara las alquerías, facilitando así el pronto auxilio médico y espiritual. La colonización interior y la construcción de casas higiénicas resultarían beneficios inmediatos, y, á plazo más largo, hay un estudio que resolvería totalmente el problema y acabaría con la miseria. En Las Jurdes se cuenta con cuarenta mil hectáreas de terreno utilizable; ese terreno, sembrado á razón de quinientos alcornoques ó pinos resinables por hectárea, produciría, á la vuelta de veinte años, cincuenta céntimos de renta anual por árbol, ó sean diez millones de pesetas al año, amén de las fábricas resineras y corchotaponeras que nacerían al calor de la producción forestal. Lo urgente es abrir caminos y crear industrias rurales. Las Jurdes son «la gran Cenicienta de España». Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII ha ofrecido visitar esta tierra. Cuando la oferta se cumpla, Cenicienta habrá dado con el Príncipe que la redima de la pobreza y de la libertad de su reclusión.

Callamos todos. Estábamos en la frontera del territorio. Abrí bien los ojos para llenarlos de aquel paisaje solemne, austero, que se me había entrado en el alma. Y yo encarnaba á Las Jurdes en el enteco, en el canijo cuerpecillo de un *pilu*. Sí, la imagen era exacta. Las Jurdes son un expósito: el expósito de la Patria, un niño huérfano antes de nacer, un malaventurado que vive sin cariño, arrastrando su desvalimiento, agobiado con su infortunio, que lo excluye del regazo de la Madre España...

Y á ese expósito yo le debo enseñanzas imborrables; porque ese *pilu* me dió sublimes lecciones de energía, de fortaleza de ánimo, de serenidad á toda prueba, de humilde y callada resignación.

Nos detuvimos para dar un adiós á Las Jurdes.

Polo Benito me preguntó si yo conocía el mensaje que Gabriel y Galán dirigió á S. M. el Rey en nombre de los jurdanos. Al oir mi contestación negativa, mis compañeros empezaron á recitar por turno algunas de las conmovedoras quintillas de aquel Mensaje.

Gombau declamó enérgicamente:

Señor: no soy un juglar;
Soy un sincero cantor
Del castellano solar.
Canto el alma popular,
No tengo nombre, señor.

Señor: si en ese sagrado
Solar de español sentir
Han ante vos ocultado,
Con luz de vivir dorado,
Sombras de negro vivir,

Mintió la vieja embustera
Que llaman cortesanía...
¡Mejor á su Rey sirviera,
Si en bien de la Patria mía
Verdad á su rey dijera!

No sé con Reyes hablar;
Mas bien podréis perdonar
Que yo platique con vos
Tal como, en son de rezar,
Platico de esto con Dios.

Estáme la fe enseñando
Y estáme el amor diciendo
Que todo se torna blando
Á nuestro Dios invocando
Y á nuestro Rey requiriendo.

Que Dios corona á los Reyes
Para que á mundos mejores
Lleven innúmeras greyes,
Mejor que atadas con leyes,
Sueltas en curso de amores...

César continuó con acento de protesta:

Señor: en tierras hermanas
De las tierras castellanas
No viven vida de humanos
Nuestros míseros hermanos
De las montañas jurdanas...

Señor: no oigáis las canciones
De las doradas sirenas
Que sólo cantan ficciones...
¡Los más grandes corazones
Son los que arrostran más penas!

Dolor de cuantos los vieren,
Mentís de los que mintieren,
Aquí los parias están...
De hambre del alma se mueren,
Se mueren de hambre de pan.

Hasta este monte eminente
Donde rimo mis cantares,
Sube famélica gente
Que mis modestos manjares
Devora violentamente...

Alfredo susurró con eco de amargura:

Tanta pena he contemplado,
Que unas veces he llorado
Con llanto de compasión,
Y otras mi voz han velado
Gemidos de indignación.

Porque infama la negrura
De la siniestra figura
De hombres que hundidos están
En un sopor de incultura
Con fiebre de hambre de pan.

Limosna de un Rey cristiano,
Es manantial soberano
De grande consolación...
Mas nunca llega la mano
Donde llega el corazón.

Y, cuando nos alejábamos—poniendo la mirada en el cielo azul y cerrando la inolvidable etapa,—Polo Benito, con inflexiones en las cuales había gemidos de imploración y suave calor de esperanza, terminó así:

La Patria es Madre amorosa
Que hace milagros de amores...
¡Tienda una mano piadosa
Que disipe los horrores
De esta visión afrentosa!...

Pino Franqueado.



Cabeza de Concejo en Las Jurdes.



Entrada al valle de Batuecas.

VI

De Las Jurdes á Batuecas.—Aspecto del valle.—Cielo en la tierra.—Fantasías y realidades.—Fundación del convento de San José del Monte.—En el recinto cenobial.—La fuente de Santa Teresa y el cultivo de la patata.—Las ruinas del templo: lo que subsiste y lo que existió.—Industrias perdidas.—Celdas y jardines.—Maravillas de floricultura carmelitana.—Las ermitas.—El P. Cadete.—Unpaseo á gran velocidad.—Sueño de una tarde de verano.—Cosecha de la visita.—Miel en panales.—Adiós al Convento.

Visitar el valle de las Batuecas, tomando como punto de partida el puente que sirve de frontera al territorio de Las Jurdes altas, es un paseo relativamente breve y nada incómodo, sobre todo si el viajero acierta á realizar la visita sin la compañía del Emperador de la luz. Nosotros tuvimos la alta honra de que las imperiales caricias no nos dejasen de obsequiar un solo momento.

Gombau cabalgaba filosóficamente incubando un chistecito. Al cabo, cuando ya todos renegábamos de la crueldad del sol, nuestro simpático fotógrafo se descubrió con mucha cortesía y, poniendo los ojos en el cielo, exclamó, congestionado:

—¡Gracias, padre Febo! ¡Muchísimas gracias! ¡Bendito seas! Siempre fuiste mi generoso colaborador, pero hoy me has favorecido espléndidamente: ya soy... *¡el Tostado!*

Nuestro jefe de expedición se resignó á ser, ya que no el helado, «el abrasado» Polo.

Y entre un tiroteo de frases, naturalmente «acaloradas», fuimos remontando el curso del río hasta llegar casi al pie de la senda que enlaza al fondo del abismo con las alturas del Portillo.

Allí, torcimos bruscamente á la izquierda. Entrábamos en el valle batuequense, batuequeño

ó batuecano. Al lado nuestro, transparente, cristalino, susurrando con modestia de arroyuelo, se deslizaba el río Batuecas entre verdes juncos, perfumados mastranzos, frondosos helechos y arrogantes adelfas que lucían la púrpura de sus flores.

Para poner á prueba la suficiencia geográfica de Polo Benito, le pedí noticias acerca de aquel riachuelo.

—El río Batuecas —dijo Polo— nace de las aguas que descienden del puerto bajo de Monsagro; aumenta su caudal con el torrente de la Gloria, que llega de la Collada Suentes, y con el de Migasmalas; sigue engrosando con el tributo del arroyo Calvo, que entra en el recinto conventual, y con el de las Eras del Castillo, que penetra también en el cercado y procede de la Cruz de la Alberca. Estos afluentes se le agregan en el valle, y bajan desde cumbres cuya elevación fluctúa entre mil doscientos y mil quinientos metros. Fuera del valle, recorre diez kilómetros, recibiendo adhesiones acuáticas hasta que al fin se adhiere á su vez y pierde hasta el nombre. Y el que quiera saber más —concluyó el geógrafo, —que lea los trabajos de Jacinto Vázquez de Parga...

—Ó que me pregunte cuanto guste, que para eso he bajado á esperar á ustedes —exclamó D. Julian Mancebo, nuestro amable huésped albercano, asomando tras de una copuda madroñera.

Después de agradecerle la molestia que en obsequio nuestro se había impuesto, lo sometimos á un interrogatorio capaz de marear á una estatua.

—Don Julián, ¿qué posición geográfica ocupamos? —dijo César.

—Don Julián, ¿cuál es la profundidad de este valle?—demandó Gombau.

—Don Julián, ¿cuál es la extensión de la comarca que empezamos á recorrer?—insinuó Polo Benito.

—Don Julián, ¿quiénes fueron los primeros pobladores de las Batuecas?—observé yo.

—Don Julián, ¿es verdad que aquí hubo duendes y fantasmas?—habló Perico.

—Don Julián, ¿es verdad que por aquí anduvo el Paraíso terrenal?—murmuró Cencio.

—Don Julián, digo, padre—advirtió Alfredo,—¿por qué el estar en las Batuecas se considera sinónimo de estar en Babia?

Y, atropelladamente, amontonándolas, lanzamos docenas y docenas de preguntas. Don Julián nos escuchaba sonriendo. Cuando, faltos de aliento, enmudecimos, nos hizo subir á un repecho, tendió el brazo mostrándonos el panorama, y nos invitó á que admirásemos aquella perspectiva.

El paisaje valía, en verdad, la pena de ser admirado.

Si, en el momento de atravesar á pie enjuto el Mar Rojo los soldados de Faraón, las aguas se hubiesen petrificado, trocándose en rocas las encrespadas olas y haciéndose plantas y flores las espumas, á buen seguro que, desde el fondo, el espectáculo hubiera tenido no poca semejanza con el que se contempla desde la hondura del valle de las Batuecas. Una convulsión del globo sacudió á las sierras, desgarró crestas, aguzó picachos, abrió abismos y dislocó los miembros de gigantes cordilleras, y luego, al entrar en calma, perpetuó su obra tempestuosa dejando en aquel alborotado océano de piedra las huellas de la borrasca... La mano compasiva de los siglos embelleció los despojos del cataclismo; las grietas de los peñascos lloraron lágrimas transparentes, que se trocaron en saltarines arroyos; las oquedades se enverdecieron con musgos, líquenes y helechos; el viento, incansable sembrador, depositó gérmenes en la tierra, y allí donde hubo un resquicio, allí donde quedó un escalón, allí donde la vertiente no mostró excesiva aspereza, se acurrucaron las semilluelas, y, con el calor del cielo y el llanto de las rocas, nacieron, crecieron y arraigaron: los bojes de verdor perenne; las madroñeras resistentes á las nieves y que entre nieves fructifican, alegrando las tristezas del invierno con sus racimos de coral; los brezos, esos brezos de la especie llamada quiruela ó mogariza, que despliegan como el varillaje de una sombrilla la gracia de sus flores, de tonos suavemente rosados; las jaras, plantas de misticismo, que llevan en su jugo fragancia de ámbares y de incienso y que en sus corolas de pureza ostentan el místico recuerdo de cinco llagas... Vegetación alpina cubre la parte superior del valle, y es bello ver temblar las florecillas en la hendedura de una masa granítica que, al sentirse quebrantada por el rayo, se entreabrió como una boca implorando misericordia, y quedó cual un monstruo que desencaja las fauces en el supremo instante de la agonía. Y en los arbustos broncos, y en los repliegues de los peñascales, y en la hosquedad enmarañada de las malezas, surgían trinos agudos y sonaba el piar de las aves.

Yo pensé que una Ofelia había llenado de sonrisas y de guirnaldas uno de los pavorosos círculos soñados por el gibelino inmortal.

Al descender del repecho que nos sirvió de observatorio, D. Julián, cachazudamente, contestó á nuestra anterior granizada de preguntas, haciendo un alarde de memoria envidiable.

Dirigiéndose á César, le dijo:

-Estamos en el tercer macizo de la cordillera carpetana; en el macizo hay dos valles: uno, el de Las Jurdes, al Sur de la sierra de Gata, del cual han salido ustedes hace poco; el otro, éste, el de las Batuecas, al Sur de la Peña de Francia, separado del valle del Ladrillar por la sierra de Las Mestas.

Á continuación, encarándose con Gombau, exclamó:

—La profundidad de este valle es variable: por término medio se encuentra á unos setecientos metros, pero llega hasta más de mil ciento cincuenta metros si la calculas desde la cima del Pico Mingorro.

Seguidamente, como respuesta á Polo Benito, habló así:

—Ya sé que tú me has preguntado por coquetería, querido canónigo; pero te contestaré: el embudo en que nos encontramos, medido en línea recta, tendrá de abertura algo así como dos mil cuatrocientos ó dos mil seiscientos metros; su longitud se aproxima á diez kilómetros, y la superficie total no excede de veinticinco kilómetros cuadrados.

Al llegarme el turno, D. Julián manifestó:

—En las Batuecas, como en Las Jurdes, los primeros pobladores de que hay noticia fueron los colmeneros y los pastores albercanos, que, aquí de igual modo que en la región jurdana, establecieron corrales de colmenas y levantaron majadas para guarecerse con sus rebaños. También este valle formó parte del patrimonio de la Casa ducal de Alba; pero aquí, á diferencia de Las Jurdes, nunca hubo agrupaciones de viviendas que constituyesen pueblo, aldea ó alquería. Aquí el único signo de civilización lo trajeron los religiosos carmelitas.

Volviéndose á Perico, añadió:

—Muy verdad es que en un tiempo la gente dió en decir que este valle era albergue de duendes, nido de fantasmas, punto de cita de las brujas, teatro de apariciones espeluznantes... Y, con prolijidad amedrentadora, se describían los aquelarres y las zarabandas de los duendecillos, y se afirmaba que, al mediar la noche, brotaban de los barrancos lamentaciones pavorosas y ruido de cadenas. Pero, ¡pícara casualidad!, se levantó el Convento, y, desde aquel punto y hora, acabaron duendes, brujas, fantasmas y espantos. La credulidad de unos y el apocamiento de otros engendraron esas patrañas, y los colmeneros y los pastores cuidaron de no desmentirlas, para alejar así á los que por compra ó por arriendo hubieran podido privarles del ejercicio de sus industrias rurales.

Perico quedóse satisfecho, moviendo la cabeza en señal de aprobación.

Mientras, D. Julián declaraba á Cencio:

—Sí, muchacho, sí; no es tan disparatada como á primera vista puede parecer tu pregunta acerca de si por aquí estuvo el Paraíso terrenal. Escritores de alta nombradía llamaron á este rinconcito un pedazo de cielo en el mundo; hombres encanecidos en el estudio de las ciencias naturales hallaron en el suelo que pisamos vestigios de edades prehistóricas; aquí se irguió hasta hace no mucho tiempo un cedro colosal que medía más de doscientos pies de altura y que era conocido con el nombre de «el huso de la Reina»; cuando murió de vejez ese gigante de la selva, por el diámetro de su tronco y por el estudio del número de sus capas corticales, se calculó que había vivido sobre tres mil años. En los días que siguieron al Diluvio, fecundado por el légamo de la inundación universal, nació aquel árbol; su antigüedad es anterior á la de Tubal y á la de Tarsis. En fin, autores de tanta reputación como el P. Juan Eusebio de Nieremberg, consideraron muy posible -y formalmente lo consignaron—que este valle fuese un resto del Edén donde moraron nuestros primeros padres. Pero el Paraíso terrenal no tuvo su asiento en Europa, lo tuvo en Asia.

—¡Qué lástima! -murmuró Cencio.—¡Tan bien como se viviría aquí si éste fuera el Paraíso!

—Vamos, vamos—observó Gombau.—Ya se te está haciendo la boca agua pensando en la vida de holganza que te ibas á dar con la Eva que te hubiera correspondido en suerte.

Don Julián arreó á su mansa cabalgadura, y, rodeado de los que continuamos la marcha á pie para descansar del traqueteo de los machos, contestó á la última pregunta de la primera serie.



Panorama de las cumbres que rodean y abrigan el valle de Batuecas.

—Mira, hijo mío—habló dirigiéndose á Alfredo,—un sentimiento de delicadeza, un plausible deseo de no ofender, hizo que un literato, sabedor de que el valle de las Batuecas nunca tuvo habitantes, lo eligiese como escenario para presentar á varios rústicos, simplones, sin pizca de malicia. Tal vez ese hecho dió motivo para que escritores menos cultos creyesen de buena fe que Batuecas era un pueblo de bobos. Y, tal vez, la idea de que Las Jurdes y Batuecas constituían una sola comarca, hizo que el atraso mental de los jurdanos se atribuyese á los imaginarios batuequeños. He dicho.

Una aclamación desenfrenada, que fué á morir retumbando en las sierras, dió testimonio de nuestra gratitud hacia el docto disertante.

Al cesar la algazara, D. Julián, llamándome á su lado, me indicó la opulencia forestal del terreno que recorríamos. Y aun cuando añosas raíces y gruesos tocones revelaban acá y acullá los destrozos del hacha del leñador, y aun cuando, á juzgar por los claros, las cortas habían menguado en tercio y quinto la riqueza de la arboleda, quedaba en pie un bosque de copudas encinas, de robles bravíos, de castaños frondosos, que alternaban con airosos álamos, con pinos que daban al ambiente el bálsamo de su áurea resina, y con curiosos ejemplares de abetos.

Caminábamos entre matas de helechos desarrolladísimos, entre zarzales cuajados de silvestres bayas, y la abundancia de riego mantenía lozana una mullida alfombra de hierbezuelas.

—Todo esto—exclamó D. Julián—se encuentra completamente abandonado, y cuando el hombre pone mano en este campo, es para arrancarle galas y para despojarlo de belleza. Fíjense ustedes: á cada paso que avanzamos aumenta la hermosura de la vegetación. Ahora—añadió tras breve pausa,—entramos en las Eras del Convento.

Poco á poco iba descorriéndose ante la vista el cortinaje de la arboleda; poco á poco, por transiciones graduales, habíase modificado la fisonomía del paisaje: las escabrosidades, los canchales y los barrancos con sus arbustos montaraces, finaron en los linderos del bosque; el bosque á su vez fué convirtiéndose en huerto sombreado por nogales de ancha copa y recio tronco, por esbeltos avellanos y por bosquetes de cerezos; y, al cabo, el huerto se hacía jardín, jardín donde el arte de los hombres llevaba más de cincuenta años sin ejercitarse, jardín donde todo, en plena libertad, adquiría aspecto silvestre. Lirios de otoño, campánulas azules, trepadoras madreselvas con recuerdo de fragancia de azahares, eglantinas, hiedras que ascendían vistiendo á los troncos con ropaje de esmeralda, airosas moreras, tomillos reales, margaritas de oro y de nácar, y árboles y arbustos de fina silueta, y un mar de corolas que se agitaban cual mariposas y embalsamaban el ambiente, salían á nuestro encuentro causándonos la impresión de que caminábamos por un vergel andaluz en Mayo.

—Por lo resguardado y escondido que se halla este paraje—dijo D. Julián,—se da el caso curioso de que cuando Diciembre y Enero blanquean las cimas, cuando el frío es intolerable en las alturas, en el fondo del valle hay efluvios templados, suave temperatura y flora primaveral. Por muchos años han existido palmeras en este vergel, y, según informes agronómicos, puede emprenderse con buen éxito el cultivo del algodón, del tabaco y de todas las plantas correspondientes á la zona subtropical.

Enmudecimos. La paz y el silencio nos envolvieron. Al tomar una vereda abierta á la orilla del riachuelo, al encontrarnos con una cerca maltratada—una cerca cuya circunferencia se calcula en cinco ó seis kilómetros,—emergió una masa imponente, una fachada semejante á un triángulo agudo rematado por una espadaña: teníamos á la vista lo que quedaba en pie del templo y del convento que los Padres Carmelitas del Yermo levantaron en el Santo Desierto de San José del Monte de las Batuecas.

Nos detuvimos un momento. Don Julián, cuando comprendió que habíamos abarcado bien el conjunto de aquel cuadro, tomó la palabra y habló así:

—En el año de gracia de 1597, Fr. Alonso de la Madre de Dios, por delegación del Rdo. P. Fr. Tomás de Jesús, Provincial de la Orden carmelitana en Castilla la Vieja, se dedicó á la busca de lugar adecuado para la fundación de un convento. Al llegar á este valle, su elección quedó hecha, y aun cuando hubo discusiones y litigios respecto á la cesión del terreno, propiedad de los Duques de Alba, lo cierto es que la diligencia de los religiosos supo vencer y sortear obstáculos con tal fortuna que, en 1599, dos años después de la primer visita del delegado de la Orden, se alzaba el convento y se inauguraba el culto, si bien en un principio, hasta



VISTA GE

y ruinas del convento de Carme

de



DEL VALLE

l Desierto de San José del Monte,

ıecas.

que el templo quedó terminado, los Oficios divinos se celebraron en una ermita, que fué el primer edificio que se construyó...

Un rumor sordo, acompasado, que al acentuarse ahogó la voz de D. Julián, trajo á nuestros oídos estridencias y rechinamientos extraños. Habíamos llegado al punto en que la senda Machera —el antiguo camino de arriería destinado al servicio del convento—tocaba con el ángulo izquierdo del caserío.

Afablemente salió á recibirnos el actual propietario de la hacienda. Hechas las presentaciones de rúbrica, vine en conocimiento de que el propietario se llamaba D. Higinio Gómez, de que tenía en Salamanca fábrica de muebles y de que pasaba los veranos en las Batuecas cuidando de un taller de aserrío allí establecido. El Sr. Gómez se brindó á guiarnos, pero Polo Benito se encargó de dirigir el paseo, y el fabricante quedóse conferenciando con D. Julián y con los hermanos de éste Lino y Toribio Mancebo, que habían bajado de La Alberca para atendernos y saludarnos.

Rápidamente pasamos ante las ruinosas paredes de la fachada anterior del recinto conventual. Sin esfuerzo levantamos el picaporte de una carcomida puertecilla abierta en el centro de la fachada. Dimos en un zaguanete obstruído por brozas y por cascote. El techo de aquella estancia conservaba en la bóveda restos de un curioso artesonado de corcho. Avanzamos, y salimos á un patinejo, donde malezas y vides silvestres recubrían dos tocones enormes. Al mirarlos, experimenté una sensación indefinible: la sensación de que el convento acudía á implorar la caridad mostrándonos los muñones de sus brazos bárbaramente amputados.

Desembocamos en un hermoso patio rectangular, hoy convertido en huerta y sembrado de patatas por el colono.

Frente á nosotros se alzaba la fachada principal del templo, mirando á Oriente, á la cuna de la luz. Bañado por el sol resplandecía aquel muro liso, formado por bloques toscamente labrados, por bloques que despedían cegadores reflejos cuando los rayos lumínicos herían las cristalizaciones de los cuarzos y de la mica que veteaban la piedra.

La portería que acabábamos de atravesar estaba enlazada á izquierda y derecha con la línea de edificaciones que cerraban por la parte anterior el rectángulo. Las construcciones de la izquierda en aquella línea —ocupadas hoy por la carpintería y por las habitaciones del propietario— fueron en otro tiempo ropería, hospedería y comedor de la hospedería; las de la derecha, casi completamente derrumbadas, habían sido capillas dedicadas á la Natividad de Nuestra Señora y á Santa María Magdalena.

Á uno y otro lado del patio-huerta veíanse paredes desmanteladas y jardines frondosos.

Pero nuestra atención la atrajo y la cautivó por entero el templo, y al templo nos dirigimos. Al detenernos ante la puerta, al mirar al arco ojival de la entrada, adornado por una hornacina y rematado por la airosa espadaña que mostraba sus huecos desprovistos de campanas, nos sorprendió ver cerca del muro montones de sillares de piedra que conservaban labores de artística traza. Parecían los despojos de un monumento desmontado. Así era. Aquellos sillares, esculpidos por un cincel que quiso unir las tradiciones de la escultura de los siglos medios con los floridos adornos del gusto plateresco, habían constituído la fuente llamada de Santa Teresa. Un «Colegial sacerdote», autor de un interesante estudio acerca del convento de las Batuecas, describió, en el año 1749, esa fuente.

He aquí la descripción, recogida y conservada por el erudito investigador D. Jacinto Vázquez de Parga:

«Se compone la fuente de un gran pilón circular de piedra, en cuyo centro se levanta una gruesa pilastra que tiene cuatro águilas, las cuales, desplegando las alas, sostienen á cuatro serafines que rodean un artillado castillo, sobre el cual está la imagen de Santa Teresa de Jesús; ésta tiene á sus pies unas hidras enroscadas y cuatro querubines que inclinan unas cornucopias, en ademán de que se mire en ellas la Santa. Entre las hidras y los querubines, como asomándose para ver, salen cuatro cabecitas de unas figurillas de niños, que, como todas, incluso los cañones del castillo, arrojan abundante agua en primorosos y variados juegos.»

Según averiguamos, la fuente de Santa Teresa, considerada como un estorbo, fué desmontada por el colono con objeto de aprovechar aquel pedazo de terreno para el cultivo de patatas. Tasando por alto, calculo que la utilidad obtenida con la destrucción del monumento podrá ascender á una peseta al año. Así, cuando hayan transcurrido veinte ó treinta siglos,

suponiendo que el terreno continúe rindiendo cosecha máxima, se habrá logrado una cantidad inferior aún á la del valor de la fuente. Los hombres «prácticos» á todo trance, los espíritus «aprovechados», deben hacer de aquellas piedras una estatua representativa de su desprecio hacia el arte y de su admiración hacia el ingenio que con tanta sagacidad realiza operaciones asombrosamente lucrativas.

Al poner el pie en el umbral de lo que fué iglesia, un sentimiento de respeto hizo que nos descubriéramos; saludábamos todo un ayer de Religión, saludábamos unos despojos venerables, saludábamos la trágica majestad de un hogar roto y de un nido destrozado: de un hogar de la conciencia, de un nido de almas, de un refugio donde la piedad tejió escala de plegarias entre la tierra y el Cielo.

El que desde la niñez haya visto la Cruz á la cabecera de su lecho, el que haya guardado en el corazón las dulces enseñanzas recibidas de los maternos labios, el que aun conserve, por pequeño que sea, un resto de Fe, no puede contemplar impasible el hundimiento de un santuario, no puede menos de sentir angustia ante el ara que se derrumba, ante el altar desierto....

Por los agujereados muros asoma el ramaje de los árboles, la techumbre desapareció completamente, el piso es un erial tapizado por hierbas silvestres, en las grietas de los paredones han arraigado plantas parasitarias que ayudan á la obra demoledora, del altar mayor sólo subsiste un montón informe de mampostería; por allí ha pasado la brutalidad humana, la devastación del incendio y la inconsciencia de los animales. Allí hociqueó el ganado, crepitó la llama y se ensañaron los hombres, no sólo arrancando retablos, lienzos y esculturas, sino también arrebatando azulejerías y vidrieras, puertas y herrajes, y saciando su codicia en cuanto estuvo á su alcance. Las lluvias con su piqueta socavadora, y los huracanes con su ariete formidable, van consumando año tras año la ruina. Acaso muy pronto aquel lugar sirva para aumento de la cosecha de patatas.

Difícilmente, ayudándonos á ello el examen de los vestigios borrosos y escasos y las explicaciones del anónimo «Colegial sacerdote», pudimos reconstituir con la imaginación lo que la iglesia fué.

Allí hubo crucero, y á uno y otro lado del altar mayor existieron altares; allí, en la nave de la izquierda, se alzaron capillas, y en la de la derecha estuvieron la sacristía y otros departamentos en comunicación con el templo. Sobre la nave correspondiente á la fachada Norte, la biblioteca conventual halló instalación, y sobre la nave opuesta, orientada al Mediodía, tuvieron acomodo la enfermería y unas cuantas celdas destinadas á los religiosos valetudinarios. Al pie del altar mayor una gran brecha se abría en el sitio de la puerta que dió entrada á la capilla-cementerio de los Carmelitas.

Largo rato empleé en buscar una Cruz en aquellos estropeadísimos muros. Por mucho empeño que se ponga en hacerla desaparecer, la Cruz subsiste allí donde se le tributó culto. La Mezquita-Aljama de Córdoba se edificó sobre los restos de un templo cristiano, y, naturalmente, los alarifes de Abderramán cuidaron escrupulosamente de que, al emplearse los materiales de la construcción primitiva, no subsistiese huella del signo Redentor. Pues bien: al cabo de los siglos, en el pedestal de una pila de mármol que se halló empotrada junto á una de las puertas, apareció esculpida una cruz. También queda un emblema de Cristo en la iglesia de las Batuecas. Alta, muy alta, tras el muro de Levante, como florón de un roto escudo de la Orden del Carmelo, logré divisar una crucecita.....

Silenciosamente, poniendo en fuga á lagartos, sabandijas y pajarillos, salimos por un boquete del muro de Occidente. Montones de escombros nos señalaron los parajes donde antaño se erguían las dependencias conventuales: refectorio de la Comunidad, cocina y refectorio de los mozos de labor y de los criados del convento.

Y al lado de los escombros de aquellas dependencias, un techo hundido y unas claudicantes paredes eran todo lo que restaba del taller más importante que allí existió: el de fabricación de utensilios de corcho. Conviene advertir que los religiosos de los Yermos Carmelitas no podían usar objeto alguno que no fuese de corcho. De corcho eran los platos, los jarros y las

cucharas; de corcho los retablos y las molduras de la iglesia; de corcho la sillería coral y los atriles, y, excepción hecha de los cálices y de la custodia, cuanto en el templo y en las celdas prestaba servicio era de corcho. La práctica en la fabricación hizo maestros, y los maestros produjeron verdaderos primores de ingenio y de paciencia.

Detrás de la iglesia, á Poniente, cegadas, obstruídas por tierra y cascote, consérvanse las bodegas donde se guardaban el aceite y el vinagre de la cosecha y el vino destinado á la Consagración, único que se consumía en el convento.

Hacia el ángulo Sudeste, más ruinas; un rodezno, una presa, un pozuelo y unos fragmentos de empiedro, hablaban elocuentemente de la aceña, de la almazara y del lagar.

Otras ruinas rememoraban los alfolíes que encerraron el trigo y las legumbres secas, base de la alimentación de la Comunidad.



Antiguo puentecillo sobre un afluente del Batuecas.

Hacia el ángulo Noroeste, más ruinas: las de un lavadero espléndidamente abastecido de agua, las de la tahona con el horno para cocer el pan, y las de cerería, en que se trabajaba la cera procedente del colmenar.

Y allí cerca, convertidas en vivienda del colono y en establos, se mantienen de pie las que fueron habitaciones para mozos y sirvientes, cuadras para el ganado de la arriería, tinado para las yuntas, corral, vaquería y gallinero.

Hiedras, culantrillos y jaramagos han tendido un manto de piedad sobre los escombros. No obstante, es imposible sustraerse á la tristeza en presencia de aquella devastación. El Cisne de Mantua, el dulcísimo Virgilio, habló con soberana inspiración de que todo llora en el mundo. Sí, los bloques desprendidos del templo, el altar profanado, los montones de piedra de las celdas desplomadas, las aguas cayendo en el caz de la aceña, rimaban el poema del llanto: *sunt lacrimæ rerum.*

Paralelamente á los muros laterales del templo, mostraba el suelo restos de calles finamente empedradas. Aquellas avenidas, al aire libre y sin cubierta alguna, llamábanse claustros. Y, al lado, otras sendas angostas, flanqueadas por árboles y por arbustos variados, daban entrada á veinte celdas.

Uno tras otro visitamos los solares de los veinte albergues. Aun cuando al construírlos no se escatimó la piedra, todos están destechados, todos se encuentran en condiciones de inhabitabilidad.

Cada celda permitía tasadamente el acomodo de una mesa, de una imagen, de una estantería de corcho y del lecho, que consistía en una tarima con tres tablas, tres mantas y, como almohada, un tronco de encina, forrado de bayeta. Y cada celda tenía ventana y puerta á su correspondiente jardincito, bien dotado de agua para el riego.



Puente sobre el Batuecas á la entrada del convento.

Los religiosos labraban su pedazo de tierra y cifraban empeño especial en obtener flores para engalanar los altares.

Al recorrer los jardines de las celdas—algunas de las cuales están llenas de plantas silvestres—y al pasear por las afueras del templo, más de cuatro y más de seis veces quedéme maravillado ante los tesoros floridos que desplegaban sus magnificencias.

Allá en mis primeros años juveniles, en cumplimiento de un deber escolar, asistí á las lecciones de uno de los más sabios botánicos europeos: del insigne D. Mariano del Amo y Mora. Ampliación de aquellas lecciones inolvidables fueron las enseñanzas prácticas que debí al benemérito Dr. D. Florentino López Jordán.

Hago estas advertencias, no por vana presunción y sí para justificar que mis observaciones acerca de la flora de las Batuecas no responden á la fantasía ni al capricho, sino que son reminiscencias de estudios realizados con detenimiento, recuerdos de lo que apren-

dí de labios de insignes maestros, en el Jardín botánico, en los cármenes y en las sierras de Granada.

Es bello, pero no raro, tropezar, al pie de montes que visten manto de nieves, con ejemplares de azucenas y de anémonas, de claveles y de peonías, de lilas y de convalarias, de jazmines y de prímulas.

Ya es algo más raro hallar reunidos en ese mismo recinto bojes y retamas de olor, laureles y lauréolas, boneteros y arrayanes, plátanos y endrinos.

Pero lo extraño, lo delicadamente bello, lo que revela un esfuerzo paciente y perseverante de floricultor que trabaja en la adaptación de especies exóticas, para rendir con ellas tributo á Dios, es ver en un palmo de terreno lo que yo vi en los jardincitos de las celdas del Mediodía.

Indudablemente fueron artistas los que allí consiguieron agrupar, formando mosaico: la rosa-clavel de Siria, que es como soberbia amapola roja con penacho blanco; la rosa india de te, toda blanca con penacho de color rojo fuerte, y la rosa flamenca, que luce en cada pétalo una franja de nácar, otra sonrosada y otra de coral encendido. De aquellos jardines saldrían poemas insuperables, sinfonías de matices, prodigios de color y de fragancia.

De la Palestina, del Monte Carmelo, de las orillas del Jordán, hasta del Japón y de la Indochina llegaron—llevadas por carmelitas—plantas para el convento de las Batuecas. Y así hubo vides de Engadi; y así aun hay un ciclamor ó árbol de Judea que derrama cerca de la iglesia una lluvia de flores bermejas; y así aun tiemblan al borde de una acequia los gladiolos: esos organismos vegetales de misterioso encanto, que fingen llamas en la plenitud del día y que van obscureciéndose al caer la tarde, hasta desmayar tristemente cual si vistiesen luto, cuando muere el sol.

Y en la huerta, y en los jardines, y en los paseos, y en las glorietas, y en torno del estanque y de los arroyos del antiguo cenobio, los tejos y los castaños de Indias, los enebros y los alcornoques y los alerces alternaban con frutales muy diversos. Sólo perdura una sombra de lo que allí se alzó pujante. Quedan, casi sólo en el nombre, la calle de los Castaños, el paseo de los Cipreses, el camino de los Cedros, la avenida de los Nogales, la puerta de los Tejos... Quedan algunas muestras de esos árboles que son el tipo medio entre el alcornoque y la encina: los mestos. Poco, muy poco queda, pero es lo bastante para adivinar la ceguera y la rapacidad de los que por allí han pasado. Un solo detalle he de citar como prueba: los olivos en la actualidad pueden contarse sin llegar á las centenas; en 1749 — según testimonio del «Colegial sacerdote» — llegaban á ocho mil.

César y Gombau contemplaban con asombro las caceras ó canalillos destinados á la conducción de aguas para el riego de los jardines. Los canalillos, que forman un acueducto de muchos centenares de metros, se hicieron ahuecando á cincel bloques rectangulares de piedra. No ha sido posible romperlos, pero sí se ha logrado desunirlos y diseminarlos, de suerte que ya puede vaticinarse su total pérdida para plazo próximo.

Alfredo Mancebo, desde una altura, tendía la mirada por el valle. Al reunirse con nosotros exclamó:

—Apuesto algo bueno á que el terreno cultivado en la actualidad no pasa de la vigésimosexta ó vigésimoquinta parte de la extensión de la comarca batuecana.

—Ten por seguro que aciertas—afirmó Polo Benito, y añadió á continuación:—Si quieren ustedes que demos una ojeada á las ermitas exteriores, hay que apresurar el paso: el tiempo vuela.

Efectivamente, el sol estaba ya en la segunda mitad de su jornada.

Antes de abandonar los jardines para salir al monte, nos detuvimos á examinar los fragmentos de las llamadas Basílicas. Éstas consistían en cuatro hornacinas levantadas frente á los ángulos exteriores de la iglesia. Las hornacinas estaban revestidas interiormente de lindas cristalizaciones de cuarzos y tenían frontales de azulejos, en los cuales leíanse quintillas en loor de los santos titulares de las Basílicas. Desaparecieron las enredaderas que enguirnaldaban las capillitas; los azulejos fueron arrebatados, de los cuarzos cristalinos subsistirá una docena y de las imágenes no hay noticia.

Las ermitas—que recuerdan á las del Desierto de Belén en las cumbres de la sierra de Córdoba—eran diez y seis, y se hallaban pintorescamente colocadas al borde de barrancos,

en la altura de un peñascal, en lo más fragoso de una quebradura del monte, y siempre en lugar donde la soledad y el silencio invitaban á la meditación.

Cada ermita constaba de un zaguán reducidísimo que servía de entrada á tres habitaciones muy estrechas: el oratorio, el retiro para los ejercicios espirituales y el dormitorio. El lecho era igual al de las celdas conventuales, y, como en ellas, los adornos consistían en una calavera, en disciplinas y en cilicios. Los ermitaños no tenían jardín particular, y era tal el aislamiento en que se envolvían, que, en ocasiones, pasaron muchos meses sin pronunciar palabra. Se sustentaban con frutas secas y con legumbres, y de unas y de otras tenían repuesto en un sotanillo dependiente de la ermita.

Al lado de cada albergue, señalando al cielo, como un símbolo de aspiración hacia lo ideal, un ciprés se erguía cual la aguja de un templo gótico. Aun se yerguen muchos de aquellos cipreses; los albergues cenobíticos yacen por tierra, cual si al cesar su misión hubiese cesado su vida.

La ermita colocada bajo la advocación de San Francisco de Asís—el divino poeta que tuvo amor fraternal para las golondrinas y para las fieras, y que saludaba al sol, al agua y á las flores con el título de «hermanos»,—se distinguió por su mayor pobreza y es la que en parte se conserva. Para labrarla hubo que ensanchar una gruta de piedra, y se le dió por puerta una peña. Á menos que empleen explosivos para hacerla saltar, esa gruta continuará abierta en la escabrosa vertiente del monte del Castillo, como testimonio de la dureza del vivir de los anacoretas, como demostración de que á través de los siglos hubo nobles imitadores del místico Patriarca, que para predicar la humildad paseaba en silencio por las ciudades, mostrando los pies descalzos y el cuerpo cubierto con burdo sayal.

Pero la ermita más célebre de las Batuecas fué la que ocupó hasta su muerte el último de los ermitaños de aquel desierto: un religioso conocido generalmente por el nombre de Padre Cadete.

Siguiendo la calle de los Cedros, no lejos de la segunda cerca y próximo á la orilla de uno de los riachuelos tributarios del Batuecas, hay un lienzo de pared, un montículo de raíces, varios vástagos que surgen de los restos de un árbol derribado, y algunos escombros...

—Ahí vegetó un enorme alcornoque con un hombre dentro—dijo Gombau.

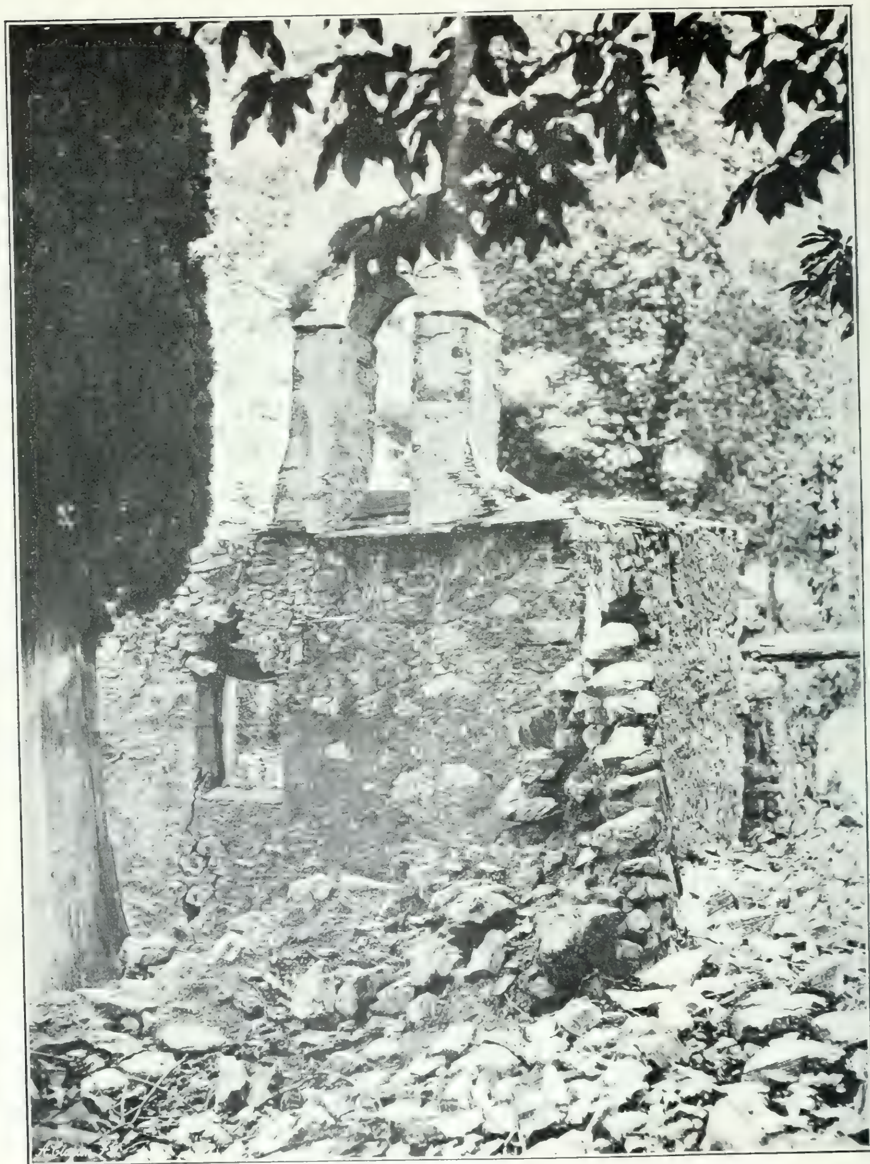
—Lo mismo, sólo que todo lo contrario, vemos diariamente en el mundo—observó César.

—Aquí—manifestó Polo Benito—se alzaba un alcornoque colosal, de ancha copa y de tronco tan grueso que medía más de treinta pies de circunferencia. La carcoma ahuecó el árbol, y los religiosos, dilatando la oquedad, labraron una ermita en la cual colocaron un altar y un Crucifijo. Ante el tronco levantaron un portalillo coronado por una cruz, y aquello se convirtió en templo donde se celebró el sacrificio de la Misa, y en vivienda de un anacoreta. Sobre la abertura del tronco una calavera enclavada mostraba esta inscripción elocuentísima, en la cual parece que alienta el espíritu de Tomás de Kempis: *Morituro satis*, ó sea: *Para el que ha de morir, basta.*

—Y en la puerta de entrada—añadió Alfredo Mancebo—se leía, manuscrita, la siguiente décima, que mi padre copió:

«Quien piensa en la muerte atento,
Fácilmente menosprecia
Palacios, que el mundo aprecia
¡Con tan vano lucimiento!
En este humilde aposento
Se siente de Dios el toque,
Pues no hay cosa que provoque
Á más útil desengaño,
Como ver á un ermitaño
Que vive en un alcornoque.»

—Ahora—habló Polo,—allá va, en resumen, lo que se conoce acerca de la vida del Padre Cadete. Mis noticias proceden del Sr. Vázquez de Parga. Don José María de Acevedo y Pola,



Restos de la ermita y celda del P. Acevedo
(conocido vulgarmente por «Padre Cadete»).



La fuente de las Conferencias.

(Estado actual.)

capitán de Guardias españoles, hidalgo y arrogante mozo de veintidós años de edad, presentóse en la portería de este convento solicitando hablar con el Prior. Según parece, al ser recibido, el Capitán pidió con encarecimiento, como especial y señalada merced, su admisión en el cenobio. El Prior, sacerdote de buen consejo y de mucha experiencia, procuró disuadir de su deseo al aspirante á novicio, representándole que, en el principio de la vida, las contrariedades nublan momentáneamente la serenidad de la razón y hacen que se tome por eterno é irreparable cualquier quebranto pequeño y pasajero. Pero tanto ahincó el capitán Acevedo, que el Prior accedió á su demanda. Y allá hacia el final del segundo tercio del siglo décimoctavo, ingresó como novicio el que, desde su entrada en la Comunidad, hasta el postrer día de su vivir, fué espejo de virtud, vaso de elección, dechado de piedad y de cristianas perfecciones. Como un favor logró, andando el tiempo, que se le concediese por albergue el hueco del alcornoque. Allí se enterró en la flor de su existencia el P. Acevedo, al cual dieron el sobrenombre de P. Cadete, por haberlo sido al estudiar la carrera de las armas. Seis años pasó en su ermita sin ver rostro humano: fueron aquéllos los años de la guerra de la Independencia, y mientras sus hermanos en Religión se ausentaron de las Batuecas, el P. Acevedo quedóse solo velando por el culto, arrostrando privaciones y abstinencias, alimentándose de frutas secas y ejerciendo el cargo de custodio del santuario. Luego, al reinstalarse la Comunidad, permaneció más de veinte años en la ermita del alcornoque, y falleció en olor de santidad cuando ya, tras los relámpagos de las tormentas políticas, retumbaba en este valle el trueno anunciador de la expulsión de las Comunidades religiosas...

Polo Benito, después de soltar de un tirón la historia del anacoreta, nos miró con detenimiento y dijo:

—Si no son ustedes perezosos y se atreven á seguir mi paso, podemos ver algunos rincones que les agradarán.

La respuesta fué ponernos en marcha. Á los cinco minutos, nuestro guía nos había sacado sesenta ó setenta metros de ventaja. El «paso» de Polo Benito hubiera hecho palidecer de envidia al mensajero de Maratón. Aumentamos nuestra velocidad, y hubo momentos en que, cual si contásemos con las alas pedestres de Hermes, no corrimos, volamos.

De aquella caminata á campo traviesa, por senderos de perdices, subiendo, bajando, saltando cauces y barrancos, conservo tres recuerdos: el de un puentecillo de tosca piedra bellísimamente tapizado por hiedras y musgos; el de una sonora cascada que salta desde lo más encumbrado de la sierra, á la izquierda de la ermita de San Antonio, y se estrella contra la peña viva y salpica de espuma á los árboles y va á caer en el río; y, en fin, el tercer recuerdo es el de la fuente del Silencio, que corre en una meseta del monte Carmelo, entre cipreses. Llamóse fuente del Silencio porque tuvo como adornos una cruz y una calavera, que convidaban al recogimiento.

Tulipanes, lirios, purpúreos «dedales de la Virgen», rojo-azules «zapatitos de Jesús», crecían entre esas plantas montesinas que dan aromas penetrantes en los cálices de zafiro del romero, en los morados pináculos de los cantuesos y en las rosetas verde-pálidas del orégano.

La voz potente de D. Julián nos hizo apresurar la carrera y acudir á su llamada imperativa.

Verdaderamente, no hay derecho para demorar el almuerzo hasta las tres y pico de la tarde.

Don Julián había pensado en que no sólo de admiraciones viven los excursionistas, y D. Julián—que es un cocinero de primer orden—nos tenía aderezado un yantar suculento en una mesa instalada junto al puente, á la orilla del agua, bajo los castaños, cerca del antiguo refectorio de la hospedería conventual. Con tablones traídos del inmediato taller de aserrío, con troncos y peñas, blancos manteles y flores silvestres, había arreglado la mesa dándole aspecto agradabilísimo.

Durante media hora, salvo para celebrar el talento del cocinero, nadie pronunció palabra. Huevos, paella, pollo, conejo, todo fué pasando de los platos á los estómagos. Toribio Mancebo nos regaló con exquisito jamón de un jabato cazado á colmillo por sus perros. Hubo para postre deliciosas peras y perfumadas ciruelas, recién cogidas de la huerta de las Batuecas por su dueño; y el vino puesto á refrescar en el río, y el café humeante, y la copa de licor y el cigarro nos repusieron del cansancio determinado por la carrera de obstáculos á que nos forzó el afán de seguir el «paso» de Polo.

Al tomar el último sorbo de café, Polo Benito se levantó de la mesa, y, á manera de brindis, dijo:

—Propongo que la hora de que aun podemos disponer se emplee con toda libertad y con absoluta independencia en lo que cada cual estime conveniente. Duerma la siesta el que guste, descanse el que lo necesite, pasee el que quiera...

En votación nominal quedó aprobada la propuesta.

César echó monte arriba, Gombau desapareció con su máquina, Alfredo siguió la corriente del río, Polo se dirigió hacia las capillas de la Natividad y de la Magdalena, D. Julián, secundado por Cencio y por Perico, se encargó de tenerlo todo dispuesto para el regreso, y yo, con esa melancolía que he sentido desde niño al acercarse el instante de alejarme de un lugar que cautivó mi afecto, opté por visitar segunda vez el templo.

En la suavidad de la tarde era más dulce, menos violenta la impresión que produjeron en mi ánimo las ruinas. Los muros, que, bañados por el sol del Mediodía, semejaban gritos de alma destrozada, parecían, al aproximarse el véspero, blandas quejas, amorosas lamentaciones.

Tomé asiento en un sillar desprendido cerca del presbiterio, y entorné los ojos.

Al abrirlos experimenté un deslumbramiento. El templo resplandecía con los fulgores de muchos cirios chisporroteantes. Sonaba el órgano, dejando escapar torrentes de notas solemnes; volteaban locamente las campanas, y, por la senda central—la Vía Sacra—del gran patio-jardín, avanzaba con suprema majestad la imagen de Nuestra Señora del Carmen, conducida procesionalmente en andas. Ante las andas, formando doble fila, se acercaban los franciscanos de San Martín del Castañar, con sus obscuros sayales, los dominicos de la Peña de Francia, con blanca túnica y negra capa, y, finalmente, los carmelitas, envueltos en la albura de sus mantos. De todos los conventos próximos había diputaciones, llegadas para honrar á la Señora del Carmelo en el día de su fiesta. Compacta muchedumbre se agolpaba cerrando el cortejo, y lanzaba vivas clamorosos, frases reveladoras de amor hacia la Santa Virgen. Macetones de albahacas y de miramelindos rodeaban los altares; ramilletes de petunias, haces de varitas de nardos, esparcían su fragancia en el altar mayor, donde, ante el retablo de San José, quedó depositada en un trono la imagen de la Reina del Cielo.

Las capillas eran jardines, y entre la lozanía de las flores alzábanse los trasuntos de San Alberto, de San Andrés y de San Alejo.

Cerca de la puerta principal, un grupo de jurdanos, embelesado en la contemplación de los surtidores y de los caprichosos juegos de agua de la fuente de Santa Teresa, alababa la limosna recibida de los carmelitas, de sus constantes bienhechores. Todos los pobres habían participado de la comida de la Comunidad: potaje de garbanzos, bacalao guisado con pimientos, fruta y pan tierno.

Buen golpe de serranos, gente de La Alberca, de Mogarraz y de las huertas del Lera, se dirigía á la capilla-cementerio, en la cual hallábanse expuestos los cuerpos de San Celso y de Santa Benedicta, al pie de una hermosa escultura del Mártir del Gólgota.

Los de Sequeros se arremolinaban á la entrada del Relicario, para adorar una espina de la Corona de Cristo y para orar ante los restos de la milagrosa doncella sequerense Juana Hernández, que en vida tuvo el don divino de la profecía y que después de muerta favoreció á los fieles con singular protección. Aquella jovencita anunció con muchos años de anticipación que en el valle de las Batuecas se erigiría un convento carmelitano.

La paz de Dios, la bendición celeste cayó sobre los devotos, que se arrodillaron cuando el Prior, elevando la custodia, trazó en el aire la señal de la cruz. Nubes de incienso azulearon velando el tabernáculo, y el canto de los religiosos y las armonías del órgano y el regocijado volteo de las campanas formaban un himno gigantesco: la oración que el valle elevaba á su Creador.

Después de recibida la bendición, los asistentes vagaron por los vergeles que circundaban al templo, departieron con los religiosos, y, al cabo, se fueron alejando para tornar á sus hogares.

El suelo estaba alfombrado por junquillos, mastranzos, resedas y otras plantas.

Antes de levantarme, cogí dos flores de las que tapizaban el pavimento.
Al ponerme de pie, la mano de un taumaturgo operó una mutación en la escena.

En el interior como en el exterior del templo reinaba silencio fúnebre. Dijérase que habían caído muchos años sobre aquella mansión. Las arañas tejían finísimas telas en los rincones; los muros hallábanse surcados por las arrugas de la vetustez, por las grietas; el polvo mancillaba altares é imágenes, y, en el fondo de la nave, sólo una lamparilla ardía ante el sagrario: una lamparilla que, con su trémula luz, engendraba una danza de sombras.

Crujió levemente la puerta de la sacristía y un religioso penetró en la iglesia.

El roce de sus sandalias se confundía con el tenue rumor de las hojas de los árboles: rumor blando que se entraba por las agujereadas vidrieras.

Devotamente tomó agua bendita, santiguóse, y, arrodillado, permaneció largo rato en oración. Después, al erguirse y al aproximarse para añadir óleo á la lámpara del santuario, pude verlo á mi sabor. Era un anciano más que octogenario: luenga barba de plata le caía sobre el pecho, nívea cabellera daba aureola á su frente, que tenía tonos de marfil antiguo; las manos esqueléticas habían adquirido transparencia sobrenatural, y el rostro, momificado, sólo ostentaba un rescoldo de vida en las cavernas de los ojos. Encorvado, vacilante, llegó el anciano al centro de la nave y abrió los brazos, cual si pretendiera estrechar contra el pecho al vetusto templo.

Luego, habló; habló con entonación profética, y sus palabras eran trenos entrecortados por sollozos, deprecaciones doloridas, postreros latidos de un alma que, al emprender el vuelo, ve avanzar en la tierra la ola negra del exterminio...

Aquel venerable religioso, que se alzaba en la soledad consagrando á Dios y al culto hasta el soplo final de su existencia, era el venerable P. Acevedo.

No sé si de sus labios llegaron á mi corazón palabras que se hicieron estrofas, ó si mi corazón llevó á los labios del cenobita las expresiones rítmicas de su amargura. Sólo sé que el octogenario carmelitano hablaba, y que sus frases se iban grabando en mi memoria.

Y así dijo el P. Acevedo, con la pausa y con el acento del que pronuncia un responso:

«Árbol plantado por divino anhelo,
Santa casa de Dios, dulce jardín,
Trasunto humilde del glorioso cielo,
Refugio de oración y de consuelo...
¡Ya llega vuestro fin!

Aquí la Caridad, del alma esencia,
Abrió calladamente su raudal;
Aquí encontró socorro la indigencia...
Hoy la impiedad que nubla la conciencia
Enturbia el manantial.

Fueron santos y puros los amores
Que albergó entre sus muros este Edén;
Fueron para la Virgen nuestras flores,
Y, apartados de envidias y rencores,
Vivimos para el Bien.

Chocan los hombres en sañuda guerra
Sin ver del Cielo la fulgente luz,
Codicia y vanidad su pecho encierra.
Ya que al Cielo no alcanzan, de la tierra
Quieren borrar la Cruz.

¿Qué daño les hicimos?... Nuestra mano
Abierta estuvo siempre para dar;
Aquí alentó el espíritu cristiano
Con el noble cariño del hermano
Dispuesto á consolar.

¿Qué daño les hicimos?... Con fiereza
Nos quitan nuestro hogar, nuestra mansión
Donde anidó la paz con la pobreza,
Donde por el que ciego nunca reza
Voló nuestra oración.

Caerá esta casa, nuestro templo augusto
Otros hombres sin ley profanarán;
Al llegar el imperio de lo injusto,
No lloro por mi templo ya vetusto,
¡Lloro... por las virtudes que se van!

Al rugir la borrasca embravecida,
Cuando el fanal del faro no se ve,
Se aleja la Esperanza bendecida;
¡Pero en la mar, lo mismo que en la vida,
Presta vigor la Fe!

Cuando arranquen la Cruz de este Desierto,
Cuando la Fe se ausente con la Cruz,
Cuando todo de escombro esté cubierto,
Flotará por encima del Mar Muerto
Jesucristo..., ¡la luz!
. . . .
Santa casa de Dios, ya tu fin llega
Por obra de insensata voluntad.
Para el alma cobarde, sorda y ciega
Que, allanando tu hogar, de Ti reniega,
¡Piedad, Señor! ¡Piedad!»

Levemente volvió á rechinar la puerta de la sacristía, y el religioso, encorvado, vacilante, después de arrodillarse y de tomar agua bendita, desapareció.

La lámpara que ardía ante el sagrario fué adquiriendo luz potente, tan potente, que hirió mis ojos y me produjo violento sobresalto.

El sol, al despedirse de la tierra lanzó un haz de flechas brilladoras por la brecha de Poniente, envolvió en lluvia de oro las ruinas del templo, y rompió el encanto de mi ensueño.

Al erguir la cabeza, la espadaña vacía, teñida en sangre por los reflejos crepusculares, me causó la impresión de algo mortalmente triste, de algo que quise expresar en los siguientes renglones:

Espadaña del valle de las Batuecas,
Al mirarte tan triste siento tristeza...
¡Pobre espadaña,
Que cual desierto nido sufres y callas!

En silencio pereces y te derrumbas,
La lengua te arrancaron y hoy estás muda.
¡Ya no te quejas,
Espadaña del valle de las Batuecas!

Yo sé que entre tus brazos, en tu recinto,
Avecillas de bronce tuvieron nido.
Eran alondras
Que hasta el cielo llevaban dulces estrofas.

Se alegraban los campos si tus campanas
Repicaban vibrantes cantando el alba.
Y eran en fiestas
Un latido del valle de las Batuecas.

Avivando memorias, cual voz del Cielo,
Simiente bendecida dabas al viento.
Y, al escucharte,
Cosecha de oraciones brindaba el valle.

En ti vibró el anhelo del ermitaño,
Tu voz se unió á sus rezos y á sus trabajos,
Y fué lamento
Cuando pausada y grave lloró á los muertos.

Espadaña del valle de las Batuecas,
Ya ni elevas canciones ni exhalas quejas;
Sé que lloraste
Despidiendo á tu Santa Virgen del Carmen.

Al irse la Patrona pura y bendita,
Antes que tus campanas se fué tu vida.
Se hundió el convento,
Y desde entonces guardas hondo silencio.

Te arrancaron la lengua, pobre espadaña,
Y eres símbolo triste sin tus campanas.
Callada y sola,
Aun mueves á emociones hondas, muy hondas.

¡Y aun le dices al alma cosas muy tiernas...,
Espadaña del valle de las Batuecas!

Al terminar de escribir, sobre las cuartillas en que anteriormente tracé algunas notas, encontré dos flores de humildad: una pasionaria y una siempreviva.

Respetuosamente deposité sobre las ruinas del altar mayor la rosa del sufrimiento y la florecita del recuerdo.

Y así concluyó mi ensueño de una tarde de verano.

Saludamos al propietario de la hacienda, y le manifestamos nuestra gratitud por sus atenciones. Polo Benito, al propio tiempo que guardaba en las alforjas un paquete muy abultado, extremó las frases de reconocimiento hacia D. Higinio.

Arrancaron las caballerías á buen paso; por orden de D. Julián, torcimos á la izquierda, y, desviándonos de la senda abierta en el bosque, fuimos á hacer alto en el repecho de una ladera, al pie de un *potuero* rodeado de verdes cañas de maíz.

Echamos pie á tierra; Alfredo exhaló un gemido. Al apearse cayó sobre unas peñas que formaban rústica fuentecilla. Por fortuna, como Alfredo es hombre de peso, las peñas tropezaron en blando y no hubo que lamentar fractura.

—Ahora —dijo D. Julián,—cambiemos impresiones. En lo que á mí toca, confesaré que no

he perdido la tarde. He charlado extensamente con el dueño de la hacienda de las Batuecas, y le he demostrado que, desde que salió esa posesión de mano de los frailes, va perdiendo rápidamente en valor, no tanto por la acción del tiempo, cuanto por el abandono en que la han tenido. Claro es que un fabricante de muebles, con un bosque á su disposición, busca ante todo el provecho inmediato. Pero hay que mirar más allá y hay que pensar en que las plantaciones de árboles son cajas de ahorros para nuestros hijos y para nuestros nietos. Yo he predicado y sigo predicando con el ejemplo. En suma, D. Higinio me ha declarado que dentro de este mismo año comenzará la repoblación forestal de su finca, y, si así es, no acabará este paraíso siendo un erial.



El erudito jurdanófilo albercano D. Julián Mancebo.

—Pues yo —exclamó Alfredo,— como sé que se fantasea mucho y como me gusta convencerme por mis propios ojos, he pasado un buen rato sin moverme de la orilla del río. Al cabo me he cerciorado de la exactitud de lo que se cuenta respecto á la abundancia de caza y de pesca en este valle. He visto bandadas de truchitas y de otros peces, he encontrado un abrevadero de jabalíes, y he oído contar á un campesino que esta mañana, desde la huerta, divisó bebiendo en el río seis ú ocho ciervos.

—Yo no puedo «revelar» mis impresiones hasta que llegue á Salamanca —declaró Gombau. — Sólo he de declarar que mientras no volvamos á La Alberca, donde aun me queda repuesto, soy hombre perdido: no tengo placas.

César—que hace compatibles el ejercicio de la judicatura, el deporte de la caza y el culto á las letras—se expresó en estos ó parecidos términos:

—Allá, en la mitad del monte, he encontrado una umbría amenísima; árboles y enredaderas sirven de toldo á una plazoleta en la cual existen asientos de piedra. El rumor de una fuente es el único ruido que turba el silencio de aquel paraje, al cual, en otro tiempo, solían acudir los carmelitas de las Batuecas á celebrar algunas de sus conferencias morales y religiosas. Por ello la fuente recibió el nombre de fuente de las Conferencias. Y mientras allí estuve, y al subir y al descender, he admirado muchos y bellos pájaros: abejarucos, oropéndolas y otros de vistoso plumaje ó de canto muy agradable.

—Por lo que á mí toca—habló Polo, sacando de las alforjas el paquete que antes guar-



Rincones del río Batuecas.

dara,—se me hacía difícil creer que no fuese posible descubrir seis ú ocho azulejos para que ustedes los conservasen como recuerdo de esta visita. Ya D. Higinio me advirtió que el anterior colono, cometiendo un abuso y apropiándose lo que no le pertenecía, vendió á unos extranjeros tres cargas de azulejos escogidos. «Malo ha de ser que ese colono arramblase con todo»—pensé,—y, con la autorización del dueño, exploré el terreno que ocupaban las capillas de la Sagrada Familia y de la Magdalena, y los alrededores de las Basílicas. Y allí, y en un rincón de la parte de la hospedería convertida en establo, topé con estos azulejos, que vamos á distribuirnos fraternalmente.

Así se hizo, y con sinceridad agradecimos á Polo su obsequio. Ni por la sencillez de sus adornos, ni por lo tosco de su fabricación —que corresponde á una época rudimentaria,—pueden

considerarse como joyas artísticas aquellas piezas de cerámica talaverana. Pero, para los que gustamos la satisfacción de fantasear yelmos de oro donde la realidad sólo muestra vulgares bacías barberiles, los azulejos de las Batuecas encierran un valor afectivo muy superior al efectivo.

Toribio Mancebo salió del *potuero*—corral de colmenas,—trayéndonos rubios panales rellenos de miel exquisita, de miel que encerraba, con suavidad de confite, fragancia de romeros y de jaras, néctares de toda la espléndida flora batuecana.

Y, en tanto que saboreábamos aquella dulzura, mis compañeros me pidieron cuenta de la inversión que yo había dado al rato de vagabundeo.

—Tiene usted cara de haber soñado—observó Gombau.



Rincones del río Batuecas.

—Si llevabas lápiz y cuartillas—insinuó César—no te has venido de vacío. Siete días sin estrofas son muchos días de abstinencia poética para ti.

Gombau y César habían acertado, y así se lo manifesté:

—He soñado y he escrito; pero el relato del ensueño y los renglones cortos los reservaré, con permiso de ustedes, hasta darlos en letras de molde.

Reanudamos la marcha. En Poniente, hacia la frontera portuguesa, una barra de escarlata era epitafio del sepulcro del sol. Don Julián, escudriñando el archivo riquísimo de su memoria, nos hablaba de las leyendas milagrosas recogidas en la Crónica del convento: puentes tendidos

por los ángeles, incendios apagados en el instante en que amenazaban consumir el bosque y devorar la mansión de los hijos del Carmelo, inmensos bloques de piedra desprendidos de las cumbres y que caían y pasaban sobre las ermitas sin producir daño ni ocasionar deterioro. .

Escalábamos la sierra cuando D. Julián nos advirtió que habíamos llegado al punto en que por última vez se divisaba á vista de pájaro el convento de los Carmelitas del Desierto de San José del Monte de las Batuecas. Nos volvimos á darle un adiós.

Á mis labios acudió una quintilla de Arolas:

«Era un templo, era un altar,
Donde llora el desvalido;
Yo lloré, volví á pasar,
Y era polvo consumido
Que también me hizo llorar.»

César recordó el final de uno de los mejores poemas de Antonio Grilo:

«La piedra que pongáis en el camino
Á los dolientes mártires del suelo,
Tal vez, agigantándola el Destino,
Muro se vuelva que os esconda el Cielo.»

Polo Benito se limitó á repetir la inscripción que el P. Acevedo grabó á la entrada de su nicho: *Morituro satis!*

Gombau y Alfredo guardaron silencio. Y D. Julián reanudó su sabroso relato, en tanto que las caballerías devanaban las veintiocho revueltas de la inverosímil senda que cuesta arriba había de llevarnos á la altura del Portillo de La Alberca.

Las palabras de D. Julián eran como una prolongación de mi ensueño. Y mi fantasía miraba al valle como un gran *potuero*, en el cual, ahuyentado el enjambre laborioso que fabricó, en panales de oración, mieles de piedad y de consuelo, sólo subsistía la colmena rota: el templo desierto.





Subida á la Peña de Francia.

VII

Visita al Santuario de la Peña de Francia.—La Historia cuesta arriba.—Descubrimiento de la imagen de la Virgen.—Lo que fué y lo que es el templo.—Magnificencias panorámicas.—El balcón de las tentaciones.—Sondeando el abismo.—La carrera de la muerte y el ermitaño de la Peña.—La Salve en el Santuario.

Para los albercanos, la visita al Santuario de la Peña de Francia es un acto tan natural y tan frecuente como el que realizan mis compatricios cuando van en romería á la ermita donde se conserva la imagen de la excelsa Conquistadora de Córdoba: Nuestra Señora de Linares.

Así, al llegar el momento de montar en el *Canito*, me encontré con la grata sorpresa de que nuestro reducido grupo expedicionario había recibido un refuerzo considerable. Antonio Calama—médico joven, inteligente y estudioso, que, ó mucho me engaño, ó ha de ocupar puestos más brillantes que el de titular de La Alberca—auxiliaba á Cencio y á Perico en la tarea de instalar á cuatro damas á lomos de pacíficos jumentos ó de ágiles machos serranos.

Y, á la cabeza de la columna excursionista, salieron del pueblo D.ª Paca, Elisa y Carmen Mancebo y Teresa Calama. Don Julián, según su costumbre, iba cerrando la marcha.

Como la amplitud de las sendas no permitía generalmente caminar en ala, sino en fila unipersonal, cuando de la retaguardia surgía un aviso para la vanguardia, ó cuando la vanguardia deseaba averiguar algo de la retaguardia, la pregunta primero y la respuesta después iban rodando de boca en boca durante un cuarto de hora, y, por virtud de los adornos con que el buen humor la engalanaba al pasar de labio en labio, la frase original llegaba á su destino con más floreos que un discurso de Castelar, con más arrequives y complicaciones que un retablo tallado por la exuberante fantasía de Churriguera ó de Borromino.

Desde el punto en que se deja el caserío de La Alberca, y aun antes de dejarlo, con sólo tender la mirada hacia el Oeste, se distingue la inmensa mole de la Peña de Francia, que destaca su obscuro perfil sobre el fondo de luz del cielo.

En la transparencia de la atmósfera de un sereno día estival, la Peña parece muy próxima al pueblo, tan próxima, que casi puede creérsela al alcance de la mano.

Al principio, el viajero considera inverosimil que sea necesario recorrer nada menos que legua y media para alcanzar la cumbre. Luego, sigue considerando inverosimil que el recorrido haya sido nada más que de legua y media. Bien es verdad que dos tercios de la jornada se emplean en tomar por asalto la montaña, y no son precisamente carreteras los caminos que han de seguirse cuando se trata de escalar una muralla.

La primera parte de la excursión es cómoda, pero no pintoresca. El macizo montañoso, al cerrar el horizonte, pone límites á las miradas y obliga á fijar la atención en el valle. Dejando atrás las anchurosas eras de La Alberca, y siguiendo la orilla del Lera—que riega fértiles y hermosas huertas cultivadas con esmero,—llégase á una colina suave, que constituye el primer peldaño de la escalera por la cual hay que ascender.

Á partir de aquel punto, el panorama cambia por completo. Á derecha ó á izquierda, según que la vereda tuerza en una ó en otra dirección, comienzan á surgir en la lejanía planicies ó colinas, dehesas ó castañares, abismos tenebrosos ó risueños caseríos de blancas paredes, rojizas techumbres y pardos torreones. Al mudar la naturaleza del terreno, ha mudado la vegetación. Ni árboles frutales ni plantas floridas dan sombra ó alegría al camino. De trecho en trecho, como ramaje desgajado del bosque dè piedra que empenacha la altura, se atraviesan bloques de granito, negruzcos conglomerados de cantos, masas que el rayo arrancó de la cima y que, empujadas por los torrentes invernales, se deslizan poco á poco hasta hallar la paz de la tumba en honduras solitarias. Retamas, aliagas, juncias, adelfillas y algún que otro matorral de jaras ó de brezos enanos, forman, en compañía de las amables ortigas y de los no menos amables cardos, toda la flora de aquel nudo serraniego.

Después de luchar á pleno pulmón con la dificultad de comunicaciones, logré ponerme al habla con Polo Benito y luego con D. Julián. Pero mis excelentes amigos y valiosos colaboradores, sin dejar de favorecerme con su amistad, consideraron llegado el término de su colaboración. Y fué inútil que con descompasadas voces les pidiera noticias acerca de la Peña de Francia, porque con voces también descompasadas me respondieron:

—¡Pregúntele usted al Sr. Obispo!

—¿Á qué Sr. Obispo?—insistí yo.

—¡Al de Plasencia!—gritaron á dúo mis ex colaboradores.

—Bueno—repliqué,—pero, mientras voy y vuelvo, anticípenme ustedes algo de lo que el Illmo. Sr. D. Francisco Jarrín tendrá la bondad de manifestarme.

Nueva negativa de mis compañeros y nuevos gritos míos para establecer otra comunicación oral en demanda de datos.

—Mira, Perico—le dije al avispado y servicial mestero,—¿quieres contarme todo lo que sepas respecto á la Peña de Francia?

Perico me contempló con recelo, cual si creyese que le hablaba en broma, y, al cabo, murmuró:

—La verdad..., la verdad..., yo tengo una memoria que vale poco; pero de todo esto, y de más, de muchísimo más, el Sr. Obispo sabe un «sin fin» de cosas.

—Vaya, pues estoy lucido—pensé viendo á Perico alejarse para atender á D.ª Paca.—Ya, con los datos que voy reuniendo, puedo escribir un libro.

—¿Qué quiere usted averiguar?—observó Cencio, aproximándose.

—Casi nada. Ya conozco al dedillo la historia de la Virgen de la Peña, la del Convento, y hasta más de lo que tú, con ser albercano, sabes. Únicamente me faltan algunas pequeñeces...

Y Cencio, encogiéndose de hombros y apretando el paso, exclamó:

—¡Pues es claro! La historia de la Virgen de la Peña y la del Convento la saben hasta los niños de La Alberca, cuanti más un señorito... Ahora, en lo tocante á menudencias, ese es otro cantar; pero, si algo hace falta, se le pregunta al Sr. Obispo...

Á todo esto, después de haber perdido de vista la vertiente Sur, que es un corte casi á pico en la roca descarnada, íbamos describiendo eses paralelas por la vertiente que mira á Levante. Sobre nosotros, adquiriendo relieves y contornos cada vez más acentuados, se perfilaba el colosal peñasco.

Piqué al pacienzudo *Canito*, y, en una plazoletilla que servía de cruce á dos pedregosos atajos, logré dar alcance á las amazonas.

Descontando la respuesta que casi al mismo tiempo iba á brotar de labios de Elisa y de Carmen Mancebo, me apresuré á decir:

—Tengo idea vaga, idea que nadie me ha confirmado, de que el Sr. Obispo de Plasencia ha escrito una monografía histórica del Santuario de la Peña de Francia. ¿Pueden ustedes facilitarme algunas noticias del contenido de ese estudio?

Elisa y Carmen —¡no en vano la amabilidad lleva nombre femenino!—se brindaron á satisfacer mi curiosidad, y, cuesta arriba, mientras marchábamos lentamente, con lentitud que permitía al sol consumar su obra de torrefacción, logré al fin adquirir antecedentes relativos al sitio que constituía el término de nuestra caminata.

Estábamos en el último tercio de la ascensión al abrupto risco, que descuella á mil setecientos veinte y tres metros de altura; el risco, aislado de la cadena de montañas, se yergue como un monolito, como una fortificación avanzada, como un castillo construído por un águila de la época del feudalismo. La cadena de montañas sirve de frontera á las provincias de Salamanca y de Cáceres, y es una derivación de la Carpeto-Vetónica, que—al desprenderse de la cordillera Ibérica en tierras de Soria—separa la comarca salmantina de la extremeña, yendo á morir en el lusitano cabo de Roca. El risco lleva el nombre de Peña por su forma, y luce el apellido de Francia por pertenecer á la sierra así llamada.

Cuando la reseña orográfica quedó concluída, pasamos á la hidrográfica, no sin que en ésta, como en aquélla, se hiciese la salvedad de consignar que los datos procedían...

—Adelante, y que conste para siempre mi gratitud al ilustre autor del «Compendio histórico»—manifesté.

De la Peña nacen cuatro fuentes: la del Charaiz, que vierte sus aguas en el río de Yeltes; la de Utrera, que, al juntar su caudal con el de los Agadones, da origen al Agueda, riachuelo que lleva oro en sus arenas; la de Francia, que es cuna del río de su nombre, y, en fin, la fuente de los Pobres.

—De tal palo, tal astilla —pensaba yo, escuchando y procurando retener en la memoria las explicaciones de Elisa y de Carmen. Las hijas del buen cronista albercano han heredado de su padre el amor al estudio y han trabajado por cúenta propia hasta adquirir honrosos títulos académicos.

Al acercarnos á la cima, al ir rodeando la base del peñasco, despojado en absoluto de vegetación, el aspecto de la mole era completamente el de una fortaleza murada, con almenaje, torreones saledizos y defensas imponentes. Al torcer la senda hacia el Norte, echamos pie á tierra: nos quedaba por subir una escalera de granito y de pizarras, una escalera de pendiente aguda y resbaladiza, más adecuada para recorrerla á pie que para salvarla á caballo.

En un repecho de la vertiente, donde confluyen dos sendas, brota la fuente de los Pobres. Junto á ella acababa de sentarse á descansar una familia de la cual formaban parte dos niñas de nueve ó de diez años. Aquella familia, según nos dijo, llegaba en peregrinación para cumplir un piadoso voto ofrecido á la Virgen. Aun cuando los peregrinos traían un par de borriquillos, habían hecho á pie casi todo el viaje: catorce ó diez y seis horas de camino, saliendo de Ciudad-Rodrigo antes del amanecer y sesteando bajo los árboles en las horas de calor riguroso. Las niñas empuñaban rizadas velas destinadas á la Virgen; el sol había dejado sentir su peso sobre las ofrendas y sobre las portadoras, deformando las labores de la blanca cera y dando tonos morenos á las mejillas de las pequeñuelas.

Porque desde fecha remota sirvió para descanso y refrigerio de los romeros, y porque muchos de ellos eran necesitados, la fuente recibió el título de fuente de los Pobres. Ninguno más bello ni más honroso. Ante las cinceladas tazas de mármol de las fontanas monumentales, suelo experimentar admiración exclusivamente artística; ante los humildes manantiales, sin galas ni adornos, que consagran su vida á la obra misericordiosa de templar la sed de los caminantes, siento dulce simpatía. En esos manantiales la Hermana Agua se convierte en bendita Hermana de Caridad.

Al dar vista á la explanada que sirve de asiento al Santuario, la impresión primera es indefinible: no se puede apreciar dónde acaba la obra de la Naturaleza para dar comienzo la del hombre, dónde concluye la montaña y principia la edificación.



La Peña de Francia vista desde el camino.



Riscos en la subida.



Desembarque en la meseta superior.



La Peña detrás del Monasterio.

Ahora, cuando ustedes gusten —dije, llegándome á D. Julián y á Polo,—puedo servirles de guía para esta visita.

¿Quién ha sido el traidor que le ha ahorrado á usted un viaje á Plasencia? —preguntó Polo Benito.

Y D. Julián, viendo reir á sus hijas, exclamó:

No hablemos más; ya sabe usted tanto como yo.

Tanto, no; pero mucho, sí. Conozco á grandes rasgos, en líneas generales, los concienzudos trabajos de los ilustres DD. Jarrín y Baeza, y, en prueba de ello, sin añadir punto ni quitar coma, declaro que el territorio que pisamos—según lo consignado por el Sr. Obispo de Plasencia, —pertenece, eclesiásticamente, á la parroquia de Nava de Francia, al arciprestazgo de la Peña de Francia y al obispado de Salamanca, sirviendo de límite á las diócesis de Coria y de Ciudad-Rodrigo; civilmente, al Ayuntamiento del Cabaco, partido judicial de Sequeros, provincia de Salamanca, y en fin, militarmente, á la Capitanía general de Castilla la Vieja.

—Bueno —advirtió Polo;—pero sin duda ignora usted pormenores curiosos; por ejemplo: ¿Cuántas lámparas alumbraban á la Virgen en las grandes solemnidades?

Incliné la cabeza, y, en el acto, respondí triunfalmente:

¡Treinta y tres!

Y sonó la flauta por casualidad—observó D. Julián.—Está visto que hasta la chiripa se ha declarado en contra de nuestra broma.

—Ni casualidad, ni chiripa—repliqué.—¡Estaba escrito!

Y así era: en la arena, á mis pies, una varita movida diestramente por la mano de Carmen, había trazado la cifra de la edad de Cristo.

Una ancha plaza, abierta en la meseta final del risco, sorprende por sus hermosas proporciones y por la belleza y buena traza de los edificios que encierra.

En el centro se alza el rollo con el escudo y las regias armas. Aquel poste de piedra da fe de que el territorio de la Peña de Francia disfrutó el privilegio de hallarse exento de toda jurisdicción civil y criminal, como señorío de la Comunidad que ocupó el Convento. El privilegio fué otorgado por el señor rey D. Juan II, y en 1521 —en uso de la facultad concedida por la Católica Majestad de Carlos, rey de España y emperador de Alemania—fué colocado públicamente el rollo, con horca y picota, aun cuando por fortuna éstas nunca prestaron servicio.

Á la izquierda de la entrada de la plaza, una ermita de piedra, modesta al exterior y desnuda de adornos interiores, conserva en una cripta—á la cual se desciende por angosta escalera tallada en la roca—el hueco en el cual fué milagrosamente descubierta la imagen de la Virgen. Aquella ermita constituyó durante varios años el primer santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia.

De Oriente á Sur se elevan en el patio cobertizos para albergar las caballerías de los peregrinos.

Y á la derecha, imponente, majestuoso, dando frente á las ruinas de la antigua hospedería, se destaca el templo, templo de solidez tanta — dice el Sr. Jarrín, — que remeda nuestras catedrales de la Edad Media; no porque sirviera como éstas de baluarte en caso de guerra, sino para resistir al empuje de los elementos, más destructores, en aquellas alturas, que las belicosas máquinas. Severo por su exterior aspecto, como la roca que corona, y compacto como la masa granítica que le forma, dispone el ánimo á penetrar con respeto en la santa obscuridad que envuelve la estancia de María. Arcos y pilares robustos le dividen en triple nave cubierta de soberbia bóveda: la semioval capilla de la Virgen ocupa el compartimiento principal hacia Oriente, y en las laterales álzanse las del Santo Cristo, San Andrés y Santiago.

La primitiva efigie de la Virgen fué descubierta en la centuria décimoquinta por un vecino de París, hombre rudo, pero de ejemplar piedad y de ardiente devoción hacia María Santísima. Aquel hombre, llamado Simón, encontrándose una noche consagrado al rezo, oyó una voz que le decía: «Simón, vete á la Peña de Francia, á las partes de Poniente, y allí hallarás la imagen de la Virgen María.»

Y como á la siguiente noche la misma voz misteriosa le repitiera el mandato, Simón resolvió obedecer. Cinco años empleó en practicar investigaciones infructuosas por los montes de la región occidental de Francia, y, cuando ya se disponía á renunciar á la empresa, la voz miste-

riosa le dirigió palabras alentadoras que confortaron su ánimo descaecido. Acaso alguien le indicó que en tierra española existía una sierra llamada de Francia. Lo cierto es que Simón atravesó los Pirineos, llegó á la comarca salmantina, subió á la Peña, y, en la alta noche, después de oir una voz que le dijo: «Simón, vela y no duermas», tuvo una aparición celestial. La Virgen mostrósele envuelta en raudales de luz y le encomendó que cavara allí mismo y que en lo más alto del risco echara los cimientos de un templo. Al siguiente día, 19 de Mayo de 1434, Simón Vela —que con este apellido ha pasado á la posteridad,—auxiliado por Antón y por Juan Fernández, y por Pascual y por Benito Sánchez, vecinos del pueblo de San Martín del Castañar, logró descubrir la oculta imagen de Nuestra Señora, dando testimonio del hecho el citado Benito Sánchez, escribano público de San Martín.

Obra de Simón Vela fué el primer Santuario. Pocos meses antes de fallecer, el fundador confió la imagen, la ermita y el culto al cuidado de los religiosos de la Orden de Predicadores.

Los hijos de Santo Domingo de Guzmán construyeron en 1437 el Convento de la Peña, y, con la protección del rey D. Juan II y el concurso de la caridad, levantaron el templo actual, abrieron un camino y edificaron hospedería capaz para recibir á los numerosos peregrinos que constantemente acudían desde todos los lugares de España.

La hospedería y el Convento sufrieron grandes daños á consecuencia de un incendio en 1797 pero prontamente fueron reconstruídos.

El templo, gracias al celo desplegado por los Dominicos y á los obsequios y limosnas de los fieles, se enriqueció con magníficas joyas y con artísticos ornamentos, y tuvo soberbio trono de plata para María y sillería coral de primorosa talla. El huracán de la Revolución arrancó el Santuario de manos de los religiosos, y acabó con el culto y con las riquezas allí reunidas.

Á partir de 1871, año en el cual volvió á abrirse el templo, ya restaurado, no han cesado los trabajos de reparación, instalando retablo, consiguiendo la devolución de algunos objetos que se conservaban en depósito en otras iglesias, reconstruyendo la airosa torre y habilitando sucesivamente casa para un capellán, hospedería para romeros, y, por último, celdas para los religiosos de la Orden de Santo Domingo, que han vuelto á ocupar su antigua morada. Á estas obras quedó asociado gloriosamente el nombre del insigne P. Cámara, Prelado de Salamanca.

La primitiva imagen de la Virgen, descubierta por Simón Vela, pertenecía, sin duda —según el Sr. Jarrín—á la infancia del arte cristiano, á juzgar por la tosquedad de sus formas, y, aun cuando se ignora la época de su ocultación, parece probable que se verificó á fines del siglo XII ó principios del XIII.

En 1835, al decretarse la supresión de las Comunidades religiosas, la imagen hubo de ser trasladada. Volvió á su templo en 1871, y poco después fué robada. En su lugar, por iniciativa de D. Julián Mancebo, se colocó otra efigie de Nuestra Señora de la Peña de Francia, existente en el Convento de San Esteban, de Salamanca, y á la cual de antiguo veneraban los religiosos de la Orden de Predicadores.

Diez y nueve años más tarde fué restituída la imagen arrebatada sacrílegamente. Pero la acción del tiempo había dañado mucho á la escultura, y hubo que pensar en reemplazarla por una nueva «que ostentase el sello ó carácter de antigüedad que aquélla poseía, sin que por esto dejara de darse á las formas de su rostro la corrección y gusto que el arte exige».

Así se hizo, corriendo la ejecución á cargo del escultor José Alcoberro.

En la parte superior izquierda del pecho de la imagen actual, á través de un cristalito, pueden contemplarse los restos de la primitiva efigie.

Al salir del templo, rememorando los datos anteriores—que figuran en el «Compendio histórico», escrito con tanta claridad como galanura por el Sr. Jarrín,—el P. Sabas, Superior de los Dominicos, nos llevó á visitar el Convento.

La cultura, el ingenio y la amable llaneza del P. Sabas aumentaron el agrado de la visita. Desde el aljibe grande y desde los pozos de nieve hasta las celdas altas, y desde los abovedados claustros hasta los refectorios y cocinas, no quedó rincón al cual dejásemos de asomarnos. Las notas características del edificio son la sencillez y la solidez. La sencillez toca en la pobreza; la solidez y el espesor de los muros de piedra rayan en la exageración. Verdad es que el ariete de las borrascas y el peso colosal de los montones de nieve con que el invierno abruma á los techos



Fachada y torre del Santuario.



Los Padres Dominicos que hoy poseen y habitan el Santuario, excelente sanatorio de altura.

y azota á los muros, hacen indispensables resistencias excepcionales para prevenir quebrantos ó hundimientos.

En los claustros bajos y en el aljibe, la bóveda encalada mostraba grandes trozos negros. Á instancias del P. Sabas tocamos con el extremo del bastón aquellas manchas: millones y millones de mosquitos levantaron silenciosamente el vuelo, yendo á posarse en otro lugar.

—Afortunadamente —nos dijo nuestro guía,—estos animales son en absoluto inofensivos: ni pican, ni inoculan enfermedades, ni producen ruido. De otro modo, el Convento sería inhabitable, ó al menos requeriría un saneamiento constante.

Lo más bello de la Peña de Francia, excepción hecha del Santuario, es el panorama que se contempla desde cualquier punto en que el viajero se coloque.

Hacia Levante, en ondulaciones suaves, divísanse las sierras albercanas, los obscuros ramilletes del castañar de San Martín, la blanca ermita de Sequeros, erguida en una cumbre: todo un cuadro encantador que tiene la melancolía de los paisajes asturianos.

Hacia el Norte, á continuación de estribaciones montañosas que van decreciendo hasta desaparecer en la austeridad de los robledales, se extiende la dehesa, la llanura amarillenta, la llanura que allá, entre nubes de polvillo áureo, deja adivinar una agrupación de cúpulas y de torres, un panteón de glorias, un museo de grandezas: Elmántica, la tierra de adivinación, la ciudad que fué durante muchas centurias el cerebro de España, el *Alma-máter* de nuestra raza: Salamanca.

Hacia Poniente, el llano y el monte luchan disputándose el terreno palmo á palmo; tras una colina se dilata una planicie; pero, seguidamente, en un retorcimiento, la colina vuelve á elevarse, para ceder luego y para erguirse después, hasta que al fin se levanta vencedora y se enlaza con una línea de agudas crestas que sirven de frontera entre el solar español y el lusitano. Aquella crestería, al caer de la tarde, era un joyero prodigioso; el rojo vivo del sol al expirar, hacía de los celajes estuches aterciopelados y sedeños, y los picos de la sierra, empurpurados, encendidos por la llamarada del astro rey, eran granates desmesurados, rubíes gigantescos, carbunclos enormes, jacintos ciclópeos y corales de magnitud nunca soñada; y en un instante, al atenuarse la rojez del crepúsculo, transformábanse las gemas, y la sangre del granate se tornaba ópalo heliotropo, y el arrebolado carbunclo adquiría tonos de amatista, y la hoguera del rubí se apagaba en resplandor de topacio dorado, y los corales se cambiaban en turquesas, y los jacintos trocábanse en lazulitas...

Y sobrepujando á todo en hermosura agreste, en magnificencia salvaje, desplegábanse al Sur los gruesos macizos de las sierras jurdanas.

Desde el balcón de Pilatos—atalaya labrada por la Naturaleza en un repliegue de la cúspide de la Peña—divísase un panorama que da al espíritu la sensación de lo sublime, sensación de grandeza que en vano tratará de igualar el arte de los hombres. El hachazo de un terremoto tajó la Peña bruscamente, dando en ella un corte casi limpio, sin más adherencias ni prolongaciones que una escarpadura pavorosa que acaba en el regazo del valle. Al asomarse al balcón de Pilatos, instintivamente se echa el cuerpo hacia atrás y se aferran las manos á las rocas, para contrarrestar el vértigo, para defenderse de la brutal sugestión del abismo... Abajo, muy abajo, vuelan y revuelan las aves, y frente, como lomos de monstruosos animales—de animales cien veces mayores que el diplodoco y que el triceratopo, que el uro y que el dinosauro,—asoman los dorsos de los montes de Las Jurdes. Tras el primero se refugia el Convento de las Batuecas; tras los siguientes, que aparecen más obscuros cuanto más distantes, se esconden los poblados jurdanos: la España negra, la España de pesadilla.

Y cuando admiraba atentamente la cortadura de la Peña, el P. Sabas me dijo:

—Por ahí suelo bajar yo.

Lo contemplé de hito en hito. Joven, nervudo, agilísimo, criado en las montañas de Navarra, el P. Sabas andaba por los peñascos como por un salón alfombrado. Sin embargo, se me hacía un poco duro admitir la posibilidad de que descendiese por un macizo roquero casi cortado á pico.

—También bajan los novicios, cuando se sueltan á andar por la sierra —añadió.

—También yo he bajado—exclamó Polo Benito.

—Y yo también, aun cuando no llegué hasta lo hondo—observó Carmen Mancebo.

—¿Hablan ustedes formalmente?—les pregunté.

—¡Entre amigos, con verlo basta!—contestaron á dúo Polo y el P. Sabas, disponiéndose á demostrarme con hechos la exactitud de sus palabras.

No sin esfuerzos, logré hacerles renunciar á la demostración. Desde aquel instante, las proezas de los alpinistas y los arrestos de los exploradores del Ruvenzori se me antojan niñadas de poca importancia y de riesgo muy relativo, y desde entonces sospecho que mis amigos son muy capaces de vencer á los hombres-pájaros, volando sin necesidad del engorro de un monoplano ó de un biplano.

El buen D. Julián tomó asiento á mi lado en el balcón de Pilatos y me dijo amablemente:

-No necesito preguntar si está usted satisfecho de su excursión por estas sierras; pero deseo advertirle que todavía le queda mucho por ver. Aun hay rincones interesantes y curiosos que merecen ser visitados. Me ofrezco para guía, y con el *Canito* puede usted contar. ¿Se atreve usted á dar un nuevo paseo de ocho días por mi patria chica?

César, que había escuchado la proposición, habló así:

—Mañana tempranito nos vamos á caballo, por un atajo, hasta el ventorro de Cereceda, donde nos prepararán un buen almuerzo; allí tomaremos el coche que nos llevará á Tamames primero y á la Fuente de San Esteban después. Á las once de la noche, el ferrocarril nos dejará en Salamanca, y al siguiente día aprovecharemos el tiempo, hasta las cinco de la tarde, para que veas San Marcos y algunos monumentos que no has examinado detenidamente. ¿Te conviene el programa?

El P. Sabas intervino, manifestando:

—En la hospedería hay camas dispuestas, y los víveres no escasean. No se marche usted. La Salve que se reza al anochecer tiene dulce encanto, y la salida del sol, vista desde esta altura, encierra imponente majestad. ¿Acepta usted nuestra modesta hospitalidad?

Y Polo Benito, tomándome del brazo y apartándome un poco del balcón de Pilatos—el balcón de las tentaciones,—tendió el brazo y me mostró lejos, muy lejos, unas cumbres cubiertas de nieve, y murmuró:

Aquella es la sierra de Candelario, y al pie, allí donde una mancha negra indica el verdor de los castañares, tiene usted su nido veraniego. Si mañana después del desayuno montamos á caballo y hacemos una jornada de doce ó de trece horas, podemos llegar á Béjar con tiempo para tomar el tren que lo llevará á usted al Puerto á cenar en familia. Ya sé que todo el día á caballo y aguantando el sol de Agosto, no es un regalo. Pero, valga por lo que valga, está presentada mi proposición, y usted decidirá.

Sin poseer el don de la ubicuidad—de la *oblicuidad* decía el famoso «clásico» al cual se le atribuyen todos los disparates,—ó á menos de resignarme á un descuartizamiento, incompatible con el apego que siento hacia la integridad de mi cuerpo, no era fácil resolver satisfactoriamente, armonizando aquellas opuestas proposiciones, todas tan cariñosas como por mí bien agradecidas.

Celebré consejo con mi «yo», y redacté la siguiente nota oficiosa:

—Queda tomada en consideración la oferta de D. Julián Mancebo, y para otro año se realizará esa visita á los rincones serranos. Se acepta para dentro de veinte días la propuesta del juez de Salamanca. Se admite, con el beneplácito de los compañeros, la indicación del reverendo P. Sabas, aplazando el regreso hasta después de la Salve. Y, finalmente, de conformidad con D. José Polo Benito, se acuerda afrontar la ira del sol canicular y el baqueteo de doce horas á caballo.

—¡La jornada sea leve! -exclamaron mis amigos.

Mientras se terminaba de aderezar la merienda-cena, descendimos unos cuantos metros por las quebraduras del risco. La mole del peñón, interceptando la luz del sol agonizante, llenaba de sombras el valle. Aunando los esfuerzos, arrancamos una lasca de respetable tamaño y la transportamos al borde del corte de la Peña. Íbamos á realizar una prueba en la cual no había temor de ocasionar daño alguno á personas, á ganados ni á haciendas. Balanceamos el trozo de piedra y lo dejamos caer. Primeramente chocó y rebotó contra los peñascos saledizos; á continuación, aumentando en velocidad, arrastró pedruscos, hierbajos y raíces; luego, con ímpetu vertiginoso, levantando nubes de polvo, hízose un alud, y al fin, al perderlo de vista, un estruendo semejante al rimbombar de la tormenta, nos permitió seguir aquel despeña-

miento durante varios minutos... Fué un espectáculo hermosamente salvaje; fué un sondeo del abismo: fué una demostración de las fuerzas ciegas de la Naturaleza...

Hablábamos con el P. Sabas acerca de la vida de los religiosos en aquella casa. Siempre, á partir de la época de Simón Vela, la crudeza del invierno ha obligado á la Comunidad á trasladarse á otra residencia desde el final del otoño hasta el comienzo de la primavera. Actualmente, el Convento sirve como sanatorio de altura para los religiosos y para los novicios de constitución débil ó de salud quebrantada. Tres ó cuatro meses de vida en la cumbre, respirando aire puro y practicando activo ejercicio físico, reemplazan ventajosamente á los glicerofosfatos, á las emulsiones y á los preparados ferruginosos.



Imagen venerada en el Santuario de la Peña de Francia.

El Santuario nunca permanece abandonado. Para velar por el cuidado del templo, para que

nunca falte una luz ante la imagen de Nuestra Señora, queda allí viviendo un guardián, un pobre ermitaño.

De ocho en ocho ó de diez en diez días, el custodio baja á La Alberca por provisiones, si es que antes no sube algún pastor á llevarle víveres y leña. Y así, como un anacoreta, solo, casi sin relación con el mundo exterior, pasa más de la mitad del año el guardián.

Hace algún tiempo, en mitad de Diciembre, lenta, silenciosa, copiosísima, la nieve principió á caer sobre la sierra. El cielo gris habíase convertido en un telar donde el invierno tejía incansablemente mortajas para los campos yertos. Habituado á los temporales, el custodio del Convento vió amanecer y anochecer cuatro días sin que la lluvia de nieve cesase. Al quinto día se puso á media ración y esperó á que el temporal amainase. Á los ocho días, la nieve seguía cayendo y las provisiones habían terminado. Sin probar bocado, sintiendo en el estómago el aguijonazo del hambre, desfalleciendo de necesidad, dejó pasar doce, veinticuatro, treinta y seis, cuarenta y ocho horas... La nieve continuaba deshojando sus pétalos sobre la sierra. Trastornado, enloquecido, cediendo al impulso de conservación, el ermitaño concibió una idea espantosa, una idea que se asemejaba muchísimo á la del suicidio. La nieve había borrado todos los senderos y había cubierto simas y picachos, sin dejar visible signo alguno que permitiera orientarse. La montaña era un bloque de hielo que se confundía con el mar de hielo de la meseta y del llano. Era imposible dar un paso sin resbalar y sin correr el riesgo de hundirse. Era imposible continuar en el Santuario sin sucumbir por absoluta falta de alimentación. Era inútil soñar en recibir socorro de los pueblos vecinos. Era temerario esperar más, porque las fuerzas se alejaban rápidamente con la carencia de nutrición... Y en aquel angustioso trance, el ermitaño se decidió á buscar la vida por el camino de la muerte. Se rodeó la cabeza con trapos, formándose una especie de chichonera; se ciñó ajustadamente al dorso el capotillo de paño pardo; buscó y colocó en lo alto de la vertiente menos aguda un canchal de pizarra, previno el báculo, se santiguó, y, exclamando: «¡La Virgen me ampare!», se dejó resbalar... Como arista flotando en espumosa catarata, como una imagen del vértigo precipitándose en la locura, voló el ermitaño sobre la helada superficie... Crujía la nieve, resquebrajábase la glacial mortaja, bien endurecida en unos sitios, débil en las bocas de los barrancos, enmascaradora de durísimas peñas... La velocidad crecía y crecía pavorosamente; el abismo acechaba... Fueron minutos de angustia mortal, trágica; minutos en los cuales se viven siglos de horror, de miedo que hace cesar los latidos del corazón... Al cabo, el pobre ermitaño -precursor del deporte de los *skis*—se encontró en la hondura del valle.

¡Se había salvado! Y su primer impulso, antes de buscar un pedazo de pan para satisfacer el hambre de su cuerpo, fué correr, con llanto de gratitud, á prosternarse ante la imagen de la Patrona de los albercanos.

Símbolo de la humana existencia, el custodio del Santuario de la Peña de Francia halló la vida pasando sobre la muerte á impulsos de la desesperación.

Entramos en la celda del P. Sabas para proveernos de medallas, de cruces, de rosarios, de objetos piadosos que guardan el trasunto de la Virgen venerada en aquella soledad. Polo Benito hizo entonces algo que puso en mi alma palpitaciones de tierna envidia: adquirió un rosario y una medalla para su madre. ¡Felices los que en la mitad de la existencia pueden pagar con cariño consciente la deuda de sacrificios y de cariños que todos tenemos con la santa criatura que nos dió el ser!

Al pie de la torre nos esperaba la comida, que, en el conjunto y en los detalles, revelaba la delicada intervención de manos femeninas. La cocina conventual nos agasajó con las famosas tortillas dominicanas, manjar exquisito digno de lo más selecto que inventaron los fundadores del arte culinario español: el anónimo autor del «Común modo de guisar» y el maestro Martínez Montiño, cocinero mayor de D. Felipe III. Quede aquí consignada la gratitud de los comensales hacia Elisa Mancebo, modelo de atenciones hospitalarias, y hacia su risueña colaboradora y hermana Carmen.

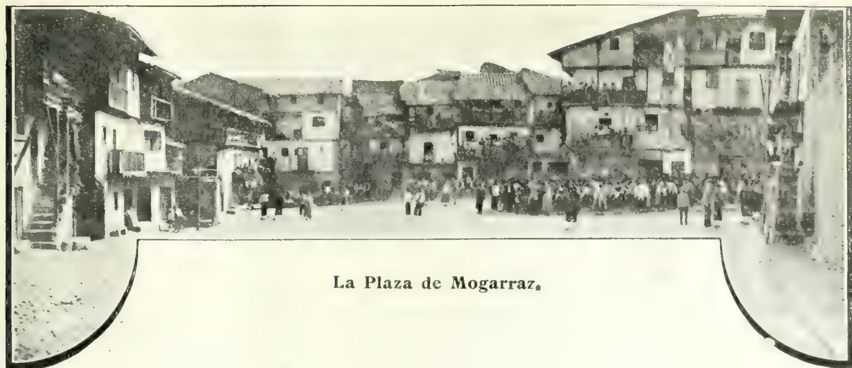
Cuando tras la espléndida comida, rematada por gazpacho andaluz y por dulcísimas golosi-

nas, nos anunciaron que iban á preparar sorbetes con la nieve de los pozos, en el silencio de la noche se alzó como llamada amorosa el sonido de la esquila del Santuario, convocando á la Salve.

Penetramos en el templo. Por las puertas, abiertas de par en par, llegaban los blancos fulgores de la luna, el susurrar del aura, el perfume de las plantas silvestres, los hálitos de la Naturaleza... Ante la imagen ardían las rizadas velas de cera que llevaron las peregrinas de Ciudad-Rodrigo; en el presbiterio se arrodillaban los religiosos; en el fondo obscuro de la iglesia estábamos los romeros y los excursionistas, y entre los romeros había una pareja sexagenaria: un campesino llegado con su esposa para agradecer á la Virgen la vuelta al hogar del hijo, que había luchado en el Barranco del Lobo y batallado en la homérica jornada de Taxdirt.

Solemne, acariciadora, como flor de emoción bendita, vibró la Salve: la salutación á la Reina y Madre de cielo y tierra. Había sublimidad imponderable en aquella plegaria que alzaba un puñado de seres, desde un nido de águilas, por la Humanidad que gime y que llora, por los desterrados hijos de Eva... Temblaban las voces de los peregrinos con temblores de gratitud y de esperanza... Y la oración, saliendo del Santuario, despertando los ecos de la dormida sierra, vibraba y se extinguía al elevarse, cual incienso exhalado por el alma, hasta las regiones de la celeste inmensidad. Poema de amor sublime, poema rebosante de fe, poema conmovedor empapado en lágrimas y rimado por los corazones, fué la Salve que sirvió para broche de nuestra visita y para despedida del Santuario de la Peña de Francia.


Ruinas de la Hospedería antigua.


La Plaza de Mogarraz.

EPÍLOGO

Hasta las afueras de La Alberca, hasta donde brota la fuente del Repesón cerrando el pintoresco barrio de las Peñitas, acudieron á darnos amistoso adiós D. Julián Mancebo, su familia, Teresa y Antonio Calama, y el resto de nuestro grupo expedicionario, que horas más tarde saldría con rumbo á Cereceda. Cencio, con las maletas cargadas en un borriquillo, tenía de las riendas dos poderosos machos.

En la primer curva del camino volvimos la cabeza. La blancura de unos pañuelos agitados en el aire fué la última manifestación del afecto de nuestros amables huéspedes.

Y dió comienzo la carrera final. Las caballerías salieron al trote, y la trotada duró doce horas bien cumplidas.

Con el fresco de la mañana pasamos por las huertas de Mogarraz, en las cuales los árboles inclinaban las ramas colmadas de fruto.

Duramente castigados por el sol, atravesamos una fértil vega y escalamos el abrupto cerro donde se asienta el alegre caserío de Miranda del Castañar. Allí el párroco nos obsequió con refrescos y se brindó á mostrarnos algunos ornamentos sagrados de mérito artístico y de valor histórico.

Dirigí una mirada suplicante á Polo Benito. Ruego inútil. Inflexible como el deber, me contestó que nos exponíamos á perder el tren. Salimos de Miranda del Castañar, no sin que se me fueran los ojos hacia la gótica iglesia, hacia las vetustas murallas, hacia los restos del castillo y hacia algunos edificios que en sus severas portadas de piedra muestran los timbres de España, el nombre de la Católica Majestad de uno de los Filipos y la banda, los lobos y el castaño: las armas de los Zúñigas y Avellanedas.

Nuestro viaje se asemejaba á una carrera de obstáculos. Después de trepar á una cumbre, descendíamos á un valle, para seguidamente subir á otro cerro y bajar á otra hondura, y remontarnos á otra colina y abismarnos en otra cañada...

El padre Febo nos azotaba despiadadamente. Para los viñedos aniquilados por filoxera vimos, cual socorro desgraciadamente tardío, una granja-vivero de riparias. Al sonar las dos de la tarde, sintiendo los pródromos de la asfixia, hicimos nuestra entrada en Santibáñez.

La mesonera cocinó diligentemente; su esposo,—que vestía calzón corto, zapatos de hebilla y pañuelo anudado á la cabeza en forma de redecilla—atendió al pienso de nuestras cabalga-

duras. Al pie del mesón la era se hallaba en plena actividad. Los colorines de las sayas y de los pañuelos, el cascabeleo del ganado y el canto de los zagales formaban regocijado conjunto. Parecía que habíamos salido de la austera tierra de Salamanca y que entrábamos en la antesala de Andalucía: en Extremadura.

Por *brevis et breve* «declinamos» unas sopas piconas con huevos, y unas magras, y con ello y una tisana de color indefinible, llamada calumniosamente café, proseguimos la marcha, dejando á la espalda el pueblo de Santibáñez.

Subiendo y bajando cerros, comprobando en molinos ruinosos y en sendas destrozadas los estragos de los temporales del invierno anterior, y resistiendo bravamente la lluvia de lava solar y el trotecillo de los machos, caminamos de un tirón hasta Navalmoral de Béjar, atravesando antes, con toda felicidad, por medio de una vacada de reses bravas.

Apurando un vaso de agua fresquísima saludamos, en Navalmoral, al sol, que se escondía tras la ya lejana Peña de Francia. Y á trote largo nos llevaron nuestras caballerías, por la orilla del río Cuerpo de Hombre, hasta los maravillosos riscos donde, sombreada por la opulencia de sus castañares, languidece la bella ciudad que fué el primero y el mejor telar de España: Béjar.

Los ojos del cariño me adivinaron entre las sombras de la noche. Unos bracitos se ciñeron á mi cuello, los capullos de infantiles labios rozaron mis mejillas: los polluelos habían salido á mi encuentro, anticipándome la alegría de la vuelta al nido.

Con los minutos tasados llegamos á la estación y montamos en el tren. Cencio se despidió para su sierra albercana. Polo Benito me acompañaba hasta Puerto de Béjar y continuaba el viaje á Plasencia, donde el trabajo lo reclamaba.

Para evitar que el sueño rindiera á mis hijitos, comencé á hablarles. Á los pocos instantes me escuchaban atentamente, con los ojos abrillantados por la emoción, pendientes de mi palabra.

Y entonces, con toda sinceridad, poniendo el alma en el relato, dí comienzo á la crónica de mi excursión por la España desconocida.

1910-1911.



ÍNDICE



Est. Tip. "SUCESORES DE RIVADENEYRA"
AÑO 1911



